MÓNICA BENÍTEZ
EN MEDIO
DEL CAOS

EN MEDIO DEL CAOS

MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2022 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2201040183830

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 1

6 de julio de 2024, sábado

Nagore

Todo comenzó aquel fatídico martes con la muerte de Abel. Todavía recuerdo lo mucho que me perturbó su última frase refiriéndose a su hija, *búscala cuando empiece el caos*.

No comprendía nada, sin embargo, en pocos días el tiempo comenzó a cambiar, no paraba de llover y empezaron los estragos. Ríos desbordándose, carreteras anegadas, accidentes o árboles caídos, hasta que todo empeoró y ni los meteorólogos más prestigiosos se atrevían a predecir cuándo iba a parar, y entonces comprendí que eso era el principio del caos. Ya había comenzado.

Fui a buscar a Adriana, la hija de Abel. Recorrí alrededor de seiscientos kilómetros en coche bajo una lluvia torrencial. Adriana se quedó perpleja cuando me encontró al otro lado de la puerta, pero me dejó pasar la noche en su casa y después de hablar sobre algunas cosas, entendimos que su padre nos había dejado instrucciones para ir a buscar un lugar tan solo con las coordenadas que él le había entregado a ella. Al principio nos parecía una idea descabellada, aunque más descabellado era que yo, que no conocía a Adriana nada más que a través de lo que su padre me había contado sobre ella, la hubiese ido a buscar.

Esa noche la casa de Adriana comenzó a inundarse y, finalmente, decidimos que haríamos caso a su padre, así que después de hablar con su amigo Martín, decidimos que él y su mujer se marcharían también de su casa y todos nos reuniríamos en las coordenadas proporcionadas por Abel.

El viaje fue muy duro, caminamos durante días por el bosque bajo una lluvia incesante que caía como una cortina. Pasábamos las noches en una tienda de campaña y por el día caminábamos alejadas de los caminos porque la desesperación de la gente podía llevarla a cometer actos atroces, como asesinar para robar, lo que creemos que pudo pasarle a la dueña de Iron, un perro que encontramos durante el camino y al que nos llevamos con nosotras.

Después de varios días y algunos percances, logramos

reunirnos con Martín y su mujer, Blanca, que estaba embarazada, y juntos llegamos a las coordenadas que nos había indicado Abel. En un principio nos pareció habernos equivocado porque allí no había nada, pero tras insistir en la búsqueda, localizamos un panteón en el que se ocultaba la entrada de un búnker que Abel había ordenado construir. Ese refugio está autoabastecido para que dos personas sobrevivan sin dificultades durante cinco años, nosotros éramos cuatro y un perro al principio, y unos meses después ampliamos la familia a cinco cuando Blanca dio a luz al pequeño Ezequiel. La comida se nos acabará antes, no obstante, eso es algo que resolveremos más adelante, ahora nuestro problema es otro, la llamada de socorro de un niño que escuchamos ayer en la radio, según explicó, se había quedado solo con su hermana de tres años, y Marc solo tiene siete.

Decidimos que Adriana y yo iríamos a buscarlos después de que Martín acordase con Marc que no se moverían de donde estaban y que esperarían a que él contactase con ellos. Martín lleva intentando hacerlo toda la mañana y no ha habido manera. Y en eso estamos ahora, con las mochilas preparadas en la puerta esperando a que el crío conteste.

—Deberíamos marcharnos—opina Adriana soltando el aire como si llevase horas contenido en sus pulmones.

—Ya lo hemos hablado, es arriesgado—responde Martín sin dejar de escuchar alguna emisora.

—Lo arriesgado es que esos niños estén solos—insiste Adriana.

—No hemos vuelto a contactar con ellos, Adri, puede que se hayan marchado, quizá su padre tuvo algún percance que le impidió volver a tiempo, pero, finalmente, lo ha hecho—aventura Martín.

—¿Y si no es así? —pregunto mientras Ezequiel juega con el pelo de su madre a mi lado.

—Yo no puedo impediros que os marchéis, pero me parece una jodida locura que os arriesguéis sin saber siquiera si siguen ahí. Puede que su padre haya vuelto—ahora su rostro se vuelve tenso—o puede que alguien se nos haya adelantado y les haya pasado algo.

—Estoy con Martín—interviene Blanca por primera vez—como madre, pienso en Ezequiel en esa situación y me gustaría que alguien fuese en su ayuda, pero necesitamos saber que siguen ahí.

—Gracias a Abel estamos viviendo esto desde una posición privilegiada, sin embargo, ahí fuera la gente se está matando por las cosas más básicas como la comida y el agua, o por encontrar un techo bajo el que cobijarse—explica Martín.

Escuchamos muchas cosas por la radio, Martín se pasa gran parte del día pegado a ella. Hasta ahora solo nos contaba los detalles por encima porque según él, no era necesario angustiarnos con nada más. Pero después de la llamada de auxilio de Marc y nuestra insistencia en salir en su busca a pesar de haber perdido el contacto con él, le ha parecido apropiado que sepamos a lo que nos exponemos una vez bajemos de nuestra montaña.

—La mayoría de los pueblos quedaron arrasados por las inundaciones, las carreteras principales son impracticables porque están destruidas o bien llenas de coches, árboles, rocas, barro y cadáveres pudriéndose. El suministro eléctrico es prácticamente nulo en todas partes y el agua potable muy difícil de conseguir— explicaba hace un rato dejándonos clavadas en el sitio— únicamente algunas grandes ciudades han conservado edificios donde cobijarse y los supervivientes de estas se han atrincherado en ellos. No permiten la entrada de nadie que venga huyendo de la miseria de los alrededores porque deben velar por los pocos suministros que les quedan.

—¿Y qué hay de la policía? —preguntaba Blanca, atónita por las palabras de su marido.

—La policía ha perdido prácticamente toda la autoridad, al final, no son más que personas como los demás que también tienen que buscarse la vida para cuidar de sus familias. La gente se mata por un vaso de agua, imaginad una de esas películas postapocalípticas que hayáis visto y os haréis una idea de todo lo que sucede ahí fuera. El dinero ya no tiene validez, ahora se negocia con los intercambios, si quieres una gallina, más vale que tengas un saco de patatas.

Y ahora el silencio ha vuelto, Martín en su silla y nosotras tres en el sofá escuchando la radio, hasta que Iron aparece y me pone una de sus enormes patas en la rodilla.

—¿Quieres salir?

A veces creo que me entiende perfectamente, es decirle eso y empezar a mover el rabo con tanta intensidad que percibo el aire que genera.

—Vamos a sacarlo y nos despejamos un poco—me pide Adriana poniéndose en pie.

Una vez fuera de la cripta, Iron sale corriendo como hace siempre. Al principio me aterrorizaba que se despistase y se perdiera, o que saliese corriendo detrás de otro animal y no regresase, pero ahora ya no, porque sé que si silbo vuelve de inmediato.

Adriana se acaricia los brazos abrigados con una sudadera. Estamos en el mes de julio, esto un par de años atrás significaría

un calor terrible, ahora el clima es demasiado cambiante y las estaciones del año no sirven para marcar nada. Desde hace algo más de una semana las lluvias han dado tregua, aunque se han cambiado por un aire que según desde donde sopla puede ser agradable o hacerte pasar frío como ahora, además, por las mañanas suele haber una niebla muy densa aquí arriba que tarda bastantes horas en disiparse y dejar paso al sol, que cuando brilla con fuerza aplaca la molestia del aire y nos permite incluso estar en manga corta.

—Creo que Martín tiene razón—digo abrazándola desde atrás para darle calor—es mejor esperar a tener alguna noticia de ellos, que enfrentarnos a todo el horror que encontraremos si salimos por algo que no es seguro.

—Lo sé, sin embargo, tengo la voz de ese niño metida aquí—dice tocándose la sien con el dedo—y no me la puedo sacar de la cabeza. Eso de ahí debajo debe ser un coto de caza para depravados y desalmados, ¿te imaginas todo lo que pueden llegar a sufrir esos críos si una de esas bestias se acerca a ellos?

—No podemos controlarlo todo, Adriana, ni ayudar a todos los que piden auxilio cada día. Sé que es egoísta, pero debemos velar por la familia y no exponernos a nada sin motivo mientras no sea necesario.

—¿Qué quieres decir? —pregunta girándose en redondo a la vez que Iron pasa corriendo hacia el otro lado.

—Que se tardará mucho en reconstruir y establecer el orden suponiendo que no haya más desastres, mucho más del que tardaremos nosotros en quedarnos sin comida. Había para dos y somos cinco, por lo tanto, tarde o temprano tendremos que empezar a salir para buscar comida, no podremos alimentarnos siempre a base de hortalizas o frutos del bosque.

—Lo sé.

—Tenemos las mochilas a punto. Si Martín consigue contactar con Marc de nuevo, saldremos de inmediato, pero de lo contrario, seguiremos aquí sin llamar la atención.

—Está bien—concede antes de darme un beso, después le silbo a Iron y volvemos al interior.

Capítulo 2

Hace algo más de un año, durante el inicio del caos
7 de junio de 2023, miércoles

A Tatiana el corazón le va a explotar en cualquier momento, al menos así lo siente ella. Está sentada en la escalera que sube a la segunda planta de su casa, a oscuras porque hace horas que se ha marchado la luz.

Ella estaba en el supermercado cuando ha pasado, comprando algunas cosas más porque acababa de escuchar en las noticias una alerta general que pedía a toda la población que se marchase a lugares elevados si tenía la posibilidad, ya que se preveían desbordamientos de los ríos y las presas.

Su marido, que estaba con ella en ese momento, miraba el televisor atónito, sin parpadear, porque ellos viven en las afueras de un pueblo de esos que no salen ni en las películas. No llegan a cuatrocientos habitantes, precisamente por eso se fueron a vivir allí, porque buscaban tranquilidad. Tatiana y su marido son una de las pocas parejas de menos de cincuenta que viven en la zona, y su hijo Santiago de trece años, el habitante más joven.

A Tatiana su madre siempre le dice que vuelva a la ciudad, cerca de ellos, como antes, aunque siempre se niega en redondo. Perdió muchas comodidades, pero encontró la calma que no encontraba en un sitio que los ahogaba tanto a ella como a su marido.

Ahora sigue sentada en la escalera, ella y su marido se han pasado las siguientes horas después del apagón, disponiéndolo todo en la planta superior. Han subido toda la comida y han convertido una de las habitaciones vacías en un improvisado salón.

—Estaremos bien aquí, no te preocupes—no ha dejado de insistir su marido Ángel.

Ha tratado de creerle con todas sus fuerzas. En ese pueblo las casas son tan antiguas como resistentes, con amplias paredes de piedra y enormes vigas de madera. Como era típico en la época en la que fue construida, se solía hacer también un fuego a tierra en el piso superior, concretamente está en la habitación de matrimonio. No lo han utilizado nunca, pero Ángel se ha

encargado de limpiar bien el tiro de la chimenea y de subir todas las reservas de leña que tenía almacenadas en el garaje.

—Con esto podremos calentarnos y cocinar hasta que todo pase.

Ángel lo ha dicho convencido, está seguro de que eso durará unos días, a pesar de ello, se equivoca y Tatiana lo siente en lo más profundo de su ser, pero ¿qué pueden hacer? Según han escuchado por la radio las carreteras están colapsadas, además, ha comenzado a llover de forma torrencial y ellos no se pueden permitir aventurarse a buscar un punto elevado en las montañas como están haciendo muchos, ellos no pueden porque tienen a Santiago, y Santiago no puede caminar.

Tatiana se abraza a la radio con fuerza y, aunque perdió toda su fe en Dios el día que aquel médico extremadamente alto y delgado les comunicó con muy poco tacto que su hijo nunca se pondría en pie. Así que reza todo lo que recuerda, pidiendo que todo quede en un susto y acabe cuanto antes.

Esa misma noche, un torrente de agua que se elevará más de tres metros sobre el suelo, lo arrasará todo a su paso y dejará a la familia recluida en la planta superior a la espera de que el nivel del agua que ha inundado la planta inferior de su casa y el garaje, vaya descendiendo. Solo pasados varios días, podrán ser conscientes de hasta qué punto es preocupante el desastre producido. Las calles de su pueblo son un vertedero de árboles, rocas y de todo lo que el agua ha querido arrastrar, incluyendo varios coches que estarían en la vieja carretera y lo que es peor, cadáveres de animales y personas.

Durante tres días, Ángel y Tatiana cavarán sin descanso una fosa lo suficientemente grande para enterrar todos esos cuerpos y evitar que se descompongan en la superficie.

El paso del agua lo ha arrasado todo, los postes de la luz han desaparecido por completo y saben que eso ya no tiene solución, porque a nadie le importa lo que pasa en un pequeño pueblo cuando las grandes ciudades están colapsadas con el desastre.

Una vez enterrados los cadáveres, Tatiana y Ángel caminan entre lodazales que les absorben las botas como ventosas los tres kilómetros de distancia que hay para llegar al río, donde descubrirán lo que en el fondo ya sabían, que pasarán meses hasta que esas aguas turbias vuelvan a la normalidad y puedan utilizar esa agua para beber.

—La herviremos—decide Tatiana con la mirada perdida en ese color marrón que lo cubre todo—la filtraremos con ropa y la herviremos—insiste convencida.

Los primeros días la familia tendrá diarreas y vómitos, después

sus cuerpos de supervivientes se adaptarán al cambio y Ángel será el encargado de recorrer el trayecto cada día para llevar agua a su familia.

Capítulo 3

7 de julio de 2024, domingo

Adriana

Blanca irrumpe en nuestra habitación como un tornado. Habla tan rápido que no la entiendo y cuando enciende la luz sin previo aviso, comprendo que pasa algo serio, porque ella no es como Martín, ella es delicada y considerada y jamás nos despertaría de este modo tan abrupto si no fuese para algo importante.

Nagore, desconcertada por la intrusión, se sienta en la cama con tanta rapidez que me recuerda a la niña del exorcista.

—¿Qué pasa? —pregunta cegada por la luz.

Yo todavía estoy intentando ubicarme cuando Iron salta sobre la cama y se tumba en medio de las dos, asestándonos unos considerables latigazos en las piernas con el vaivén de su rabo, que se mueve a toda velocidad. Blanca se sienta en mi lado de la cama y chasquea los dedos ante nosotras para asegurarse de que estamos centradas.

—Martín ha contactado con Marc—anuncia eufórica.

Mi pulso se acelera tanto que me cuesta pensar. Nagore no dice nada, solo mira el reloj y se rasca la cabeza, creo que todavía no es capaz de procesar con nitidez, cuando se despierta suele necesitar al menos cinco minutos para ubicarse.

—Venga, levanta—le digo apremiándola con la mano.

—Voy preparando café—anuncia Blanca antes de salir de la habitación.

Son las ocho y media de la mañana, normalmente, no solía dormir hasta tan tarde, pero aquí no es que haya gran cosa que hacer, suerte que tenemos máquinas para hacer deporte y todos nos hemos marcado unos hábitos diarios para estar en forma y no caer en el sedentarismo, de lo contrario, habríamos engordado considerablemente.

Las dos nos damos una ducha rápida antes de salir al salón.

—¿Qué te ha dicho? ¿Están bien? —pregunta Nagore sentándose al lado de Martín.

—No he podido hablar mucho, hoy hace demasiado aire y había muchas interferencias, solo sé que siguen allí y que su padre no ha vuelto.

—Tenemos que salir ahora mismo—digo poniéndome en pie.

Me acerco a las mochilas, que permanecen junto a la puerta y empiezo a comprobar que está todo.

—Estoy de acuerdo en que vayáis, aunque no podéis olvidar la posibilidad de que sea una trampa, o de que cuando lleguéis sea demasiado tarde—nos advierte Martín.

—Contamos con ello—contesta Nagore.

—No, yo no lo creo, una cosa es pensarlo y otra encontraros en la situación.

—Vamos a ir, Martín—asegura Nagore con una mueca que expresa que la decisión está tomada.

—Lo sé.

Martín corre hacia la despensa y vuelve cargado con unas cajas.

—Vais a necesitar algo como moneda de cambio si os encontráis en apuros. Esto son pastillas potabilizadoras de agua, cada caja contiene cincuenta y con cada una se potabiliza un litro. A nosotros por suerte no nos hacen falta, no dudéis en intercambiarlas por información, comida o cualquier cosa que necesitéis, pero, sobre todo, no mostréis lo que tenéis. Llevad una caja en el bolsillo y el resto guardado en las mochilas.

—De acuerdo—respondo un poco asustada.

—Escuchadme bien, si cuando veníamos hacia aquí era importante mantenernos ocultos, ahora es imprescindible. Tenéis que pasar lo más desapercibidas que podáis, ahí fuera ya no hay personas, hay supervivientes capaces de matar por un trago de agua o un bocado de comida.

Martín también nos proporciona unos pocos paquetes de pilas y algún blíster de analgésicos.

—Esto ahí fuera es como el oro, usadlo bien. Sobre todo este—especifica mostrando uno en concreto—es un derivado de la morfina, guardadlo como un tesoro porque si sufrís un accidente de gravedad, os puede ayudar mucho con el dolor.

Reconozco que cada vez estoy más acojonada, y la perplejidad con la que Nagore escucha a Martín no me transmite mucha calma.

—Tú sabes de sobra que tendremos que ir por las carreteras o lo que quede de ellas si no queremos perdernos y tardar el doble —le dice a Martín muy seria.

—Sí—admite él—pero eso no impide que tengáis cuidado, cualquier cosa que os permita permanecer semiocultas será buena.

—Lo sé.

—Encontraréis gente. Los que lo han perdido todo han

montado pequeños asentamientos donde han podido, normalmente, cerca de fuentes de agua, así que si podéis evitar los ríos, mucho mejor. No os fieis de nadie y cubrid bien vuestra retaguardia…

—No somos guerreras ni policías ni *Lara Croft*—protesto enfadada—deja de decir esas cosas, Martín, porque me estás poniendo muy nerviosa, joder.

—No es mi intención, Adri, no obstante, debo hacerlo. Cuando salgáis ahí fuera será como estar en otro planeta habitado por seres capaces de cualquier cosa para sobrevivir, llevo desde que estamos aquí escuchando la radio a diario y se cuentan barbaridades. En casos como este sobreviven los grupos más fuertes, y entre ellos están esos que lo consiguen todo por las malas, toman lo que consideran, pero antes saquean, atacan, violan y asesinan.

Trago saliva y suspiro mientras Blanca me coloca una mano en el hombro para darme ánimos.

—El canal programado os pone en contacto directamente conmigo—dice Martín zanjando el tema a la vez que nos entrega un transmisor de largo alcance a cada una—pienso dormir al lado de la radio hasta que volváis, para cualquier cosa me contactáis, sé que no es mucho, sin embargo, desde aquí os puedo guiar si os hace falta y os puedo dar la información que considere relevante. No los dejéis en las mochilas por si os los roban, tenéis que llevarlos encima.

—Eres único dando ánimos—rezongo suspirando más fuerte que antes.

Martín me ignora y acto seguido saca un plano y lo despliega sobre la mesa.

—Nuestro búnker ya sabéis dónde está, y como hicisteis al venir, no indicaremos nuestra posición en ningún plano por seguridad. Ese círculo rojo que he marcado es el lugar donde están los niños. La señal proviene de esa zona y allí solo hay un par de pueblos, Arín y Piana, si el error de posición no es muy grande, yo opto por el más pequeño de los dos, Arín, este de aquí —indica señalando una zona del plano con el dedo.

—¿Y cómo sabremos el sitio exacto cuando lleguemos? —pregunto planteando en mi cabeza esta cuestión por primera vez.

—No lo sabremos hasta estar allí—contesta Nagore—habrá que buscar entre las casas que sigan en pie e ir una por una descartando.

—¿En serio? —pregunto atónita.

—No se me ocurre otro modo—contesta haciendo un mohín.

—Ni a mí tampoco—la secunda Martín.

Después de estudiar muy bien todas las posibilidades para llegar hasta el pueblo, la opción más rápida es la que han comentado antes Martín y Nagore. Bajar de la montaña, llegar a la carretera y seguirla hasta el pueblo, lo malo es que estaremos muy expuestas. La otra opción es atravesar las montañas, pero el riesgo de perdernos y tardar más de la cuenta es demasiado elevado, y Marc y su hermana puede que no tengan tanto tiempo.

—En condiciones normales y a una media de veinte kilómetros por día, podríamos llegar en tres días—opina Nagore sin apartar la mirada del plano.

Me encanta cuando está concentrada en algo, su expresión se vuelve dura y le da un aire de ejecutiva malvada que me derrite por dentro.

—Sin embargo, las condiciones no serán normales ni mucho menos—vuelve a intervenir el pesimista de Martín—estaréis de suerte si lográis recorrerlo en ese tiempo.

—Por favor, Martín, cuando estemos ahí fuera procura no ser tan sincero, ¿harás eso por mí? —le pido cruzándome de brazos sin que Nagore pueda contener la risa.

Mi amigo me guiña un ojo y sonríe por fin mientras se rasca la barba de varios días.

—A ver si te afeitas de una vez—le pide Blanca aprovechando el gesto.

—No me afeitaré hasta que ellas no vuelvan, eso les dará suerte.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—En serio.

Su respuesta es tan tajante que no la cuestiono. Vamos a necesitar toda la suerte que podamos, así que, si Martín cree que puede ayudar con ese pequeño sacrificio, no seré yo quien se oponga.

Después de desayunar y despedirnos de nuestros amigos, de Iron y del pequeño Ezequiel, Nagore y yo nos colgamos las mochilas y salimos del búnker con una sensación de incertidumbre y miedo imposible de quitarnos de encima.

Capítulo 4

Hace menos de un año, en medio del caos. 18 de agosto de 2023, viernes

Cuando comenzó a nevar en pleno mes de julio Tatiana no se lo podía creer, pero eso les ha dado una tregua con el agua. Ella y Ángel buscaron todas las garrafas, cubos, barreños o recipientes en los que pudiesen acumular agua y los llenaron con la nieve que no ha dejado de caer durante tres semanas.

Ella se alegró, no solo porque por fin volverían a beber un agua sin sabor a tierra, sino porque Ángel ya no tenía que caminar hasta el río cada día.

Hace días que dejó de nevar y todo se está derritiendo. Se oyen chorros continuos cayendo del tejado o de los pocos árboles que quedaron en pie. Ahora Ángel vuelve a salir.

—Nos estamos quedando sin leña—le dijo hace unos días.

Ella no entra en la habitación donde la guardan, porque la leña trae bichos con ella, arañas gordas con patas largas que ahora se pasean a sus anchas por la casa, y a Tatiana le dan mucho asco.

Ángel sale de su casa con las botas de agua puestas. Hay pequeños riachuelos por todas partes y mucho barro de la tierra que arrastró la riada y que quedó estancada en las calles del pueblo. Hoy ha cambiado su rumbo y en lugar de adentrarse en el bosque ha decidido caminar hacia el centro del pueblo. Desde que todo comenzó no se ha cruzado con nadie, pero ellos viven en las afueras y es normal porque en su calle la única casa habitada de las tres que hay, es la de su familia.

El hombre observa con el corazón encogido los estragos del agua. Todo parece más exagerado cuando hay casas a ambos lados de la calle y el barro no ha tenido escapatoria. Algunas tienen la entrada literalmente sepultada y Ángel se pregunta si quedará alguien dentro. Serpentea entre las calles aturdido, encontrando varias casas, las que estaban en peor estado, completamente derribadas y le parece sorprendente no haber escuchado el ruido que hizo semejante amasijo de piedras al caer.

—¿Hola? —vocifera a pleno pulmón.

De inmediato dos ventanas se abren en las plantas superiores

de dos casas. En una de ellas se asoma Florita, una señora sexagenaria que está al corriente de cualquier rumor en el pueblo. De la otra se asoma un señor mayor a quién Ángel no conoce. El hombre lo escanea con recelo y sin decir nada, cierra la ventana y vuelve al interior.

—¿Todo bien, Florita? —se interesa Ángel.

La mujer le explica que sí, que su hijo y su nuera están con ella y por ahora se están apañando bien dadas las circunstancias. También le cuenta que prácticamente todos los vecinos del pueblo trataron de marcharse, que solo quedan ellos y puede que dos o tres familias más. Ángel se despide asumiendo que están completamente solos y se va directo a la tienda de comestibles. Es un pequeño establecimiento familiar, situado en los bajos de un hostal que nada más ocupan algunos excursionistas de vez en cuando. Tal y como esperaba, alguien ya ha abierto un agujero en el barro que sepultaba la entrada y ha reventado la puerta. Ángel enciende su linterna y entra con cautela. No es partidario de lo que va a hacer, pero se dice a sí mismo que cuando todo vuelva a la normalidad, le pagará hasta el último céntimo de lo que se lleve a la familia que lo regenta. El local llevaba unos días cerrado por vacaciones cuando sucedió todo, así que Ángel sabe que no están.

Entra con precaución, quien sea que haya pasado por allí, lo ha hecho a conciencia y prácticamente lo ha vaciado todo. Ángel coge una bolsa de detrás del mostrador y comienza a llenarla con lo que encuentra. Algunas latas, un paquete de toallitas higiénicas que está seguro de que su mujer agradecerá, una caja de cereales y algunas tabletas de chocolate. Él esperaba encontrar pilas y velas, pero está claro que el mundo ahora es de los más rápidos. Sorprendido por la velocidad a la que todo está cambiando, sale de la tienda y se dirige hacia su casa, dejará la bolsa y después volverá a salir para ir a recoger la leña.

Ángel escucha un ruido a sus espaldas y se gira rápidamente mirando a un lado y a otro. No ve nada y eso lo inquieta, porque el ruido ha sido fuerte y cree que cercano. Piensa en un perro, en los últimos días se ha cruzado con alguno que vaga por las calles buscando comida, aunque descarta la idea porque no vuelve a escucharlo. El silencio es absoluto, lo único que se escucha son los silbidos del aire, sin embargo, Ángel ya no está tranquilo, tiene un mal presentimiento que se cumple cuando se gira para seguir caminando. Frente a él, un joven pordiosero cuyo cuerpo no deja de temblar, está parado en posición de ataque. En su mano derecha lleva una navaja y lo primero que a Ángel le llama la atención es que la hoja está manchada de sangre seca.

—Dame la bolsa—le exige conteniendo la voz.

Ángel se sorprende tratando de calcular la edad del hombre en un momento como ese, le es imposible saberlo, podría tener veinte y también cuarenta, lo que sí sabe es que no dudará en usar la navaja contra él.

—De acuerdo, tranquilízate—le pide Ángel extendiendo la bolsa hacia delante muy despacio.

El hombre se acerca mientras observa a Ángel como haría un halcón con su presa. Ángel tiene el corazón desbocado y solo piensa en Tatiana y en Santiago, en lo indefenso que está su hijo y el miedo atroz que sentiría su mujer si se encuentra con un hombre como el que tiene delante. ¿Cuántos más como él llegarán al pueblo? Pensarlo le provoca una angustia que se transforma en sudor frío de inmediato cuando pasa lo que más teme.

—No sueltes la bolsa, camina delante de mí y llévame a donde sea que te escondes—exige el hombre haciéndose a un lado para que Ángel comience a caminar.

—No me escondo en ningún sitio, ya habrás visto como están las casas, son inhabitables.

—¡No me tomes por estúpido! —grita colérico mientras varias salpicaduras de saliva escapan entre sus dientes.

—Te puedes quedar en la tienda, está justo ahí detrás—señala Ángel nervioso—no hay nadie, es toda tuya.

—Llévame a tu casa o te mato ahora mismo y después la busco yo. Nadie lleva la ropa y la cara tan limpias, ni está gordo, hijo de puta. Tú no estás pasando hambre cabrón, ni frío. Tienes una mujer, ¿verdad? Es eso—se ríe con lascivia—te prometo que no le haré nada, o a lo mejor sí, da asco follarse a mujeres que llevan días sin ducharse, ¿sabes? Tú que vas a saber, cabrón.

Ángel siente una repentina repulsión hacia el hombre, se lo imagina por ahí, violando a cada mujer que ha encontrado a su paso y no piensa permitir que se acerque a Tatiana ni a Santiago.

—Está bien, te llevo, pero prométeme que te comportarás.

—Claro—sonríe el hombre, que no deja de temblar.

Ángel comienza a caminar delante de él a pasos muy lentos mientras va dando vueltas a la bolsa hasta convertirla en una pelota. Toca las latas que están en la parte baja y sin pensarlo ni un segundo más, se da la vuelta sorprendiendo a su asaltante y utiliza toda su fuerza para golpearlo con la bolsa. El hombre reacciona apartándose, pero Ángel logra golpearlo en el hombro y desestabilizarlo hasta el punto de que se le cae la navaja.

Él suelta la bolsa y ambos se abalanzan hacia la navaja. Los dos tienen razones poderosas para acabar con la vida del otro, el hombre porque tiene hambre y frío, Ángel porque debe proteger a

su familia. A pesar de su aparente debilidad, el hombre alcanza la navaja y Ángel le coge la mano a la altura de la muñeca para tratar de que la suelte. Forcejean en el suelo, ruedan por él y se golpean como pueden, hasta que el hombre golpea la cabeza de Ángel con la suya propia dejándolo desorientado, solo recupera la lucidez cuando siente la hoja entrar en su cuerpo por el cuello.

Ángel queda tendido bocarriba, se ha llevado las dos manos al cuello y trata de contener la hemorragia mientras se ahoga con su propia sangre. El hombre lo observa de rodillas frente a él, parece que disfruta viéndolo morir y que no se moverá de ahí hasta que exhale su último aliento. Ángel sabe que no va a sobrevivir al ataque y lo único que lamenta es haber fracasado, haber dejado a su mujer y su hijo indefensos y expuestos ante depravados como el que tiene delante. Un ruido sordo y seco que después se convierte en un crujido y una especie de chapoteo lo deja atónito. La cabeza del hombre se abre literalmente por la mitad y su cuerpo cae de lado y sin vida como una piedra en el fondo del mar.

Tatiana suelta el hacha del mismo modo que lo haría si supiera que hay una araña subiendo por ella. Su cara es un mar de lágrimas cuando se arrodilla al lado de Ángel, quien pelea por los últimos segundos de su vida para despedirse de su mujer. Intenta hablar para decirle que está orgulloso de ella, que no se sienta mal por lo que ha hecho ni porque él se marche, que está convencido de que saldrán adelante, pero no puede hablar y su cuerpo convulsiona con los últimos estertores.

—Te prometo que cuidaré de él—le asegura Tatiana tratando de mostrarse fuerte.

Ángel le dedica un intento de sonrisa antes de que su mirada quede inerte y su corazón deje de latir. Tatiana llora abrazada al cuerpo sin vida de su marido durante unos segundos, no puede permitirse más porque teme que al igual que ella, Santiago se asome por la ventana y vea lo que pasa desde ella. Por supuesto que le contará que un desgraciado ha terminado con la vida de su padre, pero bajo ningún concepto permitirá que vea su cuerpo ensangrentado.

Tatiana arrastra el cadáver de Ángel hasta detrás de un coche para esconderlo y después sube a su casa. Santiago sigue donde lo ha dejado, en su habitación trabajando en una de sus maquetas frente a las brasas del fuego.

—Voy a ayudar a tu padre con la leña, no te muevas de aquí—le pide asomando solo la cabeza por la puerta.

—No puedo ir muy lejos, mamá—responde Santiago burlón mientras señala una rueda de la silla.

—Me refiero a que te quedes en la habitación, fuera hace frío —añade ella tratando de dominar las ganas de llorar.

—No me moveré—Santiago no ha alzado la vista de su maqueta en ningún momento, cuando trabaja en ellas se concentra y todo desaparece a su alrededor. Tatiana lo agradece porque por mucho que lo intenta las lágrimas siguen resbalando por su cara sin control.

Sale de la casa con una cuerda y una pala. Ata la cuerda por debajo de los brazos de su marido y lo arrastra hasta el lugar donde cavaron la fosa para enterrar los cuerpos que encontraron por la calle. Elige un sitio apartado del resto y cercano a un árbol para tener una referencia cuando quiera visitar la tumba de su marido y se pone a cavar mientras piensa en que ahora Santiago depende completamente de ella, y no piensa dejar que le suceda nada.

—Te lo juro, mi amor—dice ante la tumba de su marido.

Después camina hacia el río para lavarse, cuando vuelve, recoge la bolsa por la que Ángel ha muerto y escupe sobre el cadáver de ese tipo. No piensa enterrarlo, servirá para advertir a otros como él de lo que puede sucederles antes de que los animales lo devoren por completo.

Capítulo 5

7 de julio de 2024, domingo
Nagore

—No soporto este viento—se queja Adriana cuando comenzamos a bajar de la montaña.

—Yo tampoco, solo espero que ahí abajo no haga tanto como aquí, aunque no sé por qué nos quejamos tanto, hemos tenido suerte de que no haya niebla—contesto pensativa.

Utilizo una rama para apartar la maleza que entorpece nuestro paso. Ahora el camino me parece mucho más estrecho que cuando lo subimos. Hemos memorizado el plano antes de salir, sabemos que una vez abajo hemos de ir hacia la izquierda durante unos pocos kilómetros hasta encontrar un río. Cuando lo hagamos, debemos seguir su curso hacia la derecha, eso nos llevará directamente hasta la carretera, y a partir de ahí, debemos seguirla sin dejarla.

Se trata de una carretera secundaria que atraviesa pequeñas poblaciones, hasta que, en una de ellas, deberemos tomar un desvío para llegar a Arín, el pueblo donde creemos que están esos niños, aunque para eso aún falta.

Cuando todavía no hemos llegado abajo, ya empezamos a comprobar los estragos del agua, hay cientos de árboles caídos y otros cuyas ramas están quebradas a punto de caer, probablemente por el peso de la nieve. En los campos que hay en la parte baja, el terreno está removido como si hubiese habido un terremoto. Todo está lleno de hojas, de piedras, de ramas, de montículos de tierra, pero lo peor lo comprobamos cuando por fin descendemos del todo, porque, además de todo lo que vemos también hay basura, pilas gastadas, latas vacías, envoltorios, restos de ropa y cualquier cosa que no debería haber en medio de la montaña.

—¿Qué es eso? —pregunta Adriana señalando hacia un lateral cercano al camino.

No necesito acercarme más para saberlo, viéndolo desde aquí ya me imagino lo que es, a pesar de ello, parece que necesito corroborarlo para aceptarlo, así que camino a su lado hasta que llegamos a lo que sin duda es un cementerio improvisado. En él hay dos cruces fabricadas a mano con unas ramas. En una de

ellas, hay un collar colgado de la parte superior de la cruz. En la otra no hay nada, probablemente porque fuese algo útil que alguien se ha llevado al pasar por aquí. Adriana se santigua, yo no soy capaz.

—Vámonos de aquí, Adri—le pido animándola a caminar.

No me gusta este sitio, se parece mucho a aquel por el que una riada de agua por poco nos ahoga, además, está demasiado expuesto, y ahora todo me da miedo porque no sé lo que nos vamos a encontrar. Cuando vinimos fue una cuestión de supervivencia, no nos quedaba más remedio que seguir avanzando, ahora es una cuestión de humanidad o estupidez, según se mire.

Caminamos en silencio, hay un camino bastante marcado, está despejado de maleza probablemente porque algunas personas deciden transitar por el bosque antes que por la carretera. Hemos tardado un poco más de lo que pensaba en llegar al río y ahora siento un gran alivio, porque llevaba rato pensando que quizá nos habíamos equivocado de ruta.

—Podemos comer por aquí—sugiere Adriana.

El agua del río está sorprendentemente limpia y transparente. A veces olvido que ya ha pasado un año desde las inundaciones y que poco a poco los ríos se han ido limpiando del lodo y los desechos que con toda probabilidad circulaba por ellos. Cuando nos detenemos a tomar un bocado, veo desde lejos otro pequeño cementerio improvisado, esta vez cuento al menos doce cruces. No se lo digo a Adriana porque no me apetece acercarme, pensar en cómo debieron morir esas personas es algo que me inquieta mucho.

Todos los días me pregunto cómo estará mi familia, no hay una sola mañana que no me acuerde de ellos. Sé que las provisiones que tuviesen no les durarían mucho, pero me tranquiliza saber que mi hermano está con ellos, porque es una persona que siempre se ha adaptado muy bien a los cambios, y si tiene que cazar para sobrevivir, sé que lo hará.

—¿En qué piensas? —pregunta Adriana después de que reanudemos la marcha.

No puedo contestarle, porque algo llama mi atención y acelero el paso para verlo de cerca. Es un cartel clavado en el tronco de un árbol en el que se lee “propiedad privada” con una letra casi infantil.

—¿Propiedad privada? —se sorprende Adriana—¿desde cuándo el bosque es propiedad de alguien?

—Desde que la gente lo perdió todo y se han tenido que adaptar, Adri, hay que salir de aquí, rodearemos esta zona.

No se lo pido, simplemente la cojo de la mano y tiro de ella para alejarnos del lugar. Conforme lo hacemos, no dejo de mirar y compruebo que, en efecto, un poco más allá del río, hay un pequeño campamento. Parecen bastante organizados, las tiendas a un lado y al otro unas cuantas chabolas fabricadas con troncos que imagino que utilizan de almacén o para poder cocinar cuando llueve.

—No creo que haga falta alejarnos tanto, Nagore, no parecen peligrosos—opina Adriana con inocencia.

—No he dicho que lo sean, pero ese cartel deja claro que los forasteros no son bien recibidos. Me encanta que sigas viendo el lado bueno de la gente—digo deteniéndome un segundo para besarla—pero no podemos fiarnos, recuerda que solo estamos aquí fuera por esos dos niños, no para hacer amigos.

—Qué borde eres—sonríe negando con la cabeza a la vez que reanudamos el paso, al hacerlo, nos topamos frente a frente con una niña de no más de diez años.

Lleva un recipiente con varios tipos de flores silvestres que no logro reconocer. Viste ropa vieja, pero limpia, y nos observa como si fuésemos de otra dimensión. Sus ojos grandes y oscuros nos escanean provocándome una extraña sensación y, entonces suelta la cesta y sale corriendo como si la persiguiese el diablo.

—Mierda, hay que correr, Adri—le digo tirando de ella otra vez.

—¿Crees que va a pedir ayuda?

—No lo sé—contesto jadeando.

—No puede considerarnos peligrosas, o sí—se corrige sin dejar de correr—a saber la de cosas horribles que ha tenido que ver durante este año.

—Exacto, ahora deja de hablar y corre.

Hemos tratado de seguir una línea paralela al río durante nuestra huida, no obstante, en algún momento nos hemos desviado y hemos necesitado más de una hora para volver a localizarlo. Seguimos su curso a una distancia prudencial, atentas a cualquier ruido o a la localización de cualquier cartel que nos indique que no debemos acercarnos. Ya no respiramos tranquilas en toda la tarde, caminamos con tanta tensión que siento como el cuello me cruje al girarlo en varias ocasiones.

—Estoy agotada—dice Adriana suspirando.

—Yo también, busquemos un lugar seguro y acampemos.

Se nota que a pesar del ejercicio diario que hacemos, no estamos muy en forma, porque tampoco hemos caminado tan deprisa como para estar así de cansadas.

—Sí, será lo mejor.

Avanzamos durante más de media hora hasta que encontramos un hueco entre las malezas lo suficientemente grande como para montar la tienda, hay muchas ramas y hojas alrededor, por lo que no nos costará cubrirla para que pase completamente desapercibida. Adriana se queda montándola y yo doy una vuelta por la zona para asegurarme de que no hay nada peligroso alrededor, si no lo hago, no podré descansar tranquila y necesito hacerlo para mantenerme en pie mañana. Durante mi pequeña vuelta de reconocimiento, encuentro otras dos cruces, también el esqueleto de varios animales que con toda probabilidad murieron ahogados, y entonces me topo con algo que me llama la atención. Es una especie de arco por encima del río, y solo cuando me acerco, me doy cuenta de que se trata de un túnel, un túnel cuya parte superior está tan cubierta de hierba y musgo que pasa totalmente desapercibido. El corazón se me acelera hasta sofocarme por completo. Rodeo la base del túnel y trepo por el montículo de tierra que sube por el lateral, y ahí está la carretera.

Completamente tumbada en el suelo, miro a un lado y a otro en busca de algo peligroso. Aquí no lo veo, pero al menos en esta zona, la carretera es completamente intransitable. Grandes porciones de asfalto se han desprendido hacia los lados, lo que todavía se mantiene está muy quebrado y, además, está bloqueada por ramas, piedras, algún coche cruzado y el que más me impresiona, un camión mediano volcado encima de un coche. No veo a nadie y eso me tranquiliza, tampoco me parece un lugar apropiado para que nadie monte un asentamiento, pero esta zona está cerca de una fuente de agua muy valiosa, así que debemos mantenernos atentas hasta que nos alejemos.

Cuando vuelvo a la tienda se lo explico a Adriana y después contactamos con Martín, que al contrario que cuando lo intentábamos la otra vez, ahora responde a la primera.

—Habéis tardado mucho en contactar, estábamos preocupados —dice a modo de saludo.

—Nos ha costado dar con un sitio seguro para acampar— responde Adriana.

—Ya me lo imagino, ¿cómo ha ido? ¿Dónde estáis?

—Acampadas muy cerca de la carretera, mañana a primera hora empezaremos a seguirla.

—Habéis avanzado bastante entonces, ¿habéis tenido algún contratiempo?

Adriana le relata a Martín todo lo que hemos visto y nuestro inquietante encuentro con la niña del campamento.

—Pobrecita—escucho decir a Blanca—menudo susto se habrá llevado.

Susto el nuestro, pienso yo, pero no digo nada porque no quiero parecer desconsiderada ni fría.

—¿Cómo está Ezequiel? —se interesa Adriana.

—Como siempre a estas horas, tumbado en su cunita con Iron custodiándolo.

Los cuatro reímos, teníamos miedo de que Iron sintiese celos de Ezequiel cuando nació, sin embargo, sucedió justo lo contrario, se convirtió en su nuevo compañero y no se despega de él.

Capítulo 6

12 de diciembre de 2023, martes

Tatiana siente el escozor en las manos cuando hunde la garrafa en el río para llenarla. El frío se las ha agrietado por la parte superior y no hay manera de que las heridas cicatricen. Mientras espera con paciencia a que se llene la primera, le asalta la cara descompuesta de su hijo cuando tuvo que sentarse delante de él y explicarle que su padre estaba muerto.

Los ojos de Santiago no paraban de parpadear mientras se inundaban de lágrimas. No dijo nada, no hizo ninguna pregunta, aceptó lo que su madre le explicaba porque sabía que conocer más detalles sobre su muerte solo podía causarle más dolor. Además, Santiago percibía en su madre algo mucho más profundo, un sentimiento de rabia mezclado con miedo que oscurecía sus ojos. Sintió lástima por ella y se dijo a sí mismo que él no iba a causarle más dolor. Lloraron juntos lo que tuvieron que llorar y después no volvieron a hablar sobre el tema.

Tatiana pone el tapón en la primera garrafa y hunde la segunda. Hace tiempo que se les acabaron las reservas de agua que habían acumulado con la nieve y ella sale cada día dos veces con las dos garrafas de cinco litros. Está intentando reponer las reservas que tenían por si algún día no puede salir. Se siente exhausta, desde que Ángel no está, todo el peso de la supervivencia ha recaído sobre ella.

Se levanta muy temprano, desayuna unas cuantas galletas y deja preparado el desayuno de Santiago. A primera hora sale de su casa para buscar leña, cada día tiene que ir más lejos tirando de la carretilla de obra en la que la transporta mientras piensa, estremeciéndose de asco, que en cualquier momento una araña se le podría subir por la mano. Suele hacer dos viajes, así puede mantener las brasas del fuego encendidas prácticamente las veinticuatro horas. Santi es quién se encarga de que las brasas no se apaguen.

—Sobre todo, no hagas llamas grandes, cuanto menos humo salga de la chimenea mejor—le advirtió cuando él se ofreció a ocuparse de eso.

—Tranquila, mamá, ni una sola llamarada—le prometió.

Y Santi ha cumplido su promesa cada día, Tatiana no sabe

cómo lo logra, pero su hijo mantiene el fuego siempre con las ascuas, y con ello, mantiene siempre una temperatura agradable en la habitación. A pesar de sus trece años está madurando muy deprisa e intenta ayudar a su madre en todo lo que puede dentro de sus posibilidades.

Cuando Tatiana vuelve con el último viaje de leña, Santiago ya suele estar despierto y muchas veces se ríe de ella y de los gritos y los saltos que da cuando encuentra una araña encima de las ramas. Son pocas las veces que su hijo y ella han sonreído últimamente, así que, si tiene que lidiar con las arañas para ello, lo hace encantada.

Su siguiente tarea del día es ayudar a Santiago a asearse. No se pueden permitir llenar la bañera de agua, así que calienta dos ollas y con una se limpian y con la otra se aclaran. Después va a por el primer viaje de agua hasta el río, tiene que caminar los casi tres kilómetros de vuelta cargada con diez litros de agua, así que, a estas alturas, le duelen mucho los hombros y las manos. De vez en cuando su hijo le dice que se lleve la carretilla con la que trae la leña para traer el agua, pero el río está demasiado lejos como para tirar de ella hasta allí. Es pesada y difícil de manejar por la zona boscosa.

—Para recoger leña solo tengo que acercarme al bosque, para el agua tengo que atravesarlo, y con la carretilla no puedo—le contesta ella.

Cuando llega, se sienta frente a las brasas del fuego hasta que entra en calor y el dolor de las articulaciones de sus dedos se calma. Después comen y Tatiana se tumba un rato mientras Santiago vigila por la ventana.

Desde que sucedió lo de Ángel, Tatiana se obsesionó con la seguridad. Selló con maderas las cuatro ventanas del piso inferior y después arrastró muebles para bloquearlas. Además, ha puesto cadenas de latas vacías en el suelo frente a la puerta y al pie de la escalera. También ha bloqueado la puerta del garaje corriendo los cerrojos desde el interior. El hacha con la que partió la cabeza de ese tipo en dos mitades ahora está siempre en su lado de la cama por las noches, por el día está en el bolsillo lateral de la silla de ruedas de Santiago. Tatiana lleva siempre encima el cuchillo más grande que guardaba en su cocina. La primera vez que lo cogió, la mano le temblaba, ahora está más que acostumbrada, incluso ya no ve esa cabeza abierta cada vez que cierra los ojos, ahora solo ve la cara agónica de Ángel antes de morir, y eso le recuerda el motivo por el que lleva ese cuchillo encima.

Tatiana termina de llenar la segunda garrafa y se seca las manos en el pantalón. Después se coloca unos viejos guantes de

lana a los que le cortó la punta de los dedos para no perder el tacto. No es que sienta alivio con ellos, pero al menos protegen sus agrietadas manos un poco. Coge las dos garrafas y comienza el camino de regreso mientras piensa, como en cada uno de los últimos días, en que sus reservas de comida se están terminando y debe elaborar un plan para conseguir más.

Hace unas semanas se encontró con el hijo y la nuera de Florita, los dos iban cargados con enormes mochilas.

—¿Os marcháis? —preguntó Tatiana sorprendida.

—Sí, aquí ya no nos queda nada y dentro de muy poco tampoco tendremos comida—respondió él muy agobiado.

Lo encontró demacrado, estaba mucho más delgado y tenía unas ojeras profundas y muy marcadas. A ella apenas la había visto un par de veces, pero no tenía mejor pinta que él.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió hace unas semanas.

—Lo lamento—dijo Tatiana, a quién el recuerdo de su marido muerto la golpeó con fuerza en ese instante.

—Vosotros también deberíais marcharos, Tatiana, últimamente hemos visto a gente merodeando por aquí, vienen en busca de comida y lo saquean todo. No es un sitio seguro.

Tatiana lo miró de arriba abajo preguntándose si había olvidado que ella tenía un hijo que no puede caminar. ¿A dónde iba a ir ella? Y en caso de tener un lugar más seguro, ¿cómo iba a empujar la silla de Santiago por aquellas calles llenas de obstáculos? En ese momento odió al hijo de Florita por su poca empatía, pero no le dijo nada y se limitó a despedirlos con la mano mientras se preguntaba si quedaría alguien más en el pueblo. Esa misma semana comprobó todas las casas una por una, constatando que los únicos habitantes del pueblo a esas alturas eran Santiago y ella. Se llevó todos los alimentos y cosas útiles que encontró y por eso han aguantado hasta ahora, pero sabe que debe elaborar un plan, y debe hacerlo rápido si no quiere que su hijo se muera de hambre.

Suspira agotada y en mitad del camino se para a descansar un poco los brazos. Deja las garrafas en el suelo y mientras espera a que los tendones de los dedos la dejen moverlos con normalidad, se da cuenta de que hay caracoles entre las hierbas. Sonríe y de repente siente las energías renovadas, si coge unos pocos kilos, los cocinará y ella y Santiago podrán comer proteínas unos cuantos días.

Tatiana coge las dos garrafas con agilidad y reemprende el camino de vuelta, pensando en que lo siguiente que hará cuando llegue a casa, será hacerse con un par de bolsas y volver a salir

para buscar caracoles. Sin embargo, no llega muy lejos, porque la euforia de encontrar una nueva fuente de alimento la ha distraído y no se ha dado cuenta de que alguien la acechaba. Siente un fuerte golpe en la espalda y cae hacia delante de rodillas, después recibe un segundo en el brazo derecho que la hace rabiar de dolor y caer hacia un lado. Al mirar hacia arriba, descubre a una mujer, es más mayor que ella y más corpulenta, y agarra con fuerza el bate de béisbol con el que la ha golpeado.

La agresora, sin dejar de amenazarla con el bate, se agacha y recoge las dos garrafas de agua del suelo, primero una y luego la otra, y las deja en un lado como si fuesen un botín.

—Ponte en pie y vacíate los bolsillos.

Tatiana lleva temiendo un momento como este desde que perdió a su marido. Pensaba que ella no tendría el valor de enfrentarse a ningún asaltante por muy amenazada que se sintiese, pero no es así, ahora lo único que siente es una rabia descontrolada creciendo en su interior. No se permite pensar mucho y se pone en pie sin hacer una sola mueca de dolor a pesar de que tanto la espalda como el brazo le duelen una barbaridad.

—No llevo nada en los bolsillos—dice con voz glacial.

—No me mientas, zorra—la amenaza la mujer.

—Si quieres comprobar si miento vas a tener que venir aquí.

Tatiana no se mueve del sitio, se coloca la mano en el brazo golpeado y finge debilidad mientras que su otra mano sujeta el cuchillo por el mango y mantiene la hoja oculta con su antebrazo. La mujer del bate no duda, Tatiana le parece débil y desvalida, así que en dos zancadas se planta frente a ella y le dedica una sonrisa de dientes amarillos que a Tatiana le da mucho asco. La mujer utiliza el bate como si fuese un puntero y se lo coloca en el hombro a la vez que le pide que separe los brazos del cuerpo para cachearla. Es en ese momento cuando Tatiana, cogiendo desprevenida a su agresora, aparta el bate de ella golpeándolo con la mano y con la otra hunde el cuchillo en su estómago sin ninguna dificultad.

—Puta…—escupe la mujer antes de caer de rodillas en el suelo.

La boca se le ha llenado de sangre y gargajea con un ruido escalofriante. Tatiana siente que no es ella y sigue actuando movida por el instinto de proteger a Santiago, y para que su hijo siga a salvo, esa mujer no puede sobrevivir, así que se coloca detrás de ella y sujetándole la cabeza por la frente, le rebana el cuello en un movimiento rápido y conciso. Cuando la suelta, la mujer cae hacia delante quedando su cuerpo sin vida en una extraña posición. Tatiana se agacha a su lado y limpia la hoja del

cuchillo sobre su ropa mientras las lágrimas vuelven a inundar sus ojos. Acaba de arrebatar otra vida y no se siente mal por ello, ¿en qué la convierte eso?

—En madre—se responde a sí misma entre hipidos.

Cuando se levanta dispuesta a recuperar sus garrafas, ve que detrás de unos matorrales hay algo sobresaliendo. Con el cuchillo todavía en la mano, se acerca para ver qué es y descubre un pequeño carro de compra propiedad de la mujer. Está lleno de bolsas. Tatiana las va abriendo todas y descubre que es un pequeño arsenal con todo lo que la mujer ha ido robando y consiguiendo por ahí. Lo revisa con ojo clínico y utiliza una de las bolsas para meter lo que le interesa, algunas latas de comida, una caja de cerillas, una navaja multiusos y dos paquetes de tabaco. Tatiana solo ha fumado de manera puntual en alguna boda o el típico porro cuando era adolescente. Nunca ha sentido la necesidad de nada más con ese vicio, pero ahora de repente siente unas enormes ganas de fumar, así que abre una cajetilla, se lleva un cigarro a la boca y lo enciende con una cerilla. Se sienta en el suelo y apoya la espalda en el tronco de un árbol, da una primera calada y observa como el humo provoca una cortina delante del cadáver de la mujer, después da otra y cierra los ojos. Cuando lo termina, lo apaga sobre una raíz y vuelca el carro hasta vaciar todo lo que había dentro, después coloca las garrafas en el fondo y encima la bolsa con lo que ha decidido quedarse. Ahora Tatiana ya no tendrá que soportar el peso de las garrafas en sus manos cada día para llevar agua, incluso podrá utilizarlo para llenarlo de ramas y no tener que tirar del otro carro, que se le hace imposible manejar y que, además, pesa mucho.

Capítulo 7

8 de julio de 2024, lunes
Adriana

—¿Lo tienes todo? —pregunta Nagore frente a mí.

—Eso creo—respondo echando un último vistazo a nuestra zona de acampada.

Nos hemos levantado pronto, pero no nos hemos atrevido a salir hasta que la niebla no se ha disipado un poco, apenas se veía más allá de un metro por delante y eso aumenta el riesgo de que nos perdamos considerablemente. Ahora la niebla no ha desaparecido del todo, pero al menos tenemos un campo de visión un poco más amplio.

—Que haya niebla nos ayuda a pasar desapercibidas—apunta Nagore cuando subimos hasta la carretera.

Ella ya vio todo esto ayer, pero yo no puedo dejar de mirar asombrada el estado en el que está todo conforme avanzamos. De los coches que encontramos abandonados, no hay uno solo que conserve todas las ventanas intactas, está claro que por aquí ya han pasado muchos saqueando cualquier cosa útil que pudiese haber en el interior de los vehículos. La carretera está completamente agrietada en muchos puntos, con unos socavones en los que te cabe el pie entero.

—Ten cuidado—le digo a Nagore después de que tropiece y por poco se caiga.

Solo nos falta que una de las dos se lesione el tobillo.

—Eso intento, pero es complicado caminar por aquí.

Asiento en silencio y las dos nos centramos en estar atentas a todo y también en no pisar donde no debemos. Caminamos así durante más de una hora, en esta zona no hay tantos coches y cada vez hay menos niebla. Nagore se detiene en seco y a mí se me acelera el corazón por qué me pongo en alerta cada vez que hace eso.

—¿Pasa algo? —susurro muy pegada a ella.

—¿No lo oyes?

Nagore se señala el oído y yo trato de centrarme, y entonces escucho algo parecido a una rodada que suena cada vez más cerca, tanto, que cuando descubrimos que viene desde atrás, nos giramos en redondo y por poco nos morimos del susto cuando dos

chicos en bicicleta pasan por nuestro lado a toda velocidad. Me sorprende su agilidad para esquivar obstáculos y las dos los observamos alejarse hasta que desaparecen.

—¿Crees que viven por aquí? —le pregunto a Nagore con cierta incomodidad.

—Solo llevaban una pequeña mochila a la espalda, o es lo único que tienen o no pueden vivir muy lejos.

Me empieza a entrar el miedo, mi mente no deja de elucubrar posibles motivos por los que han podido pasar por aquí y solo se me ocurre uno.

—Creo que piensas lo mismo que yo—dice Nagore observándome fijamente.

—¿Qué son una especie de rastreadores? —respondo preguntando.

—No lo hubiese definido mejor, tiene pinta de que recorren cierto tramo de carretera cada día en busca de nuevas oportunidades.

—Y tú y yo lo somos—añado señalándonos.

El corazón se me va a salir de la boca cuando Nagore asiente.

—Dos mujeres solas cargadas con un par de mochilas, claro que somos carne de cañón.

—Podrías ser menos específica—protesto poniéndome tensa.

Nagore no contesta y coloca la mano sobre la funda del machete que llevamos en la cintura, desabrocha el botón del cierre y mantiene la mano ahí antes de volver a caminar.

Ya no puedo relajarme en toda la mañana, temo que en cualquier momento nos asalten esos chicos y tal vez un grupo mayor. La angustia apenas me deja respirar, pero Nagore camina con tanta decisión que mis pies se mueven solos para seguirla hasta que escuchamos la voz de Martín por la radio.

—Chicas, ¿me escucháis?

Me saco la radio del bolsillo con tanta rapidez que a Nagore se le escapa la risa.

—Sí, Martín, ¿ocurre algo? —respondo conteniendo la respiración.

—No estoy seguro, pero es posible. ¿Estáis en la carretera?

—Sí—respondemos las dos a la vez.

—Pues salid de ella ahora mismo, meteos en el bosque y alejaros todo lo que podáis.

—¿Por qué? —trato de preguntarle, pero Nagore, que siempre suele actuar con rapidez, no me permite seguir hablando y tira de mí hacia la zona boscosa.

Corremos bosque adentro sin detenernos durante varios minutos. La mochila me pesa y me molesta que bote, por no

hablar de todas las ramas que nos han arañado la cara y rasgado la ropa durante el trayecto. Llegamos a una zona donde hay unas rocas enormes como si hubiesen llovido del cielo. Nagore se mete entre ellas y por fin se detiene detrás de una.

—Creo que aquí estaremos a salvo—dice sin aliento.

Yo no respondo, me desabrocho las correas de la mochila y la dejo caer en el suelo. Siento que me asfixio, la carrera ha sido más de lo que puedo soportar y por un momento pienso que no voy a poder recuperar el aliento. Toda la ropa me sobra y tengo la sensación de que me oprime. Me desabrocho el cuello de la chaqueta y tiro del cuello de la camiseta para separarlo de mi garganta como si así pudiese respirar mejor.

—Tranquilízate, cariño—me pide Nagore colocándome una mano en el pecho.

Me sorprende que ella ya haya recuperado el aliento después de una carrera como esta, y es solo entonces cuando me doy cuenta de que el problema es que estoy sufriendo un ataque de ansiedad, probablemente provocado por el estrés que me ha producido la situación. Cierro los ojos y me centro en la voz de Nagore hasta que por fin logro que el aire inunde mis pulmones.

—¿Mejor? —pregunta tragando saliva.

—Sí, no sé qué me ha pasado—me disculpo azorada.

—No pasa nada, siéntate un poco.

Le hago caso y me siento en el suelo con la espalda apoyada en la gran roca. Noto el frío traspasarme la espalda y eso me produce cierto alivio. Nagore también deja su mochila, pero, al contrario que yo, ella permanece en pie observando el bosque entre las rocas.

—Creo que ya estamos a salvo—le dice a Martín.

—¿Os habéis alejado? —insiste él.

—Con lo que hemos corrido te aseguro que sí. ¿Qué es lo que ha pasado?

—He interceptado una comunicación. Estaba buscando frecuencias cerca de vosotras y he escuchado a dos hombres hablar. Uno de ellos decía que había visto a dos mujeres caminando por la carretera, que parecían ir solas y que llevaban unas mochilas muy llenas. Enseguida he sabido que erais vosotras.

—Seguro que eran esos tipos de la bicicleta—digo dirigiéndome a Nagore.

Ella asiente y Martín nos explica que sigue escuchando las comunicaciones entre esa gente. Que nos están buscando y que no parecen ser un grupo muy grande. Acordamos que seguiremos escondidas hasta que Martín nos avise, cuando lo hace,

reanudamos la marcha y avanzamos al menos cuatro kilómetros por el bosque. En este caso no tenemos dificultad para orientarnos, estamos en el lado opuesto de la carretera y esta zona es elevada. Podemos ver la carretera en varias ocasiones y hasta hemos visto el campamento de esa gente. Su cuartel general es la caja de mercancía de un tráiler atravesado en la carretera y un par de autocaravanas que probablemente no tienen gasolina. Ya hace más de una hora que los hemos visto, pero ya no podemos seguir por el bosque porque la vegetación es cada vez más espesa y nos cuesta avanzar, así que, después de comer algo, descendemos y seguimos por la carretera.

Martín lleva todo el día tratando de localizar a otros grupos que puedan comunicarse y la única frecuencia que ha encontrado es de lo que a él le parece un grupo de militares.

—¿Militares aquí? —le pregunta Nagore sorprendida.

—Si no me estoy equivocando están a un par de kilómetros de vosotras, y por como hablan, yo juraría que son militares, sí.

A pesar de que estamos agotadas y deberíamos empezar a buscar un lugar en el que pasar la noche, decidimos seguir para comprobar si lo que dice Martín es cierto. Tardamos casi otra hora en recorrer esa pequeña distancia, nuestros pasos cada vez son más lentos y las mochilas más pesadas.

—Joder, pues tiene razón—dice Nagore deteniéndose otra vez.

Me pongo a su lado y descubro que a menos de cincuenta metros hay un grupo de militares. No tenemos ni idea de cómo han llegado hasta aquí ni de hacia dónde se dirigen, pero van mirando todos los coches uno por uno. Echan vistazos rápidos y solo cuando dos de ellos abren la puertas de un coche y sacan un cadáver, nos damos cuenta de lo que hacen. Están metiendo todos los cuerpos que encuentran en bolsas de plástico negras y los están enterrando.

Contactamos con Martín para decirle lo que vemos y él nos explica que ya ha escuchado eso por la radio, que hay diversos grupos de militares enterrando cuerpos y quedándose con las identificaciones en caso de haberlas por si en un futuro se vuelve a la normalidad y se puede contactar con algún familiar.

—¿Y ya está? ¿Solo están aquí por eso? —pregunta Nagore.

—Probablemente, logísticamente hablando todavía es imposible que ayuden a las masas, no tienen recursos, así que se dedican a enterrar cadáveres para evitar enfermedades.

—Pues van un poco tarde—suelto yo desconcertada—después de un año, de esos cadáveres solo quedan los huesos.

—Hacen lo que pueden, Adri, y te aseguro que todos los que encuentran no murieron hace un año.

Cortamos la conversación con Martín y después de meditarlo mucho, decidimos acercarnos para explicarles la situación de esos niños, con su ayuda, podríamos llegar hasta ellos sin problemas.

—Lo lamento, señoras, pero nuestra labor aquí es otra. Además, como pueden ver, no tenemos vehículos—dice el soldado al mando.

—No necesitamos vehículos, solo que nos acompañen hasta el lugar donde se encuentran esos niños y después hasta aquí, nosotras podemos ponerlos a salvo—contesta Nagore dando la información justa.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlas. Si encuentran a esos críos, diríjanse a uno de los puntos de encuentro y nuestros compañeros las llevarán a un lugar seguro.

—¿Punto de encuentro? —pregunto sin comprender nada.

—Como comprenderán, no podemos llegar a todas las personas ni ayudar a todo el mundo, nuestros medios son muy limitados, pero se están habilitando campamentos y refugios en varios puntos. El más cercano a esta zona se encuentra a unos doscientos kilómetros. Otros compañeros tratan de despejar las carreteras que todavía pueden ser transitables, pero como pueden imaginar, esa tarea es una labor muy ardua que tardaremos en completar. Sin embargo, si llegan a uno de los puntos de encuentro que se encuentran ya despejados y por los que nuestros camiones pueden circular hasta los refugios, podrán subir en uno de ellos para que las lleven. Hay salidas todos los días, una por la mañana y otra por la tarde. No duden en dirigirse ahí.

Tras eso se da la vuelta y sigue con sus cosas.

—Espere—le pide Nagore—¿le importa si pasamos la noche acampadas por aquí?

—En absoluto, vayan a la zona de tiendas, está a doscientos metros, allí les darán agua y un plato de comida caliente.

Le agradecemos al hombre su oferta y yo agradezco que a Nagore se le haya ocurrido preguntar, al menos esta noche podremos dormir con la tranquilidad de que nadie nos va a asaltar.

Capítulo 8

3 de abril de 2024, miércoles

Tatiana termina de lavar la ropa en el barreño y la tiende frente a la chimenea. Ahora ya ha llegado la primavera, pero el tiempo es tan cambiante que las estaciones del año ya no son un referente para ella. Se seca las manos con un paño y se las mira por encima, sus grietas han desaparecido casi por completo gracias a un tarro de crema hidratante que encontró en su último saqueo, aunque está segura de que nunca volverá a recuperar su suavidad.

Santiago alterna miradas entre la maqueta que está montando y su madre. Ha cambiado, se ha vuelto más seria y la escucha llorar muchas noches. Eso lo frustra y hace que se sienta inútil por no poder ayudarla, pero después ella lo mira, le dedica una sonrisa que le sale de dentro y él siente que no quiere estar en otro sitio que no sea con ella.

—Debo irme, Santi, quédate junto a la ventana y…

—Ya lo sé, mamá, y si viene alguien toco la campana—la corta él.

Hace unas semanas que Tatiana volvió con una enorme y pesada campana de una de sus salidas. Santiago cree que la ha cogido de la iglesia del pueblo o de lo que quede de ella, aunque Tatiana se niega a confirmárselo y le dice que simplemente la encontró en el suelo. Ahora ella está un poco más tranquila cuando se marcha, sabe que el sonido de la campana es muy fuerte y que podrá escucharlo aunque esté lejos de la casa.

—¿Por qué nunca me dices a dónde vas? —insiste él.

—Sí que te lo digo, voy por ahí, buscando las cosas que los demás no quieren.

—No es verdad—se ríe Santiago.

—Puede que sí o puede que no—bromea Tatiana encogiendo los hombros.

—Podrías conseguir una moto, con eso podríamos marcharnos de aquí.

Tatiana mira a su hijo boquiabierta.

—¿A dónde quieres que vayamos, Santi? —pregunta preocupada.

—A un sitio llano en el que yo sí que pueda salir y ayudarte.

—Ya me ayudas, hijo. No sabes lo importante que es que

mantengas la casa caliente.

—Eso sabe hacerlo cualquiera—se queja él.

—Algún día llegará la ayuda y todo volverá a ser como antes, Santi, pero por ahora, lo que necesito es que me hagas caso y sigas aquí dentro, a salvo. Para mí tú eres lo único importante, si te pasa algo, yo…

—Ya lo sé—la corta otra vez—pero podrías tratarme como a un adulto y decirme a dónde vas. Nunca me cuentas nada, no sé si hablas con otras personas o si hay alguien que te pueda ayudar ahí fuera.

Tatiana suspira. Su hijo quiere que lo trate como a un adulto y ella no cree que nunca llegue el momento en el que para ella deje de ser su niño.

—Intento no cruzarme con nadie, Santi, hay mucha gente peligrosa por ahí fuera en estos momentos.

—¿Cómo el que mató a papá? —pregunta sacando el tema por primera vez desde que Ángel murió.

A Tatiana se le forma un nudo que le atraviesa la garganta impidiéndole tragar. Hace semanas que ya no piensa en su marido, ni siquiera cuando se acuesta en la cama y siente la necesidad de ser acariciada por otras manos que no sean las suyas. Hace tiempo que la cama dejó de oler a él y que su recuerdo dejó de asfixiarla a todas horas. Tatiana sabe que ha pasado página, quizá demasiado rápido, pero tampoco ha tenido tiempo de pasar un duelo, no podía permitírselo.

—Sí, hijo, como el que mató a tu padre.

—¿Te han atacado a ti alguna vez?

Tatiana no entiende a qué viene tanta pregunta. Su hijo normalmente no la agobia de esa manera y para ella todo es mucho más fácil si él no cuestiona las cosas. Si Santi no sabe lo que hace, es más difícil que se sienta como un monstruo.

—He tenido algún susto, pero nada serio.

Santi hace una mueca de disgusto y resopla resignado.

—No te preocupes, eso fue al principio, ahora he aprendido a esconderme bien. Debo irme, Santi, se hace tarde.

Su hijo asiente con la cabeza y Tatiana, después de besarle la frente, coge la mochila negra con la que siempre sale y se marcha. Ahora ha añadido una nueva tarea a todas las que ya tenía; conseguir comida. Para ello, Tatiana, primero probó caminando hasta Arín, el siguiente pueblo que se encuentra a siete kilómetros del suyo, pero los resultados no compensaban. A pesar de ser un pueblo diez veces mayor y, por lo tanto, con más lugares a los que entrar, la distancia a recorrer es demasiado amplia y el riesgo de ser asaltada en el camino también.

A estas alturas cree que ya ha visto de todo, las primeras veces que fue al pueblo vecino encontró por el camino varios cuerpos cuyas muertes parecían recientes por el estado de putrefacción. También vio grupos organizados y se permitió hablar con un hombre y su hija que se cruzó por el camino. Al principio se puso a la defensiva, pero, enseguida vio que él no tenía mala intención, solo quería seguir su camino con su hija sin buscar problemas, fue él el que le dijo que había gente avanzando por la carretera, pequeños grupos de desgraciados que asaltaban, violaban y mataban independientemente de que fuesen mujeres, niños u hombres.

—Son gente sin escrúpulos que lo toman todo a su paso, se quedan con lo que les sirve y siguen su camino como si nada. Es mejor que no te cruces con ellos—la advirtió mirándola fijamente mientras la niña se escondía detrás de la pierna de su padre.

—¿A dónde vais vosotros? —por un momento Tatiana pensó en ofrecerle refugio, le vendría bien un poco de ayuda y, aunque la niña era más pequeña que Santi, podría hacerle compañía.

—Nos dirigimos hacia el punto de encuentro.

—¿El punto de encuentro? —repitió confundida.

El hombre le explicó a Tatiana que hay campamentos vigilados por los militares donde la gente vive segura, y lo más importante, sin pasar hambre ni sed. Lo único que tienen que hacer es llegar hasta los puntos donde los camiones militares pueden acceder para recoger a la gente y trasladarla.

—A buen ritmo, en una semana podemos llegar, ven con nosotros si quieres.

Ese hombre le inspiraba confianza, y de buen grado hubiese aceptado su propuesta en otras circunstancias, en unas en las que por ejemplo su hijo pudiese valerse por sí mismo, pero Santi no puede caminar, y ella sabe de sobra que llevar la silla por esos caminos es imposible, sería un sobreesfuerzo para ella y para Santi, además de acabar con la silla rota en los primeros doscientos metros. No, no puede permitirse ese riesgo.

—Se lo agradezco, pero creo que seguiré por mi cuenta.

Dos días después, Tatiana volvió al pueblo y encontró los cadáveres del padre y la niña un poco antes de llegar al lugar donde habló con ellos. Su cuerpo se puso en tensión y sintió crecer la ira dentro de ella, aun así, no soltó ni una sola lágrima, solo arrastró los cuerpos de la familia hasta el bosque y los enterró en la misma fosa. Fuera dibujó dos cruces sobre la tierra con una rama y después se sentó y lloró horrorizada mientras pensaba en lo que debieron sufrir tras ver el terrible estado en el que estaban los cuerpos cuando los encontró. Decidió que ese era

un buen momento para fumarse otro cigarro que saboreó en silencio.

Tatiana comprendió en ese momento que debía buscar otra manera menos arriesgada de conseguir comida para ella y para Santiago, no puede permitirse morir porque entonces él también morirá, así que ahora vuelve a estar en el mismo sitio de las dos últimas semanas, agazapada bajo el puente de piedra que da acceso al pueblo mientras espera con paciencia a que pase alguien a quien poder asaltar. No se siente orgullosa, sabe que si Santiago se entera de lo que hace ya no la mirará del mismo modo inocente que lo hace ahora, y para consolarse, se dice a sí misma que cuando Santi tenga hijos algún día, entonces comprenderá todo lo que ella está haciendo ahora.

Lleva más de dos horas esperando, si no pasa alguien pronto tendrá que irse a casa y volver a probar suerte mañana. No puede ni quiere dejar a Santiago tantas horas solo. Está a punto de marcharse cuando escucha crujir la grava del camino. Tatiana hace entonces lo que ha hecho las tres últimas veces, ha subido a gatas hasta el inicio del puente y ha observado a través de un hueco entre las piedras del muro el otro lado. Ve a una mujer, parece bastante joven y camina sola cargada con una mochila. Últimamente ve a mucha gente como ella, personas que por algún motivo no pueden seguir donde estaban y se lanzan a la aventura en busca de algún sitio mejor, y entonces tienen la mala suerte de tropezarse con ella.

La mujer se adentra en el puente con pasos cansados, Tatiana está agazapada en la parte final de uno de los muros laterales, agarrándose con la mano a una de las piedras para no caerse, ya que se encuentra en la parte de fuera y el terreno hace una pendiente muy pronunciada. Cuando la mujer pasa por delante de ella, calcula dos pasos más y entonces se pone de pie a sus espaldas. La mujer no tiene tiempo ni de girarse para ver qué sucede antes de que Tatiana le golpee la cabeza con una piedra que ha cogido del suelo provocando que caiga desplomada.

Tatiana respira de forma entrecortada antes de agacharse junto al cuerpo de la mujer. Utiliza dos dedos para ponerlos en su cuello y comprobar si hay pulso. No sabe cómo de fuerte ha de golpear para noquear a sus víctimas y teme que cualquier día ejerza más fuerza de la cuenta o dé donde no debe y estas ya no vuelvan a levantarse, por suerte, esta vez tampoco ha sucedido y como puede, le arranca la mochila de la espalda y le mira los bolsillos. En el del pantalón, le encuentra una navaja con la que hubiese podido defenderse del ataque.

—Estúpida…—le susurra a la chica con resignación—la

próxima vez llévala en la mano y a lo mejor tienes una oportunidad—le dice a la vez que se la coloca justo ahí.

Después abre su propia mochila y saca una botella de agua de medio litro, la deja junto a la joven y sale corriendo con las dos mochilas dejando a la chica tirada en el suelo como hizo con las otras dos personas a las que asaltó hace poco.

Cuando está llegando a su casa, mira hacia la ventana y comprueba que su hijo está ahí mirando como le ha prometido. Se saludan con la mano y ella entra en la planta baja. La cadena de latas junto a la puerta suena con un ruido escandaloso que Tatiana no soporta, pero es necesario que sigan ahí. Cierra con llave y en lugar de subir, se dirige a la que era su cocina. Hace poco que limpió todo el barro de la planta baja, incluido el garaje, y la despejó de objetos inútiles que fueron a parar ahí durante la inundación. Ahora utiliza la encimera para colocar allí todo lo que consigue y valorar lo que es útil y lo que no. Vacía la mochila de la chica y en ella encuentra algo que hace mucho tiempo que Santiago y ella no prueban, longaniza, dos para ser exactos. Está segura de que son de una matanza propia porque las que había en los supermercados no eran así. Cuando la huele no puede evitar salivar como un animal hambriento, pero antes de darse el festín, debe seguir examinando y, por fin, encuentra lo que busca y casi se pone más contenta que con las longanizas; compresas. Hace tiempo que se le terminaron y ahora tiene que improvisarlas con trozos de paños de cocina que le resultan realmente incómodos, además de no aguantar nada. Cada vez que le baja el periodo, piensa en que este sería un buen momento para una menopausia temprana.

En la mochila también encuentra dos latas de paté, un paquete de galletas y tres bolsas de frutos secos, pero lo que más la sorprende, es que en el fondo encuentra cuatro naranjas y tres patatas.

Tatiana no sabe si es la época de las naranjas o no, nunca se le dieron bien esas cosas, ella simplemente compraba lo que encontraba. Ahora lleva tiempo buscando árboles frutales, pero lo único que ha encontrado son varios almendros. Se pregunta si la chica habrá pasado cerca de algún invernadero, está segura de que la gente estará plantando cosas, de hecho, ella quiere hacerlo, pero hasta ahora no ha tenido la oportunidad. Arriba tienen una terraza enorme que da a la parte del bosque, el único sitio en el que Santiago puede respirar aire puro.

—¿Querías ayudarme? —le pregunta Tatiana a Santi en cuanto sube con lo que le ha interesado de la mochila.

—Sí, claro—responde él eufórico.

Tatiana le muestra las patatas y sonríe.

—Voy a poner una caja con tierra en la terraza y las plantaremos, tú te ocuparás de regarlas y hacer que salgan más.

—Yo no sé plantar patatas, mamá—se ríe Santi.

—Bueno, yo tampoco soy una experta, pero sé que primero hay que dejar que a estas les salgan los tubérculos, una vez los tengan probaremos suerte.

—De acuerdo, si tú lo dices…—vuelve a reírse su hijo.

Está segura de que en cualquier otra época Santiago se hubiese negado a semejante tarea, en cambio, ahora está encantado con la idea de poder ayudar y proporcionar comida a la familia. Solo espera que su experimento salga bien, porque si las patatas no brotan Santiago se frustrará y ella se sentirá culpable.

Capítulo 9

9 de julio de 2024, martes
Nagore

Ha sido una gozada poder dormir toda la noche sin esa tensión de estar pendiente de cualquier ruido.

—¿Podemos quedarnos un poco más? —pregunta Adriana con voz socarrona, todavía encima de mi cuerpo.

—No creo que sea muy apropiado—sonrío a la vez que la empujo hacia un lado para que me deje respirar.

—Eres una corta rollos—se ríe a la vez que coloca su mano sobre mi sexo todavía desnudo.

Sus dedos se hunden dentro de mí con tanta velocidad, que no puedo ni quiero pedirle que se detenga. Adriana sonríe satisfecha cuando observa como resoplo tratando de que fuera de esta tienda nadie se pueda hacer una idea de lo que está pasando dentro.

Cuando salimos de nuestro refugio, la niebla es tan espesa que tengo la sensación de que puedo dibujar formas en el aire.

—No deberían marcharse hasta que no se disipe un poco, es peligroso—aconseja el teniente al mando del grupo.

—Yo pienso justo lo contrario. Ayer tuvimos un susto precisamente porque dos hombres nos vieron caminando. Creo que, aprovechar la niebla para avanzar es lo más inteligente que podemos hacer ahora mismo—digo convencida—¿tú qué opinas, Adri?

—Estoy de acuerdo, uno de los mayores problemas de la niebla es que podemos perdernos, pero si no nos salimos de la carretera no tiene que pasar nada.

—Veo que lo tienen muy claro y no puedo retenerlas, solo decirles que, si tienen algún problema, no duden en volver con nosotros. Mi equipo y yo permaneceremos por aquí algunas semanas más y después reanudaremos la marcha en el mismo sentido que van ustedes, podemos acompañarlas.

Ojalá esos niños tuviesen ese tiempo, pero no es el caso.

—Creo que seguiremos por nuestra cuenta, gracias por todo—digo a modo de despedida.

Adriana y yo avanzamos durante más de tres horas protegidas por la espesura de la niebla, ha habido momentos en los que era

tan densa que he tenido que detenerme en seco al encontrarme de bruces con un coche que no había visto. Pasada una semicurva, la cosa comienza a clarear y en cuestión de cincuenta metros la niebla desaparece por completo. Las dos nos detenemos sorprendidas por el cambio repentino y lo observamos todo con rapidez en busca de alguna señal de peligro. A nuestras espaldas, todo permanece oculto por esa cortina grisácea, de frente, los rayos del sol se reflejan en los cristales de los coches provocando que tengamos que entornar los ojos y poner la mano a modo de visera hasta que nos adaptamos.

—Vayamos por el arcén—propone Adri—así, si alguien nos asalta podremos correr montaña arriba como ayer.

Me limito a hacerle caso sin recordarle que, si ayer logramos escapar a tiempo, fue porque Martín interceptó esa comunicación y nos avisó. Pasada otra curva en la que no nos queda más remedio que ir hacia el centro de la carretera porque en el arcén hay varias motos amontonadas como si fuese un chatarrero, vemos que más adelante hay dos carteles improvisados. Cuando nos acercamos, descubrimos que, en el suelo, está completamente tumbado el que anuncia que entramos en los límites de un pueblo. Clavadas en el árbol más próximo hay dos tablas, en la más alta, vuelve a estar escrito el nombre del pueblo y en la que está justo debajo, pone que faltan ciento sesenta kilómetros para el punto de encuentro del que suponemos que nos hablaron los militares.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Adriana señalando otro árbol un poco más adelante.

En él, hay dibujada una flecha de color azul que indica que vayamos hacia la izquierda. Caminamos hasta llegar al árbol y vemos que, en esa dirección, hay un estrecho sendero despejado de matorrales que se adentra en el bosque.

—No tengo ni idea de lo que significa, pero será mejor que sigamos por la carretera—le digo algo nerviosa.

Seguimos caminando a paso rápido hasta que comenzamos a ver casas a un lado y a otro de la carretera. Martín nos advirtió que creía que la carretera pasaba por el medio de algunos pueblos, pero no pensé que fuese de forma tan literal.

—¿Crees que es buena idea que pasemos por ahí? —pregunta Adriana asustada.

—No lo es, pero no veo mucha alternativa.

Por la parte derecha de la carretera la montaña se eleva de forma muy escarpada, y por la izquierda, corremos el riesgo de encontrarnos con lo que sea que hay en ese sendero y descubrir el significado de la flecha azul. Con el cuchillo a mano, empezamos

a atravesar la población. Las casas que dan a la parte derecha a pie de montaña están casi todas sepultadas por árboles, rocas y enormes porciones de tierra que se debieron desprender, en cambio, en el lado izquierdo que es donde está casi todo el grueso de la población, están sorprendentemente enteras.

Un poco más adelante, encontramos el paso cortado por una mezcla de desprendimientos, coches y ruinas de las casas, así que no nos queda más remedio que meternos por una de las calles que se adentran en el pueblo para poder rodearlo. La población es muy pequeña, calculamos que unas ocho o diez calles como mucho, y en una de ellas, nos quedamos alucinadas al ver a dos niños jugando en un parque infantil que sigue intacto. Otra niña un poco más grande da vueltas al parque con una bicicleta amarilla y frente a una casa cuya puerta del patio está tirada en el suelo, vemos a dos ancianos sentados en una silla de cara al sol mientras vigilan a los niños.

—Es como si todo lo que ha pasado no fuese con este pueblo— susurra Adriana a mi lado.

Yo no lo describiría mejor, todo parece en calma y no se respira ese ambiente de tensión que hay en todas partes. Los niños nos miran unos instantes y después siguen a lo suyo.

—¿Vais al punto de encuentro?

La voz procede de un par de casas más allá de donde se encuentran los ancianos, donde descubrimos a tres mujeres y un hombre de más o menos nuestra edad, con varias motos desmontadas.

—Sí—miento para no dar explicaciones.

—Es más seguro caminar por las noches si estáis siguiendo la carretera—nos advierte una de las mujeres.

Después se da media vuelta y los tres siguen a lo suyo con las piezas de las motos.

—¿Habéis comido? —ahora es la anciana la que nos pregunta.

—No—contesta Adri dudosa.

—Pasad—nos invita el señor—que ya es la hora.

Los dos ancianos se levantan de sus sillas y nos invitan a seguirlos señalando una especie de carpa que tienen en el jardín. En ella hay una barbacoa donde están asando patatas y algunas verduras. Adri y yo nos miramos sin saber qué hacer, la pareja parece amable y nada peligrosa, al ver nuestra duda, es ella la que se acerca a nosotras.

—Hacéis bien en no fiaros de nadie, la gente se está volviendo loca—dice mientras mueve la mandíbula para recolocarse la dentadura.

—Este parece un sitio tranquilo—digo realmente sorprendida

por ello.

—Lo es, todos se marcharon antes de las inundaciones y solo nos quedamos algunos ancianos que nos negamos a dejar nuestra vida.

—¿Y ellos? —pregunto señalando a la gente de las motos.

—Ellos llegaron después. Muchas familias con niños llegan desde otros pueblos en busca de un lugar seguro. Ellos en concreto, vienen de Piana, el próximo que encontraréis. Es muy grande, pero los estragos se notaron más que aquí y los saqueos están a la orden del día. La mayoría huye hacia el punto de encuentro, y los que no creen que ese lugar exista, buscan sitios más tranquilos en los que refugiarse. Parecen raros—dice mirándolos—pero son buena gente, no causan problemas y ayudan a mi Eufrasio con las cosechas.

—¿Están cultivando?

—Es la manera más fiable de conseguir comida si no tienes capacidad para cazar o robar. Mi marido ha construido un pequeño invernadero en la parte trasera de la casa, no tenemos gran cosa todavía, pero sirve para subsistir.

—Entiendo. ¿Se alimentan solo de hortalizas? —pregunto cada vez más curiosa.

—No, ellos cazan conejos, ardillas y otros animalillos que prefiero no preguntar lo que son. Nosotros les damos hortalizas y ellos nos dan carne, así funcionan las cosas ahora.

Recuerdo de repente las palabras de Martín, *si quieres una gallina, más vale que tengas un saco de patatas.*

—Tened—dice el marido apareciendo de repente—no es gran cosa, pero os llenará el estómago hasta esta noche.

Nos entrega una cajita de cartón con dos patatas asadas, algunos espárragos y dos naranjas.

—Nuestro naranjo sobrevivió—dice orgulloso—y será cosa de este tiempo tan extraño, pero no deja de dar naranjas.

Adriana le agradece el detalle y acepta la caja. El olor que desprenden las patatas recién hechas es demasiado tentador como para dejar que se enfríen, así que, finalmente, aceptamos la invitación y comemos con ellos sentadas sobre unas piedras en el jardín mientras nos explican como vivieron ellos las inundaciones. También nos hablan de los militares, que llegaron hace una semana y empezaron a enterrar cuerpos. Cuando les mencionamos lo que nos sucedió con los chicos de las bicicletas, ella hace una mueca de disgusto y él endurece el gesto.

—Son unos pobres desgraciados. Viven aquí y allá, nosotros los llamamos los carreteros. Siempre están por ahí, unos cuantos de ellos se pasean con las bicicletas buscando posibles víctimas, se

dice que te asaltan hasta por un reloj. Son gente sin escrúpulos, si detectan una presa interesante, avisan al resto del grupo y para cuando se quieren dar cuenta, ya están rodeados.

—¿Aquí no vienen? Es raro que estén por la zona y nos les causen problemas—digo tratando de comprender.

—Claro que vienen, pero llegamos a un pacto con ellos, nosotros les damos una caja de comida a la semana y a cambio ignoran que estamos aquí.

—Extorsionadores—susurra Adri.

—Estos son los típicos que poco a poco se van adueñando de todo, usando la fuerza y el terror para someter a los más débiles, aunque dicen que hay otro grupo mucho peor. Haced caso a lo que os ha dicho la chica, es mejor caminar por las noches, cuando ellos duermen.

Adriana y yo nos miramos, no nos podemos permitir caminar por las noches con esa niebla, tendríamos que encender las linternas y eso llamaría la atención.

—Al venir hacia aquí hemos visto una flecha azul pintada en un árbol. ¿Saben lo que significa? —pregunto mirándolos a ambos de forma alternativa.

—Agua potable—contesta él—las flechas azules señalan fuentes de agua potable sin necesidad de ir hasta el río, que queda bastante alejado de las poblaciones como para traer el agua a cuestas. Normalmente, son pozos, hay quienes se dedican a cavarlos, esta zona está llena de manantiales subterráneos. Ese que decís está en las afueras del pueblo—dice señalando hacia la otra parte del pueblo—como podéis ver, yo instalé un sistema de recogida de agua de la lluvia, incluso las gotas del rocío mañanero—dice señalando dos depósitos—con eso y la fuente de la plaza que nunca dejó de funcionar, nosotros nos apañamos, pero el agua de la fuente todavía sale un poco turbia y de vez en cuando les llevamos una cesta de naranjas y nos traemos unas cuantas garrafas de agua potable.

—Intercambio—sonrío.

—Así funciona el mundo ahora, jovencitas.

Cuando nos despedimos, Adriana les entrega una caja de pastillas potabilizadoras para agradecer la comida.

—Con esto no tendrán que preocuparse del agua durante un tiempo.

El matrimonio nos lo agradece con una sonrisa y reemprendemos la marcha caminando por el arcén, siempre alertas. Nos hemos cruzado con muchas más personas que ayer, mochileros como nosotras, solo que ellos buscan un lugar seguro y nosotras buscamos a unos niños.

Capítulo 10

10 de julio de 2024, miércoles
Adriana

Llueve, no con mucha intensidad, pero sí lo suficiente como para resultar molesto y distraernos. Quizá haya sido ese el motivo por el que no los hemos escuchado venir. Íbamos por el arcén, como ayer, por un tramo bastante despejado de coches que nos ha hecho confiarnos porque no había ningún sitio en el que alguien pudiese estar esperándonos escondido, pero no estaban escondidos ahí, estaban entre los árboles a un lado y al otro de la carretera. No sé si ya nos estaban siguiendo o si simplemente estaban apostados aquí esperando a que dos estúpidas como nosotras, que por algún motivo incomprensible hemos creído que esto no nos podía pasar, pasasen por delante para convertirse en el botín del día.

Los tenemos por delante y por detrás, aparecidos de la nada, de repente. Nagore se ha detenido en seco y yo me he plantado a su lado sintiendo que la angustia y el miedo me ahogan. Solo han pasado unos tres segundos desde que los hemos visto aparecer, ese es el tiempo que hemos tenido para procesar lo que sucede y asimilar que de esta no salimos. Son al menos cinco, cuento tres delante y hay otros dos a nuestras espaldas. Pantalones desgastados, cazadoras de cuero, cabellos desaliñados, algunos con golpes visibles en cara y manos y lo que es peor, una sonrisa de satisfacción acompañada de miradas de lascivia. Todos nos amenazan con sus navajas salvo uno, que lleva un palo grueso como un bate de béisbol.

—¿Sabes lo que nos harán si nos cogen, Adri? —dice Nagore a mi lado.

—¿Y qué propones?

Las lágrimas de terror me empañan la vista y me paso el puño por los ojos.

—No llores, zorra, te prometo que será rápido—dice uno de ellos ante la sonrisa escandalosa de los demás—yo me la pido primero.

Nagore saca su cuchillo y los amenaza con él, yo echo mano del mío y hago lo mismo, pero me cuesta sostenerlo debido al temblor.

—Suelta eso, puta—oigo decir a otro, ni siquiera sé si se dirige a mí o a Nagore, pero ella responde.

—Si quieres que lo suelte tendrás que venir a quitármelo, cabrón.

Provocarlos no es la mejor de las ideas, pero a lo mejor así todo acaba más rápido. De repente pienso en mi padre y en el disgusto que se llevaría si viese que todo su esfuerzo por salvarnos no ha servido para nada. También pienso en Martín, en Blanca y en el pequeño Ezequiel, incluso en un momento como este me acuerdo también de Iron, que de estar aquí sé que nos defendería con su vida. Pero Iron no está y los demás tampoco, estamos las dos solas frente a un grupo de depravados sin alma dispuestos a hacernos cosas que prefiero no imaginar. Empieza a llover más fuerte.

Uno de ellos se acerca a Nagore con la navaja en alto, se detiene frente a ella y de repente la deja caer en el suelo con prepotencia.

—Esto no me hace falta—sonríe el desgraciado.

Todos lo imitan, sueltan sus armas y cuando la última de ellas cae al suelo Nagore se abalanza contra el chico que tiene delante. Es un crío, no creo que tenga más de veinte años, pero esquiva el ataque de Nagore sin inmutarse y la desarma golpeándole la cara con violencia con el revés de su mano. El golpe suena tan fuerte que pienso que le ha partido el pómulo. Nagore se tambalea y cuando trato de agarrarla otro de ellos viene a por mí. No sé cómo lo hago, pero logro hacerle un corte en un brazo, el hombre, porque este es más mayor, grita como un cochino en el matadero y cuando pienso que quizá sí que tengamos alguna posibilidad, otro me golpea por detrás y me hace caer de rodillas. A partir de ese momento todo es una sucesión de golpes a base de patadas y puñetazos. Veo a Nagore caer delante de mí, veo como le arrancan la mochila de la espalda con un movimiento brusco y como su cuerpo rueda como un guiñapo, inerte.

El agua de la lluvia ayuda a que mi sangre caiga al suelo delante de mí formando un charco rosado. Empiezo a ver borroso y el cuerpo entero me arde por los golpes, siento el corazón latiendo en cada zona dolorida y el aturdimiento apoderarse de mí, pero no lo suficiente para no escuchar a uno de ellos.

—¡Traed las motos!

Motos. No van a matarnos aquí, nos van a secuestrar para llevarnos a otro lugar, uno en el que probablemente tendrán intimidad para hacer con nosotras lo que quieran. Ya no lloro, pero las lágrimas de desesperación siguen saliendo solas de mis ojos. Uno de ellos me coge del pelo de forma brusca y tira de mí

hasta dejarme de rodillas en el suelo. Agotada, me siento sobre mis propios pies mientras intento quitarme el agua de los ojos para localizar a Nagore. El rugido de una moto me acelera el pulso, aparecen de repente, como si hubiesen llegado hasta aquí en silencio, pero ahora los motores lo ensordecen todo y el olor a gasolina quemada se me mete en las fosas nasales. Me trae buenos recuerdos, es un olor que me gusta porque mi padre tenía una cuando yo era pequeña y de vez en cuando me llevaba al colegio con ella.

—¡Agárrala bien! —le dice uno a otro.

Intento enfocar, sé que se refieren a Nagore porque a mí no me han movido. Una moto acelera de golpe y pasa por delante de mí, no tengo tiempo de ver mucho antes de que desaparezca, pero sí que hay tres personas subidas en ella, la del medio es Nagore.

Empiezo a gritar histérica. De repente siento un agujero enorme dentro de mí, el que deja Nagore desapareciendo. Es como si ahora que se ha ido fuese más consciente de lo que sucede y me vuelvo loca, trato de zafarme con sacudidas tan violentas que el que me tiene agarrada acaba soltándome mientras él y los dos que quedan se ríen a carcajadas del espectáculo lamentable que estoy dando. Cada vez que intento levantarme me caigo de rodillas, es como si una fuerza que no existe me empujase hacia abajo todo el rato. Siento náuseas y escupo mi propia sangre hasta que veo un reflejo en el suelo. Es el cuchillo de Nagore. Me lanzo hacia él sin pensarlo y cuando estoy a punto de rozarlo con la punta de los dedos recibo una patada en el estómago que me levanta del suelo de forma literal y me hace caer rodando hasta quedar tendida bocarriba. El tipo ha cogido el cuchillo y ha apoyado su rodilla en mi pecho mientras traza líneas en mi cara con la punta afilada de la navaja.

—Cuando acabe contigo no te va a reconocer ni tu madre, maldita zorra—me amenaza mirándome como un desquiciado.

—Déjala, ya sabes que todavía no la puedes tocar—le grita otro.

—No tiene que enterarse, ya le llevamos a una mujer, esta puede ser para nosotros.

Los tres se miran sopesando su propuesta mientras yo tiemblo por el pánico. Me asaltan miles de preguntas mientras ellos debaten ajenos a lo que siento. ¿Quién no tiene que enterarse? ¿Por qué no deberían tocarme? Y lo que más me aterra, ¿qué van a hacerle a Nagore?

—¿Qué dirán los demás? Saben que la tenemos—cuestiona uno.

—Diremos que era tan peleona que hemos tenido que matarla

—contesta el tipo al que he herido con el cuchillo.

El que está encima de mí sonríe con satisfacción y suelta el cuchillo lanzándolo lejos de mi cuerpo. Me abofetea la cara dos veces dejándome completamente aturdida y me desabrocha las correas de la mochila. Ni siquiera se molesta en quitármela, va directo a mis pantalones y a la vez que noto como desabrocha el botón, escucho un disparo que hace que su cabeza reviente delante de mí salpicándome con su sangre. El tipo cae hacia un lado mientras yo trato de entender lo que sucede.

—Largo de aquí si no queréis acabar como él, hijos de puta.

La voz es de mujer, de una mujer adulta con la voz rasgada y fuerte. Los dos corren hasta sus motos como dos cobardes hasta que ella dispara otra vez. No veo caer ningún cuerpo al suelo y eso me decepciona, quiero que mueran, deseo con todas mis fuerzas que los mate, pero se limita a decirles que se marchen corriendo, que tienen diez segundos para desaparecer de su vista. Le hacen caso y corren despavoridos sin mirar atrás. La mujer viene hacia mí, se agacha a mi lado y me mira de arriba abajo, no sé si he de tenerle miedo o darle las gracias, pero no me da tiempo a decidirme por ninguna de las dos cosas.

Utiliza las asas de la mochila que todavía sigue a mis espaldas para tirar de mí hacia arriba. Me sorprende su fuerza. Es más baja que yo, pero lo compensa con su corpulencia. Tiene el pelo corto invadido por las canas, no sé calcular su edad, debe rondar los cincuenta, año arriba año abajo.

—¿Te aguantas de pie? —pregunta sin soltarme.

Estoy muy desubicada, me cuesta procesar todo lo que sucede, pero lo que sé con certeza es que ahora mismo me conviene estar cerca de ella.

—Creo que sí.

—No me valen los creo, debes hacerlo porque si te caes de la moto no voy a volver a por ti. ¿Entendido?

Afirmo mientras me echo los mechones de pelo empapados hacia atrás.

—Espera aquí, y no te caigas otra vez—ordena soltándome con cautela.

Cuando confirma que me aguanto yo sola, va a por una de las motos que esos desgraciados han dejado, se sube en ella como si llevase haciéndolo toda la vida y la pone en marcha. Arranca y se detiene a mi lado haciendo un gesto para que suba. Yo miro su pie en el suelo, apenas llega con la punta y no sé si será capaz de mantener el equilibrio cuando yo intente subir, pero lo hace, y yo me aferro a su cintura, dejo caer la cabeza sobre su espalda porque necesito cerrar los ojos unos minutos y trato de no caerme

cuando nos ponemos en marcha.

Capítulo 11

2 de mayo de 2024, jueves

Hoy ha sido un día feliz para Tatiana. Es el cumpleaños de Santiago y se ha quedado todo el día con él. Si se para a pensarlo, puede que este haya sido su primer día de descanso, el único en el que no ha hecho nada que no sea pasar el rato con su hijo.

—Catorce años ya—dice incrédula besando su mejilla de forma efusiva.

—Sé que tú nunca me verás como un adulto, pero puedo empezar a ayudarte.

—Dejemos ese tema hoy, Santi—le pide risueña.

Su hijo tiene razón, ella jamás lo verá así, pero Santiago se equivoca en una cosa, ya la ayuda, aunque él piensa que no. Tatiana se marcha tranquila cada día porque confía en que él está atento y que la avisará si alguien se acerca. Está tranquila porque sabe que se queda con el hacha y, aunque es muy joven y está impedido, el cuerpo de su hijo está cambiando a pasos agigantados. Sus brazos están cada vez más fuertes porque el aburrimiento hace que cuando ella está en casa, él pase mucho rato haciendo ejercicio, y está tranquila porque sabe que ahora, si se queda solo, puede sobrevivir porque ha aprendido a cultivar patatas y pronto podrán recoger las primeras, además, sus últimos asaltos han sido muy fructíferos y tienen comida para unos cuantos días. Está tranquila, eso es lo que necesita Tatiana cuando se marcha de su casa para buscarse la vida, no tener esa preocupación continua que la atormenta cuando piensa que lo ha dejado solo. Está tranquila porque hace una semana consiguió una pistola y una escopeta recortada con algo de munición, y Santiago tiene la recortada.

Se pasan el día jugando a diferentes juegos improvisados que hacen que las horas pasen volando. También hablan mucho, por primera vez Tatiana ha comenzado a responder algunas de las preguntas de su hijo. Le ha hablado del día que vino con marcas en el cuello porque estuvieron a punto de estrangularla. También le ha dicho dónde enterró a su padre y le ha prometido que algún día, cuando la situación mejore, despejará todo el camino para poder llevarlo hasta allí con la silla.

Por la noche Tatiana saca lo mejor que tiene para celebrar el

cumpleaños de su hijo. Ha calentado dos latas de albóndigas que sabe que lo vuelven loco y ha abierto una botella de vino dejándole tomar un pequeño vaso. No tiene un pastel, pero ha encendido catorce velas en la mesa dibujando un corazón para que sepa lo mucho que lo quiere. En el centro ha colocado un pequeño vaso lleno de moras silvestres de las rojas y las negras, algo que sabe que también le gusta mucho. Santi sonríe y apaga las velas rápido porque sabe que no las pueden desperdiciar.

—¿Jugamos a las cartas? —propone Santi.

—¿No quieres abrir tu regalo?

—¿Mi regalo? —preguntó incrédulo con un brillo de emoción en los ojos.

—Tu regalo—confirma Tatiana más emocionada que su hijo.

Sale de la habitación un momento y cuando regresa lleva una caja entre las manos. Santi observa que parece algo pesado y no es capaz de imaginar lo que es. Su madre le deja el paquete sobre las piernas y se sienta a su lado, expectante.

Santiago abre la caja y encuentra en ella una emisora de radio de las que ha visto en muchas películas, esas que sirven para comunicarse con otras personas a mucha distancia.

—¡Guau, mamá! —exclama eufórico—¿funciona?

—Eso tendrás que averiguarlo tú, pero la encontré en un sótano muy bien guardada dentro de una caja de plástico hermética, supongo que si se tomaron tantas molestias es que sí.

—Podré hablar con otras personas—piensa en voz alta mientras examina el aparato.

—Siempre que no reveles nuestra ubicación, sí—especifica su madre.

—Ya lo sé, no soy tonto—cabecea él.

Tatiana sabe que no es tonto, y también sabe que Santi necesita interactuar con alguien más que no sea solo ella si no quiere que se vuelva loco. Le ha mentido en cuanto a la procedencia de su regalo, no la encontró en un sótano, hace dos días conoció a un tipo que se dedica a intercambiar cosas, un marchante. El señor estaba sentado en un extremo de su puente, de ese que ella utiliza para asaltar a sus víctimas. El hombre tenía dos carros de la compra que él mismo había reforzado y ahí transportaba las cosas que según él iba encontrando y que Tatiana sabía que había robado igual que hacía ella. Igual que hacen todos.

Cuando vio la radio pensó en su hijo de inmediato.

—¿Funciona? —preguntó señalándola desde lejos, no se atrevía a acercarse porque no se fiaba.

—Ya lo creo, yo no llevo chatarra, señora.

El hombre la conectó a una batería de coche y la puso en marcha para hacerle una demostración.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó Tatiana.

—¿Qué me ofrece? —el hombre la miró de arriba abajo provocando que se estremeciese de asco.

—Espere aquí.

Tatiana corrió hacia su casa asegurándose de que él no la seguía y volvió al cabo de unos minutos con una bolsa. Se detuvo frente a él y le mostró el contenido. Una botella de agua, tres latas de conserva, una cuchilla de afeitar y dos pares de calcetines que había cogido de su difunto marido. El hombre salivó al ver las latas y Tatiana se preguntó cuánto tiempo hacía que no habría probado una comida en condiciones.

—Me parece poco—dijo de pronto.

—Pues no tengo nada más.

—Vacíese los bolsillos, ahí la gente suele llevar las cosas importantes—le pidió el hombre.

Tatiana se metió las dos manos, en uno llevaba las llaves de su casa y no pensaba sacarlas, en el otro llevaba una navaja que usaba para mil cosas, pero tenía tres más en casa, así que se la ofreció también.

—Con todo eso le puedo dar la radio, si quiere la batería tendrá que darme algo más, no todo tiene que ser material—dijo desnudándola con la mirada.

—Con la radio me basta.

Tatiana dejó la bolsa al lado del hombre y le arrancó la radio de las manos en un gesto tan rápido que él no tuvo tiempo de reaccionar. No necesitaba la batería, entre sus botines ya acumulaba dos. Ese día no volvió a casa hasta bien avanzada la tarde, no se fiaba de que ese marchante la siguiese y descubriese donde vivían ella y Santi, así que se escondió y lo estuvo vigilando hasta que lo vio marcharse del pueblo hacia su siguiente destino.

—¿Entonces te gusta? —le pregunta a Santi.

—Claro, mamá.

—Tengo un par de baterías, pero tendrás que usarlas con cabeza, Santi, si las gastas te quedarás sin radio.

—Tranquila, solo un rato cada día.

—¿Entonces ya no quieres jugar a las cartas?

Los dos se ríen hasta que un ruido en la planta baja los hace callar de golpe. Los dos se miran y permanecen inmóviles hasta que otro sonido que reconocen muy bien hace que se pongan en tensión. La cadena de latas que Tatiana colocó en todas las posibles entradas acaba de sonar.

Tatiana se levanta de un salto y coge la pistola. Después deja la radio sobre la mesa, saca la recortada del bolsillo de la silla de Santi y se la coloca en el regazo.

—Quédate aquí y no se te ocurra salir—le pide en voz muy baja—si alguien que no sea yo cruza esa puerta, dispara, Santi, no te lo pienses, aprieta el gatillo y dispara.

Santiago está aterrorizado y la expresión de angustia que su madre tiene en el rostro no ayuda a que se calme, aun así, asiente decidido y sujeta el arma entre las manos. Tatiana sale de la habitación sigilosamente y cierra la puerta de nuevo. Se ha llevado una linterna, pero decide no encenderla para no delatar su posición, tiene la ventaja de conocer la casa palmo a palmo y se guía a ciegas hasta la escalera. Se asoma con cuidado, siempre con la pistola por delante, y ve el halo de una luz de otra linterna moviéndose por la planta inferior. Se queda quieta y escucha, quién sea que ha entrado no habla, solo examina la casa. Tampoco sabe si los ha escuchado a ellos o piensa que están durmiendo. Comienza a descender escalón a escalón, con mucho cuidado de no hacer ruido.

Nota los latidos de su corazón palpitándole en la vena del cuello con violencia. Toda ella está en tensión constante, sujetando la pistola con firmeza mientras sigue bajando y apuntando hacia el frente. La luz se mueve por lo que antes era su cocina, quizá solo buscan comida y cuando vean que no hay nada porque Tatiana guarda todo lo importante arriba, se marchen. No está segura de si es una persona o son dos, pero si tiene que apostar, diría que únicamente hay una. Cuando llega abajo ve que la puerta de la entrada está abierta, por ella entra la luz de la luna que, aunque no es gran cosa, permite que Tatiana pueda distinguir las formas.

Algo cruje bajo su pie de repente. No sabe qué es lo que ha pisado, pero quien sea que hay en su casa, apaga la linterna y lo escucha correr hacia ella. Tatiana corre hacia el salón porque el sonido de las pisadas de esa persona la hace pensar que tal vez ha terminado dirigiéndose hacia allí, y no se ha equivocado, pero sí que ha cometido el error de no prever que la estuviese esperando junto a la puerta y ahora la ha golpeado en la cabeza con algo que la ha hecho caer de rodillas mientras la sangre de la herida le resbala por el cuello.

—Tengo comida, te la daré toda, pero márchate, por favor—suplica Tatiana desde el suelo.

La pistola se le ha caído y trata de localizarla palmeando con la mano. El hombre enciende la linterna en ese momento y la encuentra antes que ella.

—¿Buscas esto? —coge a Tatiana del pelo y la levanta del suelo con brusquedad mientras le muestra la pistola.

Ahora los dos caminan de nuevo hacia la entrada, el hombre lleva la linterna en la boca y a Tatiana cogida por el pelo sin dejar de apuntarle cuando ve una vela en la entrada y suelta a Tatiana de un empujón.

—Enciéndela.

Tatiana obedece con las manos temblando mientras trata de pensar rápido, necesita deshacerse de ese hombre antes de que suba y encuentre a Santi.

—Por favor—suplica Tatiana mareada por el golpe—le daré lo que quiera, pero márchese.

Con la luz de la vela, el hombre observa la silueta de Tatiana en la penumbra y le gusta lo que ve.

—Quítate la ropa—dice de repente.

—¿Te irás si lo hago? —solloza Tatiana aterrorizada.

El hombre responde golpeándole la cara con la culata de la pistola. Tatiana cae al suelo como un árbol recién talado y él se agacha ante ella con los ojos desorbitados por el ansia.

—No, puta, no me iré. Te follaré hasta que me canse y si lo haces bien, tal vez te deje vivir.

Tatiana lo escucha como una voz a lo lejos, el golpe la ha dejado muy aturdida y le cuesta concentrarse, pero entonces él la coge del cuello de la camisa y la sacude con violencia hasta que lo mira a los ojos.

—Empieza a desnudarte si no quieres que te arranque yo la ropa.

—¿Papá?

Tatiana se gira atónita hacia la voz infantil que ha hablado desde la puerta.

—¡Te he dicho que esperes fuera! —grita el hombre colérico mientras cientos de gotas de saliva escapan de su boca salpicando la cara de Tatiana.

El niño palidece y desaparece de su vista.

—No hagas esto, por favor—suplica Tatiana—no dejes que el niño te vea hacer algo tan depravado.

—El niño tiene que aprender, ahora las cosas han cambiado, maldita estúpida.

La toma por el cuello del jersey con las dos manos y la levanta arrastrándola hacia la cocina. Tatiana se agarra a la baranda de la escalera y patalea con todas sus fuerzas tratando de soltarse de su agarre. Logra golpearle la cara con el codo y el hombre suelta la pistola, que cae al suelo rebotando hacia un lado. Tatiana se tira sobre ella sin pensarlo, pero no le da tiempo a levantarse cuando

él se le echa encima, le arranca la pistola de la mano enviándola lejos de un empujón y se sienta a horcajadas sobre ella. Le aguanta las dos manos por encima de la cabeza con una de las suyas, Tatiana se retuerce como una culebra y grita de pura desesperación.

—¡Cállate! —el hombre la abofetea y acto seguido nota su mano sobre el botón del pantalón.

Se lo desabrocha a la vez que se escucha un disparo que resuena con tanta potencia que a Tatiana le cuesta saber de dónde ha venido. El hombre cae hacia un lado, se pone de rodillas y se retuerce entre maldiciones con una mano en el brazo hasta que ve la pistola y se arrastra hacia ella. El segundo disparo le impacta en la cara y Tatiana tiene la sensación de que le ha arrancado la mandíbula. El hombre cae al suelo desplomado delante de la puerta.

Tatiana sí que ha sido capaz de ubicar la procedencia de este disparo y automáticamente mira hacia lo alto de la escalera, donde encuentra a su hijo sujetando la recortada mientras mira el cuerpo inmóvil del hombre.

—¿Estás bien, mamá? —pregunta intentando que su madre no note lo mucho que le tiembla todo el cuerpo.

—Sí, cariño, vuelve al salón, yo subo enseguida—le pide ella, que ahora solo puede pensar en que ese niño no puede ver a su padre muerto.

Se levanta tambaleándose y arrastra el cuerpo de su atacante hasta la cocina, lo deja tirado detrás de la isla, se limpia la sangre de la cara con el puño y sale a la calle mientras Santiago sigue en el mismo sitio, pendiente de su madre.

Tatiana encuentra al niño sentado en su porche con la espalda pegada a la pared y las manos en los oídos. No está solo, a su lado hay una niña más pequeña en la misma posición. Nerviosa, se agacha frente a él y le aparta las manos de los oídos con cuidado.

—Vuestro papá se ha marchado a buscar más comida, pero me ha pedido que os cuide hasta que vuelva—le susurra Tatiana mientras las lágrimas le empapan las rodillas del pantalón.

—¿Tienes comida? —pregunta el crío.

—Sí—contesta sorbiéndose los mocos—¿tenéis hambre?

Los dos asienten mientras la observan como a una marciana. Tatiana se levanta y les tiende una mano a cada uno, cuando se ponen en pie, se da cuenta de lo delgados que están y de lo andrajosas y sucias que están sus ropas.

—Vamos, hoy dormiréis calientes—dice dejando de llorar.

Tatiana entra en casa con los niños, cuando va a cerrar la puerta, ve un gran desconchón en la parte de la cerradura.

Encuentra la pata de cabra que ese desgraciado ha utilizado para entrar en su casa apoyada en la pared detrás de la puerta. Vuelve a colocar las latas y Santiago guarda la recortada, hoy no dormirán solos.

Capítulo 12

10 de julio de 2024, miércoles
Adriana

No avanzamos durante mucho rato, tal vez dos o tres minutos, hasta que cruzamos un cartel donde pone Piana y nos adentramos por las calles del pueblo. Este es muchísimo más grande que el anterior y la mujer esquiva obstáculos y escombros con mucha agilidad hasta que se detiene junto a la pared de una casa.

—Baja aquí y espera—ordena.

Obedezco, apoyo un pie en el suelo y me deslizo por el sillín hasta sacar la otra pierna. El movimiento me hace marearme y el peso de la mochila me arrastra hacia atrás haciendo que me caiga de culo. Ella me mira sin cambiar su expresión, apaga el motor, se baja, y camina con la moto hasta una puerta de madera de dos hojas. Observo la casa desde el suelo, es de dos plantas y abajo a la izquierda está la puerta por la que ella se ha metido con la moto. Me doy cuenta de que toda la madera está hinchada y podrida por el agua. Una de las dos hojas permanece abierta algo más de un metro, probablemente esté atascada y siempre está así, entonces miro hacia arriba y veo que encima de la puerta hay un cartel que indica que era un negocio, una armería para ser exactos.

La mujer sale al cabo de un par de minutos y me ayuda a levantarme, después pasa mi brazo por sus hombros para servirme de apoyo y me guía hacia el interior. Cuando cruzamos esa puerta de madera resulta ser otra entrada, hay una cristalera donde probablemente había armas expuestas y una puerta de cristal protegida por una reja de hierro de esas que se corren hacia un lado y se convierten en un acordeón.

Una vez entramos, cierra la reja con llave y hace lo mismo con la puerta de cristal. Dentro hace frío, diría que más que en la calle porque hay mucha humedad, pero lo que más llama mi atención es que huele mucho a marihuana. La parte de la tienda que estaba de cara al público no es muy grande, tiene un mostrador destrozado por los estragos del agua sobre el que hay una vela que ella coge. También hay tres estanterías en el mismo estado y la moto en la que hemos llegado está apoyada en una de ellas. Atravesamos una puerta y llegamos a otra habitación el doble de

grande, aquí parece que sí que se ha molestado en limpiar y acondicionarlo un poco. Apaga la vela porque al fondo hay una ventana y otra puerta con reja que dan a un patio trasero, y eso permite que entre la luz del exterior. Hay una mesa baja frente a un sofá de piel con varias rasgadas, algunas cajas, una garrafa de agua y dos sillas diferentes que probablemente ha encontrado por ahí.

—Deja la mochila en el suelo y túmbate ahí, veré qué puedo hacer para curarte, no tengo mucha cosa—dice señalando el sofá.

—Estoy bien, solo necesito sentarme un momento—digo a la vez que me derrumbo sobre el sofá.

El mareo vuelve y todo me da vueltas unos instantes mientras me pregunto si el olor a marihuana no estará influyendo también en eso. Aquí dentro huele mucho más. La mujer desaparece por otra puerta que deduzco que lleva al piso superior, en el que ella debe vivir porque dudo que duerma aquí abajo con el frío que hace. Vuelvo a cerrar los ojos y las imágenes de lo sucedido me golpean con fuerza, veo a Nagore caer al suelo y después subida en esa moto. La angustia vuelve a dominarme y empiezo a llorar otra vez, si es que he dejado de hacerlo en algún momento. Sé que tengo que ir a buscarla, pero ahora mismo no tengo fuerzas para moverme, necesito descansar unos minutos, recuperar energía y que el mareo desaparezca, después le robaré la moto si hace falta y me marcharé a buscar a Nagore.

Me despierta el escozor en la cara. Abro los ojos sobresaltada y veo a la mujer sentada a mi lado mientras limpia mi cara con una gasa.

—No te muevas—dice sin perder la concentración.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto poniéndome nerviosa.

—Poco, quizá una hora o algo más.

—¿Qué?

Me incorporo de golpe haciendo que ella tenga que apartase para que no la arroye. Me quedo sentada en el sofá, el mareo ha desaparecido, pero si me muevo demasiado rápido vuelve otra vez. Noto un dolor agudo en la cara y otro más incómodo por todo el cuerpo. Las costillas me duelen al respirar y todavía noto el sabor metálico de la sangre en la boca.

—Iba a dejarte descansar un poco más, pero tu ceja no deja de sangrar y me estás poniendo perdido el sofá, deja que termine de curarla.

—Tengo que ir a buscar a Nagore—digo angustiada y paralizada a la vez.

La mujer vuelve a ocuparse de mi ceja.

—¿Quién es Nagore?

—La mujer que estaba conmigo, ellos se la han llevado.

—Yo no he visto a ninguna mujer—responde presionando mi ceja con la gasa hasta hacerme rabiar de dolor.

—Tú has llegado más tarde, se la acababan de llevar en una moto.

—En ese caso hazte a la idea de que no la volverás a ver.

Recibo su respuesta como si me golpeasen la cabeza con una maza. Me dejo caer hacia atrás y vuelvo a llorar mientras ella termina de colocar un esparadrapo con una gasa sobre mi ceja.

—Tengo que ir a buscarla—sollozo tratando de incorporarme.

—Ahora mismo no llegarías ni a la puerta de la calle, estás hecha unos zorros, necesitas descansar.

—¿Quién es? —la voz que pronuncia esas palabras proviene de la puerta por la que la mujer se ha marchado antes.

Me giro de inmediato y veo a otra mujer entrando en la estancia. Es más mayor y parece muy enferma.

—Te he dicho que no te levantes de la cama, Luisa—dice la mujer acudiendo en su ayuda.

Me doy cuenta de que apenas se mantiene en pie, camina lentamente apoyándose en la pared.

—Estoy harta de esa cama, me encuentro bien—su voz es débil, mucho, tiene unas ojeras muy profundas, la tez amarillenta y su expresión es como si sintiese un dolor continuo.

—Entonces te sientas en el sillón, aquí abajo hace frío. La chica no es nadie, ha tenido un percance y se marchará cuando esté recuperada, no te preocupes.

Sin renegar, la tal Luisa acepta las órdenes y se deja guiar de nuevo hacia la vivienda. Mientras ella sube a la otra estancia para acompañarla, yo me pongo en pie de forma lenta. Me inclino hacia delante y me toco la rodilla izquierda que me duele a rabiar, la noto inflamada, probablemente por alguna patada de esos desgraciados. Veo una puerta abierta que parece un baño y me dirijo hacia él. El inodoro lo ha sellado con precinto, supongo que se habrá embozado y con esto evita que salgan los olores nauseabundos.

El espejo está desconchado y resquebrajado, sin embargo, conserva lo suficiente como para que me vea reflejada en él. No me reconozco, mi cara es un surtido de colores, cortes e inflamaciones que me hacen parecer otra persona.

—Vuelve a sentarte, calentaré un poco de caldo.

Su voz me asusta y me giro descubriéndola detrás de mí.

—Tu cara volverá a su estado normal en unos días, no te preocupes, solo has de esperar a que baje la inflamación—aclara señalándome.

—¿Quién es Luisa? —pregunto cojeando hasta el sofá.

—Mi hermana mayor.

La mujer abre la puerta que da al patio, nada más salir, hay una parte tejada donde tiene una barbacoa metálica colocada sobre una silla de hierro, enciende unas cuantas ramas y coloca una olla grande encima, pero lo que me viene no es el olor de lo que sea que hay dentro de la olla, es una oleada profunda de olor a marihuana que me hace parpadear varias veces.

—¿Qué le pasa a tu hermana? No tiene buen aspecto —pregunto acercándome a ella.

He aceptado que tiene razón, si no me recupero un poco no podré dar ni dos pasos ahí fuera antes de desplomarme, además, necesito ganarme su confianza, porque si alguien tiene una idea de dónde pueden haber llevado a Nagore, esa es ella.

—Cáncer.

—Lo siento.

—Yo también, no son buenos tiempos para alguien enfermo.

Me fijo en que lleva una pistola en la parte trasera de los pantalones, deduzco que no se fía de mí y no me extraña viendo en lo que se está convirtiendo el mundo. Otro golpe de aire vuelve a traerme ese olor a hierba y asomo la cabeza.

—Vuelve dentro—grita enfadada, pero lo hace tarde, ya lo he visto.

Tiene al menos una docena de plantas de marihuana en el patio.

—Empecé a cultivarlas para Luisa—se explica de repente—se las recetaron como algo terapéutico para paliar sus dolores, y ahora me sirven también como moneda de intercambio. Si intentas joderme te pegaré un tiro.

No puedo replicarle porque me hace un gesto con la cabeza para que mire dentro de la olla y vea lo que está cocinando. Es sopa con trozos de pollo.

—No te imaginas la de cosas que se pueden conseguir por tan solo unos gramos de maría. Yo siempre tengo reservas de sobra para Luisa, con lo demás hago negocio. Es importante que se alimente bien, ya no tenemos sus medicinas y sufre unos dolores tan fuertes que ni siquiera esta mierda se los quita.

Me doy cuenta de que esta mujer lleva mucho tiempo sin hablar con nadie, parece que necesita desahogarse y lo está haciendo conmigo, no sé si es porque ya se fía de mí o porque después piensa pegarme un tiro.

—No te he dado las gracias todavía por salvarme.

—Pasaba por allí y he escuchado tus gritos, estoy harta de lo que hacen esos putos animales.

—¿Sabes quién son? ¿Sabes dónde han llevado a Nagore?

La mujer se gira hacia mí y me señala con la cuchara de palo.

—Escúchame bien, no te conviene acercarte a esa gente, ya has visto lo que os han hecho en un momento. Lo siento por tu amiga, pero a estas alturas es probable que ya esté muerta después de que unos cuantos de ellos la hayan violado primero.

Doy un paso atrás y apoyo la espalda y las manos en la pared. El labio inferior comienza a temblarme sin control, los ojos se me inundan y vuelvo a sentir que toda la ropa que llevo puesta me ahoga. Me escurro por la pared hasta sentarme en el suelo sin aceptar que lo que dice sea cierto, me niego a perder a Nagore, no puedo, y si ya la he perdido, necesito verlo con mis propios ojos. Pienso en llamar a Martín y pedirle ayuda, que venga hasta aquí con todas las armas que tenemos en el búnker, pero lo descarto, si es que Nagore sigue viva todavía, no le queda todo el tiempo que necesita Martín para llegar hasta aquí.

—Siento ser tan brusca—dice la mujer, que no sé en qué momento se ha agachado frente a mí—¿cómo te llamas?

—Adriana—sollozo tartamudeando.

—Yo soy Dolores, pero puedes llamarme Loli.

Loli me tiende la mano y de nuevo su fuerza desmedida me alza del suelo.

—¿Sabes dónde están? Tengo que ir a buscarla.

—¿Tú te has visto? —pregunta a la vez que aparta la olla del fuego—si te acercas a ellos acabarán lo que han empezado.

—Ese es mi problema, ¿sabes dónde están o no?

—Claro que lo sé, todo el mundo aquí lo sabe. Son una panda de hijos de puta liderados por un desgraciado que se ha autoproclamado el alcalde. ¿Te lo puedes creer? El tío tenía una granja en las afueras y se pasó la vida criando cerdos, y ahora dice que es el alcalde—cabecea como si le costase creerlo.

—¿Y por qué nadie le para los pies?

—Porque cuando temes a alguien es mejor seguirlo que interponerte en su camino. Así es la vida, ese desgraciado se hizo con el control de todo en cuanto terminaron las inundaciones. Asaltaba las casas con una violencia extrema, la gente comenzó a temerlo y los más listos decidieron que a su lado no les iba a faltar la comida, así que ya ves, en cuestión de poco tiempo contaba con un ejército de ciudadanos cobardes que prefieren tomar las cosas por la fuerza. Tiene el control de los pozos de la zona y en su granja sigue criando animales, se encuentra en una finca de más de quince hectáreas totalmente llana, las lluvias torrenciales le destrozaron la casa y algunos de los graneros, pero la mayoría de los animales sobrevivieron, así que comida no le

falta y eso lo convierte en el hombre más poderoso de la zona.

Loli separa las ramas en ascuas para que se apaguen y no desperdiciarlas. Entramos con la olla, sirve tres platos y se lleva el más lleno a la planta superior.

Las dos comemos en silencio cuando vuelve, ella no sé lo que piensa, pero yo no paro de darle vueltas a todo el asunto y lo único que saco en claro es que sola no tengo ninguna posibilidad.

—Ayúdame a recuperar a Nagore—le pido de repente.

Loli alza la vista de su plato y me mira sorprendida.

—Ya te he dicho que lo más probable es que a estas alturas tu amiga esté muerta—insiste.

—No está muerta, yo sé que no lo está porque lo siento dentro de mí—le grito enfadada.

Ha sonado muy extraño lo que he dicho, pero es real, estoy segura de que Nagore sigue viva, lo percibo de un modo que no sé cómo explicar.

—Supongamos que lo está. En esa granja debe haber una veintena de hombres, o más, a saber. ¿De verdad piensas que tú y yo solas la podemos sacar de ahí?

—Buscaremos ayuda.

—¿Ayuda? —Loli comienza a reírse y después se limpia con la servilleta—aquí nadie se juega la vida por nadie, no sé de dónde coño sales, Adriana, porque está claro que no eres de la zona.

—De dónde soy no importa. Tú conoces este sitio y conoces a esa gente, seguro que conoces algún modo de entrar. Por favor—le suplico sin poder contener las lágrimas otra vez.

Loli hace un mohín de disgusto y mira hacia otro lado para que mis lágrimas no la reblandezcan.

—Ayúdala, Loli.

De nuevo, Luisa aparece por la puerta para disgusto de su hermana.

—Si puedes ayudarla, hazlo, no seas como esa gentuza—insiste su hermana.

—Te he dicho que te quedes arriba, Luisa.

—Por favor—le insisto.

Loli suelta un bufido y se levanta para acompañar a su hermana de nuevo a la cama.

—Puede que haya una manera—dice en cuánto vuelve.

—¿Qué manera? —pregunto tras soltar un suspiro de alivio.

—Hay un par de tipos allí con los que hago tratos. A uno le paso hierba y él a cambio me consigue comida, carne fresca—dice señalando la olla—otras veces se la cambio por agua, a mí me cuesta mucho traerla porque las garrafas pesan y tengo la espalda molida. Así que por un poco más de hierba, me trae algunas

garrafas hasta la puerta. Con el otro hago lo mismo a cambio de seguridad, yo lo mantengo suministrado cada mes y él se ocupa de que los hombres que el alcalde envía a saquear las casas pasen la nuestra de largo. Puedo hablar con ellos y enterarme del estado de tu amiga, pero yo no me haría ilusiones.

—Contacta con ellos ahora—exijo de malas formas.

—Esto no va así, hay unas horas pactadas. Puedo contactar con uno de ellos cuando oscurezca y vuelva a su casa. Así lo hacemos siempre, y eso es todo lo que puedo ofrecerte.

—No es suficiente, necesito que me ayudes a sacarla de ahí, negocia con ellos, por un poco más seguro que estarán encantados.

—¿Por qué iba yo a perder una mercancía tan preciada por ti? Ya te he ayudado bastante, si lo llego a saber te dejo allí, solo me estás causando dolores de cabeza—rezonga con el ceño fruncido.

Sé que en el fondo es una buena mujer, por eso me ha ayudado, la lástima es que no haya llegado a tiempo de impedir que se llevasen a Nagore.

—Me ayudarás porque yo puedo ayudarte a ti.

Loli me mira sin poder disimular su sorpresa inicial.

—¿Puedo saber en qué?

—Dices que tu hermana Luisa tiene cáncer y que sufre dolores que la hierba ya no le quita del todo. Yo tengo unas pastillas que son un derivado de la morfina. Son tuyas si me ayudas a sacar a Nagore de allí.

—Quiero verlas.

Me levanto y voy cojeando hasta mi mochila, abro uno de los bolsillos y le muestro la caja, una de las que nos dio Martín. La sacudo en el aire para que Loli vea que está llena, sé que por el nombre ya sabe de cuáles se trata porque probablemente su hermana las había tomado. Retiro la caja de su alcance cuando trata de cogerla.

—También tengo pastillas potabilizadoras de agua. Te daré una caja y con eso te ahorrarás darle hierba durante una temporada. Por favor, Loli.

—De acuerdo, hay trato. Pero aquí la que da las órdenes y lo decide todo soy yo, tú harás lo que yo te diga y mantendrás la boca cerrada, ¿estamos?

—Sí, lo que sea, gracias, muchas gracias—digo abrazándome a ella.

Loli permanece rígida mientras dura el abrazo, pero no me importa, lo que cuenta es que va a ayudarme, solo necesito que Nagore aguante.

Capítulo 13

10 de julio de 2024, miércoles
Nagore

Cuando me despierto siento el frío calándome los huesos. Tengo la ropa húmeda por la lluvia y estoy sobre un suelo arenoso. El ojo derecho no se abre del todo y si lo intento siento como si me clavasen un alfiler de arriba abajo. Suelto un alarido de dolor e intento mover la mano hacia la cara para tocarme y valorar la gravedad de los daños, pero no puedo porque tengo las manos atadas.

Miro sobre mis piernas, sobre las que tengo las manos atadas con una cuerda de cáñamo gruesa cuyas fibras secas y duras me rasgan la piel si intento soltarme. Me miro los pies, no me los han atado, supongo que dan por hecho que no voy a intentar huir después de la paliza que me han dado, y tienen razón, porque cuando intento moverme para encontrar una posición que haga que no me duela tanto la espalda, siento punzadas de dolor por todo el cuerpo. Un dolor de esos que te cortan la respiración, de los que te dejan completamente inmóvil mientras suplicas a lo desconocido para que pase cuanto antes.

Intento distraerme mirando a mi alrededor. Estoy encerrada en algún tipo de almacén que tiempo atrás debió ser un establo para vacas. Hay un fuerte olor a animal mezclado con moho y montones de paja manchada de barro por todas partes. Me han atado en un rincón, y ahora me doy cuenta de que la cuerda que sujeta mis manos está a su vez atada a una baranda de madera que hay anclada en la pared, justo encima de mi cabeza. Las paredes no llegan hasta el tejado, hay una distancia de unos cincuenta centímetros antes de llegar a la cubierta que en su día serviría para ventilar y que ahora sirve para que entre la luz, eso es lo que me permite ver todo lo que me rodea. Me fijo en un montón de trastos que hay frente a mí, reconozco sillas de montar, herramientas de labrar, cubos de madera, la rueda de un carro y varios rollos de cuerda como la que une mis manos. Todo está amontonado de forma descuidada, pero un poco más allá, descubro otro montón que han apilado con más mimo, al principio me cuesta reconocerlas, pero son placas solares, decenas de ellas.

El dolor se ha calmado y me permito relajar la respiración. Tengo mucha sed y pienso que ojalá hubiese alguna gotera por la que se colase el agua de la lluvia. Miro hacia la puerta, es muy grande, de esas correderas de metal. De repente es como si la lucidez volviese a mí y empiezo a ser consciente de mi situación real. Las imágenes de la agresión se suceden como ráfagas en mi cabeza y la última que recuerdo es la de Adriana mirándome desde el suelo cuando me llevaban. No entiendo por qué no está conmigo.

—¿Adri? —susurro sollozando.

Miro en todas direcciones por si la veo, el almacén es grande y podría estar tirada en cualquier rincón.

—¡Adriana! —grito histérica.

Adriana no está conmigo, eso es un hecho, y se me empiezan a pasar por la cabeza un montón de cosas horribles que pueden haberle pasado. Me digo a mí misma que solo hay tres posibilidades, que esté encerrada en otro habitáculo, que la hayan matado o que lograse escapar. Rezo para que no sea la segunda. Empiezo a ponerme nerviosa, no sé por qué me han dejado sola ni lo que pretenden hacer con nosotras, lo que sí tengo claro es que no será nada bueno y que esta es probablemente mi mejor oportunidad para escapar y buscar a Adriana. Miro a mi alrededor en busca de algo que me permita cortar la cuerda, pero esa gente se ha ocupado de no dejar nada cerca de mí. Me agarro a la cuerda con las manos y me ayudo de ella para ponerme en pie.

Resoplo y veo salir mis babas cuando el dolor se vuelve tan intenso que no puedo respirar. Me apoyo con un hombro en la pared, bajo la cabeza y cierro los ojos mientras espero a que se pase. Entonces recuerdo que siempre llevo una pequeña navaja en el bolsillo trasero del pantalón y me muerdo los carrillos con fuerza para que mi cerebro confunda la procedencia del dolor antes de retorcerme para alcanzar mi trasero con las manos. Enseguida noto el bulto en el fondo del bolsillo, probablemente no lo han visto porque no se les ha ocurrido pensar que llevo una navaja o porque queda justo por debajo del culo y no se han dado cuenta.

Las lágrimas se me escapan cuando trato de cogerla. Logro meter los dedos de una mano y rozarla con ellos justo en el momento que la enorme puerta metálica se abre y cuatro hombres entran por ella.

—Mire, alcalde, la bella durmiente ya está despierta para recibirle—anuncia uno de ellos mientras se acercan.

—¿Qué os he dicho sobre golpearlas? ¡Sois una pandilla de inútiles! —grita colérico ese al que llaman alcalde.

—Lo siento, señor, pero ella y la otra zorra nos atacaron. Es de las que le gustan se lo aseguro, la muy puta no sabe estarse quieta.

Los cuatro se detienen frente a mí y el alcalde se acerca. Yo bajo la cabeza y él me la sube colocando un dedo en mi mentón.

—¿Dónde está Adriana? —le pregunto tratando de contener la rabia.

Me dedica una sonrisa falsa. Tiene los dientes torcidos y los labios cortados y llenos de pieles, me produce tanto asco que solo de pensar en que me toque me sube una arcada por el esófago.

—Olvídate de tu amiga y piensa en todo lo que vamos a hacer tú y yo. Suéltala—le ordena a uno de ellos—y llévala a mi casa. Haz que la limpien bien, seguro que gana mucho.

Él se hace a un lado y veo como uno de ellos viene hacia mí a la vez que saca un machete que reconozco enseguida, es el mío. Empiezo a gritar que no me toquen, me pongo tan histérica que ni siquiera siento dolor cuando me muevo y trato de arrancar la cuerda de la pared. De repente alguien me coge del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás.

—Deja de resistirte, pasará igualmente, así que no te esfuerces —dice el alcalde antes de soltarme de un empujón.

El otro viene y corta la cuerda con un movimiento certero, pero mis manos siguen atadas y me arrastra como si fuese un animal. Tengo que pensar en algo rápido, si me sacan de aquí voy a desear estar muerta, y entonces un destello me ciega y me hace mirar hacia la zona donde están las placas solares.

—Las puedo reparar—grito haciendo que los cuatro se detengan.

—¿Qué has dicho? —pregunta el alcalde.

—Las placas solares, soy ingeniera y sé cómo arreglarlas.

—¿Y por qué iba yo a querer eso? —cuestiona como si no le interesase, pero yo sé que sí, he captado su atención porque se han detenido.

—Porque tendrías energía.

—Tengo generadores—responde tenso—además, ¿para qué quiero poner placas solares si apenas tenemos unas pocas horas de sol?

—Tienes generadores que funcionan con gasolina. Puede que ahora todavía te resulte fácil conseguirla, pero sabes que pronto se acabará. Si las reparo, con los acumuladores que tienes ahí amontonados podrás tener luz aunque no haya sol. No habrías robado todo eso si no pretendieses utilizarlo. Con toda esa cantidad que tienes ahí guardadas no necesitas muchas horas de sol para abastecer una casa entera. Puedo diversificar, instalar los

acumuladores donde me digas y dar energía a las cosas que más te interesen—añado casi sin respirar.

—¿Cuánto tardarías en hacer eso? —pregunta hundiendo su asqueroso dedo en mi ojo maltrecho.

Suelto un alarido de dolor que suena desgarrador y caigo de rodillas al suelo mientras trato de respirar despacio.

—¡Contesta! —grita cogiéndome de la ropa hasta dejarme frente a él.

Miro hacia las placas y hago ver que lo valoro.

—Depende de su estado—contesto con esfuerzo—las que no estén muy mal, podrían estar funcionando en un par de días. Las demás me llevarán más tiempo, pero las puedo arreglar.

—¿Y qué me va a costar eso a mí?

—Que no me pongas una mano encima, ni tú ni ninguno de tus hombres.

El alcalde sonríe a la vez que asiente y me suelta.

—Está bien. Llevadla con Tara, que la limpie y la alimente bien—ordena a sus hombres—después volverás aquí y harás lo que me has dicho, si en veinticuatro horas no veo resultados no querrás saber lo que haré contigo—añade dirigiéndose a mí.

—Necesitaré herramientas.

—Dadle lo que pida y no la perdáis de vista—dice dispuesto a marcharse.

—Y una manta—pido temblando de frío.

El alcalde se gira y me mira con condescendencia mientras sonríe y afirma. Aquí todos sabemos que cuando acabe lo que le he prometido hará conmigo lo que fuese que tenía planeado, pero mientras tanto he ganado un tiempo muy valioso que debo utilizar para buscar la manera de salir de aquí.

Dos hombres me llevan medio a rastras hacia una pequeña cabaña de ladrillo de la que sale humo por una chimenea. No sé qué habrá dentro, pero siento alivio al pensar en un poco de calor.

—La chica que estaba conmigo, ¿dónde está? ¿Está aquí? —les pregunto, uno de ellos fue el que nos tendió la emboscada.

—Tu amiguita la zorra huyó como una cobarde en cuanto tuvo oportunidad—explica mientras yo lo miro estupefacta—sí, zorra, no me mires así, esa puta te ha dejado tirada en cuanto ha tenido oportunidad. Ahora la vida es así, cada uno salva su culo como puede.

Los dos se ríen a carcajadas pensado que mi cara de desconcierto es porque Adriana me ha abandonado, pero no es por eso, es porque la última vez que la vi se quedaba sola con tres de ellos en un estado lamentable y no me explico cómo pudo

hacerlo para escapar. Sonrío por primera vez desde que estoy aquí, porque si Adri consiguió escapar, sé que no se marchará a ninguna parte sin mí.

Capítulo 14

10 de julio de 2024, miércoles
Adriana

He vuelto a quedarme dormida en el sofá. Después de comer, y viendo que lo único que podía hacer por ayudar a Nagore era esperar a que cayeran las horas, me he tumbado a descansar para intentar recuperarme. Cuando me despierto apenas puedo moverme sin sentir dolor en alguna parte del cuerpo, pero al menos ahora ya no tengo frío, antes de tumbarme he cogido ropa seca de la mochila y me he cambiado. Eso y la manta con un olor extraño que Loli me ha dado han sido suficientes para entrar en calor.

Me incorporo y al quitarme la manta siento un escalofrió recorrerme todo el cuerpo, me toco la frente y el cuello y los tengo perlados de sudor. Me froto los brazos y me estremezco de nuevo.

—Puede que tengas unas décimas de fiebre—dice Loli saliendo del baño—tu cuerpo ha sufrido mucho estrés en las últimas horas, sería muy normal que la tuvieses.

Miro hacia la puerta del patio trasero, apenas entra luz y en la habitación casi no se ve.

—¿Qué hora es? —pregunto cubriéndome con la manta.

—Tarde, dentro de poco ese tipo estará en el punto de intercambio. Le preguntaremos por tu amiga y veremos qué se puede hacer—dice mientras enciende una vela.

—Nagore no es solo mi amiga—confieso sin saber muy bien por qué.

Loli desvía la mirada hacia mí solo un segundo, después deja la vela sobre la mesa y se pone el abrigo.

—Vamos, pero prepárate para lo peor—dice señalando la puerta.

Me pongo en pie y cojo mi chaqueta mientras pienso que Loli podría tener un poco más de tacto, y ya de paso ser un poco más positiva. Cuando salimos a la calle ya no llueve, pero el ambiente está cargado de una humedad muy densa y las temperaturas han descendido unos cuantos grados más que otros días. No es algo que me alarme, las temperaturas no suelen mantenerse iguales más de dos o tres días, estamos acostumbrados a este tipo de

oscilaciones.

Sigo a Loli cojeando y aguantando el dolor de la rodilla como puedo, me he tomado un analgésico después de comer, pero supongo que lo que en realidad necesito es hacer reposo. Caminamos entre las calles con la luz de su linterna. Nos cruzamos con gente, a algunos los saluda y a otros los ignora como si no los hubiese visto.

—Por aquí—anuncia metiéndose por un callejón.

—¿Este sitio es seguro? —pregunto angustiada.

La calle es demasiado estrecha, huele a orina, hay mucha basura tirada por el suelo y se oyen las ratas pasear de un lado a otro.

—Igual de seguro que cualquier otro si estás preparada—contesta mostrándome una pistola.

En otra situación la presencia del arma me provocaría inquietud, pero ahora me produce una extraña sensación de tranquilidad. Observo a Loli mientras atravesamos el angosto callejón. Su cuerpo robusto y la seguridad con la que camina le proporcionan un arma muy valiosa ante cualquier atacante, es una mujer que a simple vista resulta intimidante. Por fin llegamos a una calle más ancha, subimos unas escaleras que llevan a un pequeño mirador y encontramos a un hombre de pie junto a un banco.

—Es él, como no tenemos forma de comunicarnos y solemos hacer tratos a menudo, cada día a esta hora espera diez minutos aquí. Si necesito algo vengo, de lo contrario, él se marcha pasado ese tiempo. Tú no hables, no quiero que lo mires mal ni hagas ningún gesto extraño, ¿entendido?

—Sí.

—¿Y ella? —pregunta el tipo en cuánto me ve.

—Es de fiar, no te preocupes—contesta Loli con seguridad.

—Mi trabajo es preocuparme, si no, los negocios no salen—protesta valorando el peligro que supongo, que es nulo.

—He dicho que es de fiar. Yo respondo por ella—zanja Loli.

—De acuerdo, ¿qué necesitas? ¿Agua? ¿Un par de gallinas? Pronto habrá una matanza de cerdo, pero esto te costará mucho más caro.

—Hoy no quiero nada de eso, necesito información.

—¿Información?

—Sí, una mujer. La han agredido esta mañana en la carretera…

—Yo no sé nada de eso—la corta nervioso.

—Claro que lo sabes, han sido los tuyos, y lo sé porque yo estaba allí, así que no me tomes por estúpida si quieres seguir

fumando tu mierda.

—Está bien, puede que sepa algo—razona acelerándome el pulso.

—¿Está viva? —pregunto con la voz estrangulada.

Loli se gira hacia mí y me dedica una mirada de desaprobación. El hombre simplemente me ignora y responde mi pregunta como si se la hubiese formulado ella.

—Sí, sigue viva por ahora.

—¿Dónde está? —pregunta Loli.

—En uno de los antiguos establos, pero estáis locas si pensáis que podréis llegar hasta allí sin que nadie os vea—dice divertido al adivinar nuestras intenciones.

—Nosotras no llegaremos a ningún sitio, lo harás tú—sentencia Loli.

—¿Yo? ¡Já! Estás loca, vieja.

—Te daré hierba para toda una semana, podrás estar fumado todo el santo día si es lo que te apetece.

El tipo parece pensárselo mientras se mira los pies. Yo siento que el corazón me palpita en cada zona herida. Siento un nuevo escalofrío y me estremezco de pies a cabeza.

—Dos semanas, dame hierba para dos semanas y la saco de allí antes de que amanezca—negocia doblando el pago.

—Hecho, hierba para dos semanas—concede Loli sin replicar.

—Sácala de allí ahora—le pido aguantando las ganas de llorar.

—Imposible, si quieres que la saque de ese sitio tiene que ser justo cuando está a punto de amanecer. A esas horas todos duermen y solo hay dos tipos haciendo guardia. Uno es medio cegato y no vería una vaca aunque le pasase por delante, y al otro puedo sobornarlo fácilmente. Dame la mitad por adelantado y el resto cuando entregue el paquete.

—Ni lo sueñes, te pagaré cuando traigas a la chica. Sabes que soy de fiar—sentencia Loli—esto es lo que llevo encima—dice entregándole una bolsita con unos pocos gramos—con eso será suficiente para silenciar al guardia.

—Eres una zorra muy dura—se ríe el hombre—sabes que lo hubiese hecho por una semana, ¿verdad?

—Y tú sabes que te habría pagado un mes.

Al tipo se le borra la sonrisa de superioridad de golpe y soy yo la que se la tiene que aguantar por primera vez en todo el día.

—Tú prepara mi mercancía, me pasaré por tu casa con la chica a primera hora.

—Perfecto entonces, y Miguel—lo detiene cuando está a punto de marcharse—ni se te ocurra ponerle una de tus asquerosas manos encima. Si lo haces sabes que lo sabré y entonces no verás

un solo gramo, ¿entendido?

El tal Miguel chasquea la lengua y se marcha sin despedirse.

—¿Crees que le hará algo? —pregunto aterrada.

—Él no, preocúpate más por lo que le hayan podido hacer los demás. Siento ser tan brusca—añade al ver como se me descompone la cara en una mueca de terror y angustia—pero esa gente es como es, y si la han llevado prisionera no ha sido para hacer de sirvienta. Se oyen muchos rumores, ¿sabes? —comenta mientras reemprendemos la marcha—allí hay mucha gente que llega y nunca vuelve, no solo mujeres, también hombres. Por el pueblo se comenta que cuando el alcalde se cansa de alguien, lo mata y después lo echa de comer a los cerdos, pero ¿sabes lo que pienso yo?

—¿Qué? —respondo sin contener el llanto.

—Que es al revés, creo que ese cabrón alimenta a sus cerdos con humanos. Piénsalo—insiste ante mi cara de espanto—tiene muchos animales y poco alimento que darles. Ahora no es tan fácil conseguirlo, ¿cómo crees que los mantiene?

Hacemos el resto del trayecto en silencio. Cuando llegamos yo me quedo preparando la cena mientras ella sube a ver si su hermana necesita algo.

—¿Cómo está Luisa? —pregunto en cuánto baja.

—Muriéndose, Luisa está muriéndose desde hace meses—se lamenta sin mirarme.

—Lo siento.

—No lo hagas, yo hace tiempo que lo he aceptado, sé que cualquier día subiré a su cuarto y la encontraré tiesa. Mi hermana está sentenciada y lo único que puedo hacer por ella es intentar que pase lo que le queda lo mejor posible. ¿Tienes más pastillas de esas?

—Lo siento, en la mochila de Nagore había otra caja, pero esa la tienen ellos.

—Malditos cabrones—escupe pidiéndome que me siente.

—¿Crees que ese hombre cumplirá su palabra? ¿Que traerá a Nagore? —pregunto angustiada.

—¿Miguel? Por supuesto, ese desgraciado nos traería a su propia madre con tal de que no le falte su mierda para consumir. Puedes dormir aquí abajo, te traeré otra manta.

—Gracias.

—Intenta descansar todo lo que puedas, y tómate algo para la fiebre si tienes, no tienes buen aspecto—dice antes de desaparecer por la escalera.

Loli baja unos segundos después con otra manta y un cojín, me despido de ella dándole las buenas noches y agradeciéndole otra

vez que me haya ayudado. Lo preparo todo y cuando estoy a punto de soplar la vela para apagarla, escucho como me llaman a través del transmisor.

—Adriana, Nagore, ¿estáis ahí? —pregunta Martín al otro lado.

Prácticamente me lanzo hacia la silla donde he colgado la chaqueta, al hacerlo siento un latigazo de dolor en la rodilla que me vacía los pulmones de aire y me hace ahogar un alarido.

—¿Chicas? Me estáis preocupando, no habéis dicho nada en todo el día—sigue hablando Martín.

Me incorporo y llego hasta la silla a la pata coja, busco en los bolsillos con desesperación mientras pienso en cómo he podido ser tan estúpida de no pensar en Martín y avisarlo. Sin duda está siendo el día más largo de mi vida. Cuando por fin lo cojo, lo saco del bolsillo y veo que Loli está al pie de la escalera armada con una escopeta, alertada por esa voz de hombre que no sabe de dónde procede. Alzo el transmisor para que lo vea y cojeo hasta el sofá derrumbándome sobre él.

—Martín, soy Adri, cambia la frecuencia.

—¿Qué? —pregunta descolocado.

—Nos han robado uno de los transmisores y puede que ahora mismo nos estén escuchando—digo muy rápido mientras Loli me mira ceñuda.

—Joder, vale, déjame pensar un segundo—responde nervioso.

—¿Quién es? —exige saber Loli.

—Un amigo, logramos contactar por casualidad. Él tiene una emisora muy potente y de gran alcance, cada día lanzaba mensajes y un día lo escuché y lo reconocí. Hablamos desde entonces—improviso como puedo.

—¿Dónde está?

—¿Él? No lo tengo claro, dice que se aisló en un refugio de montaña a más de ochenta kilómetros de aquí.

—Vale, Adri—dice Martín—el día que estuvo a punto de ser nuestra boda, le añades un siete detrás.

—Recibido.

No entiendo mucho el aparato este, las frecuencias siempre las han programado Martín o Nagore. Lo miro suspirando hasta que Loli me lo arranca de las manos.

—¿Qué día estuviste a punto de casarte con él? —pregunta arqueando una ceja.

—Diecisiete—respondo después de aclararme la garganta.

—Ya está, prueba ahora.

Loli me lo entrega y se sienta a mi lado, está claro que no se va a marchar de aquí hasta asegurarse de que no le he mentido y

Martín no es ese socio con el que planeo robarle sus plantas. Hablo un poco con él, le explico que un grupo de desgraciados nos ha robado una de las mochilas, pero no le cuento que nos han dado una paliza de muerte y que han secuestrado a Nagore. Ahora mismo no me siento con fuerzas para hacerlo, así que le digo que ella ya está dormida.

—¿Seguro que está todo bien, Adri? Te noto rara.

—Seguro, Martín, es que estoy muy cansada.

—Está bien.

Me despido de él y de Loli sintiéndome mal por no haberle preguntado si ha contactado con los niños, pero es que no puedo más, hoy no. Después de soplar la vela, me tumbo, cierro los ojos y me deshago en llanto pensando en Nagore.

Capítulo 15

3 de junio de 2024, lunes

Tatiana sube las escaleras como un robot. Mantiene sujetas las manos de los niños con firmeza y trata de aguantar el tipo. El golpe de la cabeza casi no le duele, o puede que sea la adrenalina la que no la deja sentir nada. Lo que sí que tiene, son unas enormes ganas de llorar y de gritar mucho.

Cuando llegan arriba, los cuatro entran en el salón improvisado. Tatiana coloca dos cojines delante del fuego y les pide a los niños que se sienten ahí para que sus pequeños cuerpos entren en calor.

—Os prepararé algo de comer, vosotros no os mováis de aquí, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo volverá papá? —pregunta el niño.

—Cuando se haga de día—miente Tatiana improvisando.

—¿Si no vuelve podremos llamar a mamá?

Sorprendida por el poco interés que muestra por su padre, Tatiana se limita a asentir con la cabeza.

—Papá siempre dice que cuando él no vuelva pidamos ayuda, y yo quiero pedírsela a mamá—añade el niño sin que ella le pregunte nada.

—¿Y dónde está tu mamá?

—En el cielo.

—Yo quiero galletas con leche—dice la niña de repente.

—Veré que tengo, cariño, enseguida vuelvo.

Tatiana encuentra la excusa para dejarlos solos y va directa hacia Santiago, que tiembla como una hoja manteniendo la recortada sujeta sobre sus piernas.

—Ya puedes soltarla, hijo.

Tatiana se la quita y la deja en el bolsillo lateral de la silla, después se abraza a Santiago y los dos lloran en silencio tratando de no alertar a los niños.

—Lo he matado, mamá—solloza en su oído.

—Tú no has hecho nada, Santi, lo he matado yo, ¿me oyes?

Tatiana lo dice con tanta convicción que hace dudar a Santi.

—Pero yo…

—Pero nada, hijo—dice sorbiéndose los mocos—estaba vivo cuando lo he llevado a la cocina, y lo he estrangulado hasta

matarlo—miente su madre—lo he matado yo, ¿está claro?

—Sí—titubea él.

—Escucha, Santi—dice agachada frente a él—has hecho lo que debías, si no hubieses disparado ese hombre nos habría matado a los dos, ¿me oyes? —Santi asiente—estoy muy orgullosa de ti, mucho.

Tatiana vuelve a abrazarlo y lo besa bien fuerte.

—Estás sangrando, mamá.

—No es nada, hijo, no te preocupes.

A Tatiana sigue sin dolerle mucho la cabeza, en cambio, la mejilla que ese cerdo le ha golpeado le arde. Utiliza un paño mojado para limpiarse la herida de la cabeza y Santi le hace una seña para que se lo pase también por el labio, que lo tiene partido. Después busca en la caja donde sabe que hay galletas. No tiene leche, pero prepara dos tazas de agua caliente y les da un poco de sabor con unos sobres de manzanilla. Las coloca en la mesa y les pide a los niños que se sienten, aunque la pequeña no llega y le tiene que poner un cojín debajo para que esté más alta.

—Vigílalos, Santi, yo voy a sacar eso de la cocina.

—No lo dejes lejos, mamá, que la gente sepa lo que les pasará si intentan entrar aquí.

Tatiana, estupefacta por las palabras de su hijo, no responde nada y sale de la habitación. Cuando entra en la cocina acompañada de la vela que ha encendido antes, no logra contener el temor que le produce pensar en volver a ver a ese tipo. Cada vez que piensa en todo lo que les podría haber hecho a ella y a Santiago, siente la bilis subirle por el esófago con tanta rapidez que acaba vomitando. Escupe con asco los últimos restos y maldice a ese hombre por hacer que su hijo haya tenido que matar a un hombre el día de su cumpleaños. Tatiana se derrumba en ese momento y llora sin contenerse, sus propios hipidos la ahogan y siente que le falta el aire. Se sienta en el suelo de la cocina con la espalda apoyada en la pared y contempla el charco de su vómito mientras se desahoga. Cuando está más calmada se ríe de un modo histérico que tampoco puede controlar, mira el charco otra vez pensando en lo asqueroso que es, y entonces recuerda que más asqueroso es lo que la espera al otro lado de la isla.

—Mamá, ¿todo bien? —escucha preguntar a Santi desde lo alto de la escalera.

—Sí, Santi—se apresura a contestar—subiré enseguida, solo intento limpiar un poco esto.

—Vale.

Tatiana se pone en pie, sacará el cadáver a la calle y lo dejará

en el mismo lugar donde dejó al tipo que asesinó a su marido Ángel. Ahora solo quedan los huesos, pero durante semanas los animales se estuvieron dando un festín con sus restos. Toma una gran bocanada de aire y lo expulsa lentamente mientras se conciencia de lo que va a ver, pero cuando Tatiana rodea la isla siente que el mundo se resquebraja bajo sus pies, porque en el lugar donde debería estar el cuerpo, hay una frase escrita con sangre: os mataré a todos.

Tatiana se lleva la mano a la boca para ahogar el grito de pánico que acaba de soltar. Con la mano temblando, se voltea de inmediato y corre escaleras arriba. Entra en el salón y vuelve a coger su pistola.

—¿Qué pasa? —pregunta Santi alarmado.

—Coge el arma y ya sabes lo que tienes que hacer si no soy yo la que cruza la puerta.

—Mamá, ¿qué pasa? —insiste Santi.

—No está.

—Dijiste que lo habías…

—Pues no lo hice bien—lo interrumpe—no salgas de aquí.

Su madre sale de la habitación y Santiago agarra la recortada con tanta fuerza que los dedos comienzan a dolerle, sin embargo, no afloja el agarre porque así se siente más seguro.

Con la pistola en una mano y una de las linternas más potentes que tiene en la otra, Tatiana inspecciona una por una todas las habitaciones de la planta superior. Conforme las comprueba, va cerrando puertas hasta que llega al hueco de la escalera. Está segura de que ese salvaje no está arriba, así que comienza a bajar sintiendo que en cualquier momento el miedo la hará desfallecer. No se explica lo que pasa, ella juraría que el segundo disparo de Santi le arrancó la mandíbula, pero tampoco puede jurarlo porque ella solo lo vio girar la cara salpicándolo todo de sangre, después se limitó a cogerlo por los pies y arrastrarlo a la cocina con rapidez. Lo hizo solo con la poca luz que le brindaba la vela del recibidor.

—Estúpida, estúpida, estúpida—se lamenta en voz baja.

Debería haber comprobado el pulso de ese cabrón, pero no lo hizo y ahora puede que este la asalte en cualquier momento. Se dirige primero hacia el salón, esta vez el primer lugar que mira es al lado y detrás de la puerta. Después utiliza la linterna para enfocarlo todo y comprobar que allí no está. Ahora se dirige otra vez a la cocina, pero antes de llegar, se detiene en el pequeño baño que hay en el hueco de la escalera y lo inspecciona. Nada. Con el cuerpo completamente rígido por la tensión, vuelve a la cocina y comprueba que no está tampoco en el patio trasero.

Tatiana no comprende nada, ya no quedan más estancias en la casa y no se le ocurre donde mirar hasta que ve algo en el suelo por el otro lado de la isla. Ilumina con la linterna y descubre unas pisadas ensangrentadas en las que no había reparado. Las sigue con la linterna y va descubriendo también restos de sangre en las paredes. El rastro la conduce hasta el recibidor otra vez, donde enfoca el pomo de la puerta y lo encuentra manchado de sangre. Se ha ido. Tatiana coge el único mueble que queda en el salón y lo arrastra hasta colocarlo delante de la puerta para bloquearla. También mueve su cadena de latas y hace que la cuerda pase justo por encima del pomo, de modo que, en el momento que alguien toque la puerta hagan ruido.

Cuando está segura de que es imposible que ese tipo entre sin que ella se entere, vuelve arriba con Santiago y los niños. Abre el sofá cama y lo prepara para que ellos puedan dormir en él. Les pone un par de mantas y los acuesta.

—Él se llama Marc y tiene siete años, la niña se llama Aina y tiene tres—le susurra Santiago.

Tatiana lo mira sorprendida, al escuchar hablar a la niña con tanta claridad ha pensado que era algo más grande. ¿Qué va a hacer ahora con dos niños tan pequeños?

—¿Dónde está? —le pregunta Santi.

—En casa no. Se ha marchado.

—¿A dónde? Estaba herido.

—No lo sé, supongo que habrá buscado algún sitio en el que refugiarse, solo espero que se muera desangrado—dice sin cortarse, ahora tiene claro que su hijo se ha convertido en un hombre mucho antes de lo que le tocaba.

—Se ha marchado sin ellos—añade Santi sin comprender—seguro que volverá.

—Si vuelve dudo que sea a por ellos, Santi, creo que para ese hombre no eran más que una carga.

Tatiana cierra los ojos y suplica mentalmente para que ese hombre muera, y si tienen la mala suerte de que logra sobrevivir, que por lo menos tenga la decencia de olvidarse de ellos y desaparecer del pueblo.

—Entonces, ¿se quedarán aquí? —pregunta Santiago mirando a los niños pálidos como dos fantasmas.

—No los vamos a abandonar, hijo.

Capítulo 16

11 de julio de 2024, jueves
Nagore

—Eh, despierta.

Quien sea que ha pronunciado esas palabras me da también una torta en la mejilla. Abro los ojos y el corazón se me desboca de un sobresalto al ver a un hombre agachado frente a mí. No sé si me dormí o perdí el conocimiento cuando me trajeron de vuelta a esta especie de almacén. A pesar de que me dieron una manta tenía mucho frío.

—Que te despiertes, joder—insiste abofeteándome más fuerte.

Mi mente tarda más de la cuenta en procesar, lo veo a él, agachado ahí delante y, sin embargo, a pesar de estar temblando de miedo, no logro mover ni un músculo. Me coge por los hombros y me sacude para hacerme reaccionar, y lo que consigue es que todo mi cuerpo se tense y suelte un grito de dolor.

—Joder, cállate—dice poniendo su asquerosa mano en mi boca.

Miro hacia el techo con los ojos desorbitados de la impresión, sigue costándome mucho abrir uno y al esforzarme en enfocar siento como si me clavasen una flecha justo en el centro. Está amaneciendo, veo un atisbo de claridad a través de la niebla, que como casi todas las mañanas en los últimos días, es espesa y se percibe como una manta fría que lo cubre todo. El olor incómodo del moho y la paja, ha sido vencido por el olor a bosque, a hojas de pinaza húmedas y tierra mojada. Por una décima de segundo dejo que me envuelva y siento calma, una calma que no dura mucho porque el hombre vuelve a sacudirme y está vez reacciono intentando defenderme. Desde el suelo, estiro una pierna y logro darle con la bota en la espinilla, apenas ha sido un roce, pero el hombre tuerce el gesto y me da un bofetón que me cruza la cara. Siento que en cualquier momento la cabeza va a explotarme, es entonces cuando me doy cuenta de lo mal que me encuentro. No he comido nada desde ayer por la mañana y las heridas de mi cuerpo necesitan reposo. Solo quiero dormir, cerrar los ojos y desmayarme para dejar de sentir dolor, pero el hombre no me lo permite, ahora ha rodeado mi cuerpo y me acaba de tapar la boca con la mano otra vez.

—Escúchame—susurra provocándome un escalofrío—voy a sacarte de aquí, pero necesito que colabores. Voy a soltarte, y tú vas a levantarte y no harás ningún gesto brusco, y lo más importante—añade sin que yo comprenda nada—no vas a gritar ni a hacer ruido, ¿entendido?

Afirmo con un leve movimiento de cabeza y él aparta la mano de mi boca, después se coloca delante de mí y deshace el nudo de la cuerda.

—Con suerte, pensarán que te has escapado tú sola—explica cogiéndome de las manos para tirar de mí y levantarme.

Al ponerme en pie de un modo tan brusco, todo me da vueltas y me tambaleo levemente.

—Joder, si no puedes caminar es mejor que nos olvidemos—se queja resoplando.

—No, sí que puedo, sí que puedo—le suplico llevándome una mano al puente de la nariz.

Me sorbo los mocos, el ojo izquierdo no deja de llorarme y eso me hace moquear. Cuando estoy lista, lo miro fijamente sin comprender por qué me ayuda, pero no voy a perder el tiempo con preguntas, necesito que me saque de aquí cuanto antes. Cuando llegamos a la enorme puerta metálica, me quedo paralizada al encontrarnos a un hombre de frente, pienso que mi huida ha durado demasiado poco, y me sorprendo al ver como el tipo saca algo de su bolsillo y se lo entrega al otro.

—Tú no has visto nada.

El hombre asiente y se hace a un lado dejándonos salir. Si dentro del almacén me parecía que había humedad, la sensación estando fuera es mucho peor. La cortina de niebla me envuelve y siento que me cala hasta los huesos, tengo los pies tan fríos que no noto lo que piso.

—Espera, tenemos que buscar a Adriana—le pido haciendo que pare de caminar.

—Aquí no hay ninguna Adriana—afirma rotundo.

Ayer la chica que me limpió un poco las heridas me dijo lo mismo, pero no puedo marcharme de aquí sin estar segura.

—Eso no lo sabes, tal vez esté en otro sitio, por favor, no puedo marcharme sin ella.

—Me pagan para sacarte a ti, o colaboras o te parto el cuello y te llevo con ellas convertida en un cadáver, pero yo cobraré por mi trabajo.

—Espera, ¿quién son ellas? —pregunto agarrándome a su ropa.

Él hombre resopla de impaciencia y mira en todas direcciones asegurándose de que nadie nos ha visto todavía.

—Loli y la otra chica, a ella no la conozco y no te puedo decir cómo es porque le habían partido la cara, pero tiene pinta de ser guapa y está buena.

Sonrío temblando, el aire me sale entrecortado y no sé si siento ganas de llorar de alegría o de gritar de rabia por todo lo que nos han hecho. No conozco a esa tal Loli, pero la otra chica tiene que ser Adriana.

—Venga, muévete.

Avanzo agarrada a él, concretamente a su mano, como si fuera mi héroe a pesar de que estoy segura que forma parte de lo que son mis verdugos.

Caminamos en silencio por la inmensidad de la finca y me sorprendo de que no haya nadie. No vemos a ninguna persona, pero con lo espesa que es la niebla es imposible que nadie nos vea si no nos tiene a menos de tres metros. Pasamos por el lado de los cerdos, por delante de otro almacén y por la caseta a la que me llevaron ayer para lavarme y darme de comer. La chica fue bastante amable, aun así, me negué a probar bocado porque sentía que tenía el estómago del revés con tanta patada.

—Ya casi estamos—dice en voz baja tirando de mí.

Cuando me quiero dar cuenta hemos alcanzado una cerca de madera de poco más de un metro. Él pasa al otro lado de un salto y me espera con los brazos extendidos para ayudarme. Doblar la rodilla y apoyar el pie en la madera no me cuesta mucho, pero cuando trato de impulsarme siento como si me golpeasen todo el cuerpo con una maza. Me arqueo y cierro los ojos con tanta fuerza que las lágrimas que se acumulaban en uno de ellos salen despedidas y descienden por mi mejilla. Me cuesta respirar y me quedo agarrada a la madera de la valla como si así se me fuese a pasar antes.

—Vamos, no podemos parar ahora, pronto empezarán a llegar los trabajadores que no viven aquí y no pueden vernos.

El hombre no espera a que yo diga que puedo seguir, simplemente me coge por debajo de los brazos y tira de mí, arrastrando mi cuerpo maltrecho por encima de la valla. Ahogo varios gritos desesperados contra su hombro e incluso llego a morder la tela de su ropa, quedándome con ese sabor a tela sucia y mojada en la boca. No se detiene, sigue tirando de mí y yo permanezco agarrada a él, arrastrando los pies por el suelo hasta que nos metemos en el bosque y me permite unos segundos para que me recupere. Después caminamos durante algo menos de una hora y yo tengo la sensación de estar siempre en el mismo sitio, la niebla es más espesa y apenas se ve nada, me aterra que él se desoriente y acabemos perdidos o de vuelta en la finca porque nos

han encontrado, pero, de repente salimos del bosque y aparecemos en una calle del pueblo. Una vez allí y con la capucha de la chaqueta puesta, seguimos por varias calles hasta detenernos por fin delante de una puerta. Todavía no me explico cómo he logrado llegar, hace rato que estoy desconectada mentalmente y me limito a lanzar un pie delante del otro. El cansancio puede conmigo y al pararnos tengo que apoyarme en la pared para no caerme al suelo. El tipo me agarra de un brazo y con el otro alza el puño y golpea la puerta con los nudillos dos veces, después hace una pequeña pausa y golpea dos veces más.

Como si quien está al otro lado nos estuviese esperando, la puerta se abre de inmediato y una señora de pelo corto aparece apuntándonos con un arma. Estoy tan agotada que ni siquiera me impresiona o me asusta, lo único que quiero es que esto acabe de una vez para poder dormir.

—Pasad—dice haciéndose a un lado.

No tengo muy claro si me he librado de un lío para meterme en otro, pero estoy en un punto de esos en el que ahora mismo me da todo igual. No opongo resistencia y camino torpemente hacia el interior sin que el tipo me suelte, hasta que la mujer cierra la puerta a mis espaldas y de frente me encuentro con Adriana. Estalla en un llanto escandaloso que se me contagia y me arrastro hacia ella hasta que consigo abrazarla. Lo hacemos con tanta fuerza que el dolor nos sacude a ambas y aflojamos el agarre de inmediato.

—Pensé que no te vería más—solloza entre mocos y lágrimas.

Yo pensaba lo mismo, pero no se lo digo porque empiezo a ver borroso. Noto como poco a poco las piernas no me sostienen y lo último que escucho es la voz de Adriana pidiendo ayuda cuando me derrumbo entre sus brazos.

Capítulo 17

5 de julio de 2024, viernes

Tatiana vive en un estado de tensión constante que la está consumiendo poco a poco. Ya ha pasado un mes desde que el padre de Marc y Aina desapareció sin dejar rastro. La lógica le dice que es imposible que sobreviviese con dos impactos de bala, pero no puede confirmarlo.

Al día siguiente del ataque Tatiana dejó a Santi a cargo de los niños, armado con la recortada y su pistola. Ella salió de la casa con el hacha en cuanto la niebla se disipó y examinó el suelo hasta que dio con un rastro de sangre igual que el que ese desgraciado dejó dentro de su casa. Temblando, pero con la determinación de matarlo si lo encontraba, Tatiana lo siguió hasta llegar a la entrada de una de las casas del pueblo. Sus dueños fueron de los que se marcharon a tiempo y su casa ha sido saqueada tantas veces, que lo único que conserva dentro son los muebles.

Tatiana entró sin dudarlo, tenía pánico a ese hombre, pero también sabía que en caso de estar vivo no supondría una amenaza para ella. Siguió la sangre hasta una habitación, donde encontró restos en el colchón y también en la pared, pero el tipo ya no estaba por ninguna parte.

Desde entonces vive con el miedo respirándole en la nuca de forma constante. Por un lado, existe la posibilidad más que probable de que el tipo muriese en cualquier parte, quizá después de esa noche trató de buscar refugio en otra casa en mejores condiciones y su cadáver se está pudriendo en el suelo del baño. La otra posibilidad y la que a ella le quita el sueño, es que haya sobrevivido, porque la mala hierba nunca muere y quizá está en alguna parte recuperándose, y cuando lo haga, después vuelva a por ellos y cumpla con la amenaza que dejó escrita en su cocina.

—¿Ya estás pensando en eso otra vez? —pregunta Santiago a sus espaldas.

Tatiana se ha quedado absorta mirando por la ventana de su habitación. Ya no pasa tantas horas fuera porque no se atreve a dejar a Santi y a los niños solos. Si ese hombre sigue vivo cuantos más días pasan más posibilidades hay de que se encuentre en condiciones de atacarlos.

—¿Y en qué quieres que piense, Santi?

—No va a venir, y si viene acabaremos con él—afirma su hijo, que madura a pasos tan agigantados que cuando no lo está mirando, como ahora, a veces Tatiana tiene la sensación de que es su difunto marido el que le habla.

Tatiana se frota las sienes pensativa. No sabe cómo decirle a Santi que ese hombre no es su único problema. Desde que son cuatro, sus reservas de comida están bajando más deprisa, la necesidad de agua ha crecido y ella está agotada. Con lo que consigue asaltando a los pobres desgraciados que cruzan su puente no tienen suficiente, sabe que debería plantearse ir al pueblo si quiere conseguir mejores botines, pero el pueblo está demasiado lejos y ella no quiere alejarse de la casa más allá de donde se deje de escuchar la campana.

Empieza a estar desesperada, por las noches ya no puede conciliar el sueño más de una hora seguida. Todo la despierta, el crujir de una madera, el silbido del aire, los animales que se acercan a las casas por las noches o la tos de Aina, que lleva días resfriada.

Cuando escucha ruidos se levanta y recorre toda la casa con la pistola en la mano hasta asegurarse de que no ha entrado ningún intruso, durante el recorrido suele destemplarse y después le cuesta volver a entrar en calor y conciliar el sueño. Así lleva tres semanas y se pregunta cuánto tiempo más aguantará. Si no quiere alejarse tanto de su casa, sabe que debe pensar un plan alternativo y hacerlo rápido, pero no se le ocurre nada.

—¿Dónde están Marc y Aina? —pregunta cuando se da cuenta de que hay demasiado silencio.

Debe reconocer que en eso ha tenido suerte, los niños se portan muy bien y son obedientes, en su opinión demasiado, quizá porque su padre era demasiado estricto con ellos. El otro día Tatiana le llamó la atención a Marc por subirse en una silla. Tatiana se asustó al imaginarlo caerse y lo regañó advirtiéndole que no volviese a hacerlo. El niño se quedó paralizado mirándola y por un momento pensó que iba a hacerse pipí encima. Tatiana se acercó y lo abrazó para que viese que no estaba enfadada con él, que solo le preocupaba que se hiciese daño, fue entonces cuando cayó en la cuenta de que los niños no parecen echar de menos a su padre, preguntan por él a menudo, pero Tatiana les responde lo mismo que el primer día, que se ha marchado a por comida, y ellos vuelven a sus juegos y se olvidan hasta el día siguiente.

—Están en mi habitación, se estaban poniendo pesados y los he dejado hablando por la radio—responde Santiago encogiendo

los hombros.

—¿Hablando por la radio? ¿Con quién? —pregunta Tatiana agitada.

—¿Eso qué más da?

—¿Cómo que qué más da, Santi? ¿Y si le dicen a alguien donde estamos?

Tatiana nota ese cosquilleo incómodo que le producen ese tipo de pensamientos apoderándose de ella. Solo le falta añadir más problemas a los que ya tienen.

—No van a decir nada, mamá. Ellos no tienen ni idea de dónde estamos, solo se dedican a lanzar saludos por si alguien les contesta o a llamar a su madre—le explica tranquilo.

—¿A su madre?

—Sí, su padre les dijo que si algún día no volvía que llamasen pidiendo ayuda, y Marc insiste en llamar a su madre, ¿recuerdas?

Tatiana escucha perpleja las palabras de Santiago. Había olvidado las palabras del niño con referencia a su madre, quizá porque no le prestó demasiada atención. Se da cuenta de que apenas los conoce, que los ha dejado a cargo de Santi y ella solo se ha preocupado de que estén bien atendidos y ofrecerles todo lo que puede dentro de sus posibilidades. De repente se siente mal. Son solo unos niños, piensa en cómo se sentiría su hijo de haberle pasado a él y el estómago se le revuelve.

—Vamos a ver lo que hacen—dice empujando la silla de Santi hacia la otra habitación.

Todavía no han llegado y a Tatiana se le parte el corazón cuando desde el pasillo escucha la voz de Marc.

—¿Mamá? ¿Estás ahí? Soy yo...—dice con tono angustiado—¿Mamá?

Tatiana y Santi llegan a la puerta de la habitación y los observan en silencio. Santi colocó la radio que le consiguió su madre sobre el escritorio y Marc está sentado en una silla que Tatiana usaba cuando ayudaba a su hijo con los deberes. Aina, siempre silenciosa, permanece de pie a su lado, observando a su hermano sin parpadear mientras escucha la radio con atención, como si de verdad creyese que en cualquier momento su madre contestará.

—Hola, chaval. ¿Me oyes?

Madre e hijo se miran con perplejidad al escuchar la voz de un hombre dirigiéndose a Marc.

—Sí—titubea el niño tras unos segundos de silencio.

—¿Estás bien? ¿Buscas a tu mamá?

—Sí.

Tatiana no sabe qué hacer. En un primer momento piensa en

cortar la comunicación rápidamente, pero por algún motivo que no alcanza a comprender, no lo hace. Quizá es por qué quiere averiguar quién es ese hombre y por qué motivo puede transmitir con esa nitidez. Santiago estuvo los primeros días pegado a la radio tratando de establecer comunicación con alguien y solo captó la señal de dos personas, pero se escuchaba tan mal que al final su hijo desistió y por eso ahora permite que los niños se entretengan con ese aparato que tuvo a su madre nerviosa todo un día mientras esperaba a que el marchante abandonase el pueblo.

—¿Por qué? ¿Dónde está? —pregunta el hombre, que parece realmente interesado.

—No lo sé, papá dijo que si él no había vuelto cuando se hiciese de día, que llamase pidiendo ayuda.

—¿A mamá?

—Por la radio, pero a lo mejor mamá me oye desde el cielo, mi padre dice que está allí.

—¿Cómo te llamas?

Marc se gira hacia Tatiana, que acaba de entrar en la habitación y se ha colocado a su lado. El niño parece pedirle permiso para decir su nombre, quizá porque sus padres lo habrían advertido en algún momento de que no hay que hablar con desconocidos. Tatiana, con la respiración agitada por los nervios, asiente indicándole al niño que siga hablando.

—Marc—responde el pequeño.

—Muy bien, Marc, yo me llamo Martín. ¿Hay alguien más contigo?

Marc vuelve a girarse hacia Tatiana y en esta ocasión, y sin saber muy bien por qué, ella niega con la cabeza.

—Sí, mi hermana—responde Marc sin nombrar a Tatiana o a Santi.

Tatiana eleva las cejas sorprendida por la inteligencia del niño.

—¿Nadie más? —insiste el hombre con voz sorprendida.

—No, papá no ha vuelto.

—¿Cuántos años tienes, Marc?

—Siete y medio.

—¿Y tu hermana?

—Tres.

En ese momento la comunicación se corta y por mucho que Marc insiste en llamar al tal Martín, nadie responde al otro lado. Tatiana, decepcionada por no haber logrado saber quién era ese hombre, sale de la habitación con Santi.

—¿Por qué crees que se le escuchaba tan bien? —le pregunta a

su hijo con intriga.

—Porque debe tener una radio súper potente. Las hay capaces de alcanzar unas distancias increíbles. Puede que ese hombre sea militar, ellos seguro que tienen radios de las buenas—responde su hijo sin mayor interés.

Santi va hacia la habitación en la que todos duermen y se coloca frente a la chimenea para atizar las ascuas. Su madre, en cambio, se queda paralizada en la puerta sin dejar de pensar en lo que acaba de decir Santi. Si ese hombre es militar como dice su hijo, sería su salvación, ellos seguro que tienen medios para rescatarlos y llevar a Santiago a un lugar seguro. Se acuerda entonces del día que se encontró con el hijo de Florita, él le dijo que hay instalaciones así, entonces no le dio importancia porque no tiene medios para llevar a su hijo minusválido, pero los militares, ellos seguro que pueden. Eufórica y sintiendo que hay un poco de luz al final del camino por primera vez, vuelve a la habitación donde están Marc y su hermana y le pide que si vuelve a contactar con Martín, la avise enseguida y sobre todo no le diga que ella está con él. El niño asiente y, a pesar de ser eso, un niño, Tatiana tiene la certeza de que le hará caso, porque ese niño está acostumbrado a obedecer al desgraciado de su padre, quién está segura de que castigaba al niño con algo más que palabras en caso de no hacerle caso.

Capítulo 18

11 de julio de 2024, jueves
Adriana

Nagore lleva en duermevela todo el día. Loli y ese tipo me han ayudado a traerla hasta el sofá cuando se ha desplomado entre mis brazos. Enseguida me he dado cuenta de que tenía fiebre y me he pasado varias horas poniéndole paños fríos en la frente hasta que su temperatura se ha normalizado. He aprovechado para limpiar sus heridas y con la ayuda de Loli la he desvestido y le he puesto ropa limpia y seca. Las dos veces que se ha medio despertado, le he dado un poco de agua y ha seguido durmiendo.

—¿No deberíamos despertarla? —le pregunto a Loli un poco angustiada.

—No hay mejor cura que un buen sueño. Su cuerpo también ha estado expuesto a mucho estrés en las últimas horas, déjala que descanse.

Ya se está haciendo de noche. Loli le ha dado una de las pastillas a su hermana esta mañana y el cambio ha sido considerable. Su dolor ha desaparecido durante horas, ha comido mejor y ha podido descansar sin que el malestar la despertase.

—¿Me vas a contar ahora qué hacéis aquí? —pregunta Loli dejándome un poco descolocada.

—¿Qué quieres decir?

—Tú y ella. ¿A dónde vais? ¿De dónde venís? Me resulta muy extraño que dos mujeres anden por ahí con todo el peligro que hay en lugar de buscar un sitio en el que refugiarse y esperar a que las cosas se calmen. No tenéis pinta de saber defenderos, de hecho, de no ser por mí, tú estarías muerta y con ella sabe Dios lo que hubiesen hecho esos desgraciados. Creo que me merezco una explicación, y más vale que me convenza porque si no, os pongo de patitas en la calle ahora mismo—dice sentándose en una silla frente a mí, esperando a que me explique.

Me giro hacia Nagore y le hago una caricia en la mejilla mientras decido lo que hago. Está claro que Loli no es una mujer estúpida y subestimarla puede ser un error muy grave por mi parte, no me puedo permitir que nos eche de su casa todavía, Nagore necesita descansar y yo también, aunque tampoco podemos permitirnos esperar demasiado porque esos niños no

aguantarán mucho tiempo.

—Tenemos un refugio, igual que tú, compartimos una casa con dos amigos y su hijo de un año—explico sin mencionar el búnker—tenemos una radio, una muy potente con la que mi amigo se pasa horas cada día enterándose de cómo está todo. Hace unos días escuchamos la llamada de un niño de siete años que decía estar solo con su hermana de tan solo tres. Según lo que pudimos sacarle, su padre había salido a por comida y no había vuelto. Conseguimos localizar el lugar desde el que transmitían y Nagore y yo decidimos venir a buscarlos.

Loli arquea las cejas y me mira pensativa. Me pone nerviosa su manera de observarnos, no sé si no me cree o si piensa que soy estúpida.

—¿Cómo localizasteis la procedencia de la comunicación? Eso no se hace con una radio—cuestiona.

—Mi amigo no solo tiene radios, es un friki de la informática y de las comunicaciones y tiene unos aparatos capaces de hacer cosas muy interesantes, aunque por ahora, de poco sirven—le quito importancia ante la cara de sorpresa de Loli.

—¿Dónde se supone que están esos niños?

—En Arín, el siguiente pueblo, si no nos hubiesen atacado, ayer habríamos llegado.

—¿En Arín? Allí prácticamente no queda nadie según me han contado.

—Pues la señal viene de allí.

—¿Y qué pretendéis? ¿Llegar y cogerlos? —pregunta incrédula.

—¿Prefieres dejarlos ahí muriendo de hambre y de sed? O peor, en manos de algún desgraciado sin escrúpulos. Sé que no lo entiendes y que probablemente pienses que somos unas irresponsables por arriesgar nuestra vida para rescatar a unos críos que a lo mejor no necesitan que los rescaten, porque están a salvo y alguien trata de tender una trampa a cualquier idiota como nosotras que caiga en ella.

—Al menos contempláis esa posibilidad—dice aliviada.

—Claro que la contemplamos, pero tú no sabes lo que es escuchar llamadas de auxilio casi a diario, gente desesperada que pide ayuda a través de radios como la que tienen esos críos o simples transmisores de corta distancia. El aparato de mi amigo lo capta prácticamente todo. Escuchamos esas llamadas y no hacemos nada porque no podemos arriesgar nuestro refugio y, además, tenemos un niño muy pequeño al que proteger, pero esa llamada era de unos niños, ¿cómo no íbamos a hacerles caso?

—Supongo que la especie humana no se ha perdido del todo,

pero dime una cosa, si no habéis sido capaces de manteneros a salvo vosotras dos, ¿cómo esperáis mantenerlos a salvo a ellos?

—Hemos venido siguiendo la carretera porque era el modo más rápido de llegar hasta ellos, pero si logramos rescatarlos, no tenemos ninguna intención de volver a pisarla. Regresaremos por el bosque, tardaremos más porque es más difícil ubicarse, pero es más seguro.

—Parece que lo tenéis todo pensado, y eso hace que me surja otra pregunta—añade perspicaz, está claro que a Loli no se le escapa nada.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué tipo de refugio tenéis para que podáis permitiros alimentar dos bocas más y tener esos aparatos que dices que tiene tu amigo?

Noto como el corazón me palpita en las sienes y se me acelera.

—Tenemos una fuente de agua muy cerca, por lo que eso no supone un problema, y hemos empezado a plantar cosas, si el tiempo nos da una tregua y no le da por diluviar otra vez o cae otra nevada fuerte, tendremos suficiente. La casa no está en muy buenas condiciones, pero poco a poco la estamos arreglando—vuelvo a mentir—puede que no sea el lugar idílico para unos críos, pero al menos no estarán solos y nuestro pequeño tendrá con quién jugar.

Eso último suena como un acto egoísta y creo que funciona, eso le encaja más a Loli, que está acostumbrada a que todo el mundo se mueva por interés puro y duro. Rescatamos a esos niños para que el nuestro no se sienta solo.

—En cuanto a los aparatos de mi amigo, los hemos ido consiguiendo aquí y allá.

—¿Vuestro amigo es ese con el que hablaste ayer?

—Sí, exacto, y ahora que lo mencionas debería hablar con él para saber si ha vuelto a contactar con ellos.

Por la cara que ha puesto está claro que no le ha gustado que ayer le mintiese con respecto a Martín.

—Pues adelante—dice haciendo un gesto con la mano para invitarme a coger el transmisor.

Cojo el aparato de encima de la mesa y Nagore se mueve, por un momento pienso que por fin abrirá los ojos, pero solo se gira un poco dibujando un mohín de dolor en su rostro al hacerlo y sigue durmiendo, así que aprieto el botón del transmisor y llamo a Martín.

—Justo ahora iba a llamaros—dice al contestar—¿cómo estáis? ¿Habéis llegado ya al pueblo?

—No, todavía no.

—Habéis tenido problemas, ¿no? Si todo hubiese ido bien tendríais que haber llegado ayer, hoy a lo sumo. ¿Qué pasa, Adri? ¿Cómo os robaron el otro transmisor? Y lo más importante, ¿por qué Nagore no ha saludado? —pregunta como una ametralladora.

—Nagore está durmiendo…

—¿Ahora es la bella durmiente? —me interrumpe irritado—no me jodas, Adri.

—Adriana, dinos lo que pasa, por favor—esta vez es Blanca la que habla.

Les relato toda la historia sin dejarme nada y solo el llanto angustioso que me aborda mientras lo hago me impide hablar con claridad. Los hipidos apenas me dejan respirar y al final es Loli la que se presenta ante mis amigos y termina de explicarles lo sucedido.

—Madre mía—exclama Blanca con la voz estrangulada.

—Adri, os vais a quedar donde estáis, ¿me oyes? —dice Martín autoritario—os quedaréis con Loli hasta que yo vaya a buscaros y después volveremos los tres juntos. Lo siento por esos críos, pero no voy a permitir que os pase nada. No debí dejar que salieseis—se lamenta renegando.

—No eres nuestro padre, Martín—le recuerdo—lo decidimos nosotras, y no vas a venir, eso ya lo hablamos, Blanca y Ezequiel te necesitan más que nosotras.

Blanca no interviene en la conversación, supongo que la pobre se encuentra con el dilema de que quiere ayudarnos, pero no quiere que Martín, el padre de su hijo, se marche y los deje solos.

—Puedo ir por el bosque y llegar en…

—No hemos pasado por todo esto para echarnos atrás ahora—lo interrumpe Nagore con la voz rasposa.

Me giro hacia ella expulsando el aire entrecortadamente al sentir un alivio inmenso.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto cogiéndole la mano.

—Como si me hubiese caído por un barranco—responde haciéndome reír.

Ayudo a Nagore a que se siente y le dejamos claro a Martín que mañana cuando nos levantemos, reemprenderemos el camino hasta Arín.

—¿Has vuelto a contactar con ellos? —pregunta Nagore, que poco a poco está recuperando el tono de su voz.

—Hace un rato, y ha sido muy raro—dice preocupado.

—¿Por qué?

—Le he dicho que íbamos a por ellos, que nos faltaba poco para llegar y que los íbamos a llevar a un lugar seguro. Se ha hecho un silencio al otro lado y después Marc ha preguntado

cómo era ese lugar. Me ha parecido extraño ese interés, cada vez estoy más seguro de que hay alguien con ellos.

—¿Por qué?

—Porque cuándo le he preguntado cómo era el lugar en el que están, su respuesta, después de otro silencio, ha sido preguntarme si era militar. No es la típica pregunta que haría un niño.

—No lo es—secunda Loli—¿qué le has respondido?

—Que no, que solo soy un hombre que los puede ayudar.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada, se ha cortado la comunicación. En serio, creo que ir allí es mala idea, deberíais volver.

—Ni hablar, podrían estar secuestrados—protesto.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Rescatarlos tú? —cuestiona Loli resoplando—puede que no estén secuestrados y que simplemente estén con sus padres, que le han hecho mentir para atraer a gente ingenua como vosotras. Ahora el mundo está lleno de locos psicópatas, el otro día escuché rumores sobre gente que come carne humana, secuestran personas, las matan y se las comen.

—Eso no puede ser—digo con el vello de punta.

—Claro que puede ser—se enfada Loli—¿es que no has visto lo que hay fuera? La gente es capaz de cualquier cosa para sobrevivir, si no tienen comida ni medios para conseguirla, ¿por qué no comerse a cualquier idiota que pase por donde no debe?

Me quedo en silencio sin saber qué decir. Imaginar algo así me parece muy perturbador, pero no imposible.

—Tendremos cuidado, iremos hasta allí y trataremos de localizarlos. Si están bien nos marcharemos, y si no lo están intentaremos ayudarlos siempre y cuando eso no nos ponga en peligro a nosotras—sentencia Nagore.

Martín y Blanca aceptan a regañadientes, Loli simplemente se encoge de hombros. Cuando nos despedimos de ellos, Loli se va a dormir y nosotras nos tumbamos juntas después de que Nagore haya comido. Entonces le hago la pregunta cuya respuesta llevo temiendo desde que desapareció.

—¿Te hicieron algo allí, mientras estabas retenida? —la voz casi no me sale, pensarlo me angustia tanto que me falta el aire.

—No, cariño, nadie me puso una mano encima.

Capítulo 19

12 de julio de 2024, viernes
Nagore

Nos despertamos muy temprano, cuando todavía no se ha hecho de día. No ha sido porque el sofá sea incómodo para dos personas, porque comparado con dormir en la tienda tumbadas sobre la dureza del suelo, esto ha sido un regalo. Lo que nos ha despertado ha sido Loli con el ruido que ha hecho al cargar unas armas. Al abrir los ojos y verla sentada a la mesa iluminada con una vela mientras mete cartuchos en una escopeta, me he asustado porque por un momento he pensado que la iba a utilizar contra nosotras.

Anoche Adriana me explicó todo lo que hizo para rescatarme y los chanchullos que tiene nuestra anfitriona con algunas personas de dudosa moralidad. Al verla con el arma, lo primero que se me ha pasado por la cabeza es que quizá ha vuelto a hacer un trato, esta vez para entregarnos al alcalde a cambio de comida para todo el mes o medicinas para su hermana, a saber. Pero me he equivocado por completo.

—Si vais a marcharos de Piana deberíais hacerlo aprovechando la oscuridad. Estoy segura de que el alcalde habrá enviado a algunos de sus hombres para tratar de encontrarte, viva o muerta—explica dejando la escopeta sobre la mesa para coger una pistola y limpiar su cañón por dentro.

—En todo caso me querrá viva, le prometí que arreglaría y le pondría en marcha todas las placas solares que tiene acumuladas en su finca.

—¿Ibas a trabajar para él? —pregunta Adriana confusa.

—Claro que no, solo hice un trato para ganar algo de tiempo mientras buscaba la manera de escapar.

—Eso no importa ahora, la cuestión es que lo más seguro para vosotras es no encontraros con esa gente. Mejor no comprobar lo que pretenden hacer contigo. Conozco un camino que lleva hasta la entrada del pueblo de Arín, quedó hecho un asco con las inundaciones y nadie pasa por allí ahora.

—¿Puedes decirnos cómo encontrarlo? —pregunta Adri.

—Haré algo mejor que eso, os acompañaré hasta el final del camino. Si no lo conoces es difícil de encontrar y de ubicarse por él, la inundación lo dejó prácticamente impracticable y lo más

probable es que acabéis perdidas si vais solas.

—¿Y Luisa? —pregunto yo.

—Luisa puede quedarse sola unas horas, ya lo ha hecho otras veces, y yo necesito que me dé el aire.

—Está bien—responde Adriana agradecida.

Cuando nos levantamos tengo que quedarme quieta unos instantes, en frío, el dolor se me hace insoportable y no empiezo a calmarme hasta pasados unos minutos. Adriana cojea un poco todavía y me pregunto si no deberíamos esperar un poco más hasta estar recuperadas del todo, pero luego pienso que cuánto antes terminemos con todo esto mejor, necesito volver al búnker. Echo de menos a Iron y a Ezequiel, a Martín y a Blanca, pero, sobre todo, ahora mismo lo que más echo de menos es mi cama y una buena ducha de agua caliente.

Después de asearnos y desayunar un poco, Loli nos entrega una pistola a cada una.

—El cargador está lleno, no malgastéis las balas si no es necesario—dice después de explicarnos dónde está el seguro.

Nunca he estado a favor de las armas y mucho menos me he planteado llevar una encima, pero después de todo lo que ha pasado, reconozco que me siento más tranquila llevándola conmigo. Me coloco la mochila de Adriana y después de que Loli sople la vela, salimos de su casa. De nuevo, y para no perder la costumbre de las últimas semanas, la niebla es espesa y tan densa, que siento la tentación de dibujar formas en el aire.

—No os separéis—susurra Loli delante de nosotras.

A pesar de que no se ve nada más allá de lo que alcanzan nuestros brazos estirados, ella no parece tener problema para orientarse por su pueblo. En ocasiones escuchamos ruidos, a veces no tenemos claro lo que son y otras parecen pisadas de alguna persona, cuando pasa lo segundo, apagamos las linternas y las tres nos quedamos quietas sin movernos del sitio para no hacer ningún ruido que delate nuestra presencia, solo cuando todo queda en silencio de nuevo, volvemos a ponernos en marcha.

Tardamos unos diez minutos en salir del pueblo a través de una calle ancha y nos adentramos en el camino. Loli tenía razón, parece cualquier cosa menos un sendero. Hay decenas de árboles tumbados que tenemos que ir sorteando como podemos. Adri con su pierna lo pasa realmente mal, por contra, yo, que tengo todo el cuerpo lleno de golpes, al haber entrado en calor apenas siento dolor. Mi mayor problema radica en mi ojo derecho, todavía está muy inflamado y solo veo por él como lo haría a través de una rendija.

Se va haciendo de día conforme avanzamos, aunque eso solo

mejora en el hecho de que ya no tenemos que usar las linternas para avanzar. La claridad nos permite ver un poco mejor entre la bruma, que cada vez es más dispersa.

—¿Cómo vas? —le pregunto a Adri después de que se pare unos instantes para masajearse la rodilla.

—Me duele, cada vez que piso el suelo siento una leve punzada.

—Deberíais haber esperado—murmura Loli aflojando el ritmo.

—¿Puedes seguir? ¿Quieres que paremos? —le pregunto preocupada.

—No, ya descansaremos cuando lleguemos.

—Está bien, pero si necesitas parar en algún momento dilo.

Calculo que hemos tardado unas dos horas y media en recorrer los siete kilómetros que separan un pueblo del otro, teniendo en cuenta que tanto nuestra condición física como la ambiental no son las más favorables, hasta me parece un logro.

—Bueno, yo me quedo aquí—anuncia Loli—el camino muere en la carretera como podéis ver, pero tan solo tenéis que avanzar unos cien metros más y ya veréis la entrada del pueblo a mano derecha, es imposible pasarla de largo porque tiene un puente de piedra precioso que por suerte resistió la inundación.

—Gracias por todo, Loli, en serio—le dice Adri emocionada—de no ser por ti, creo que ahora las dos estaríamos muertas.

—O deseando estarlo—añado yo.

—Supongo que yo ya he hecho mi buena obra, ahora os toca a vosotras con esos niños. Tened mucho cuidado, no os fieis de nadie y no dudéis en disparar si os encontráis en peligro. Siempre es mejor matar a que te maten, ya rendiremos cuentas con el de ahí arriba cuando toque, pero no antes de hora.

Me doy cuenta de que lo sucedido en esa carretera me ha cambiado, antes sus palabras me hubiesen parecido una barbaridad y no hubiese estado de acuerdo, hasta la habría rebatido explicándole que siempre se puede tratar de resolver todo de forma civilizada. Ahora ya no lo pienso, las buenas intenciones y formas parece que se fueron también con el agua.

—Si tenéis problemas, ya sabéis dónde tenéis una casa—dice Loli antes de darse la vuelta y reemprender el camino de vuelta.

Capítulo 20

12 de julio de 2024, viernes

Desde que ayer Marc volvió a hablar con el tal Martín, Tatiana no se aparta de la ventana. Ahora no solo la inquieta el padre de los niños, también lo hace él. Escuchar que no era militar le hizo sentir una decepción indescriptible y ahora teme que esa persona lo único que quiera de los niños sea raptarlos para Dios sabe qué.

—Nos podemos marchar, mamá—le dice Santi al percibir su preocupación.

—¿Marcharnos? —se gira ella incrédula.

—Sí, yo puedo bajar por la escalera arrastrándome, sabes que ya lo había hecho otras veces.

Tatiana recuerda esas veces que su hijo, desobediente, había ignorado el ascensor que tienen en casa y que quedó inutilizado tras el apagón y la inundación, y bajado a rastras por las escaleras solo para demostrar que podía hacerlo. Todavía se le eriza el vello en los brazos cuando lo recuerda y piensa en el daño que podría haberse hecho por su estupidez.

—¿A dónde quieres ir, Santi? Con tu silla no podemos salir del pueblo, no tienes ni idea de cómo está todo. Además, no tenemos a donde ir.

—No hace falta ir muy lejos, podemos llegar hasta Piana, si hace falta me puedo arrastrar con las manos.

—No digas eso, Santiago—se enfada ella.

—Es cierto, seguro que encontramos una casa en la que podamos vivir sin que tengas que estar con ese miedo constante a que ese hombre vuelva.

—No tengo miedo, Santi—trata de quitarle importancia su madre—es solo que me preocupa. Ahora no puedo salir tranquila, si viene y no estoy aquí…

Omite el detalle de que tiene un mal presentimiento, es un día de esos en los que te levantas y sabes que algo va mal, algo que no puede explicar con palabras porque solo puede percibirlo. Ahora no solo tiene miedo de ese desgraciado, también le aterra que ese tal Martín no tenga las buenas intenciones que hace creer a los niños. Le dijo que iba a llegar pronto, ¿cuándo es pronto? ¿Llegó ayer y está esperando a que ella salga para entrar? ¿Llegará hoy? ¿Mañana? Si sigue en este estado de tensión

cualquier día sufrirá un infarto, su corazón ha sufrido demasiados sobresaltos últimamente y ya no hay nada que no le dé miedo. Si le pasa algo ya no es solo Santi el que se queda solo, también los niños. ¿Qué van a hacer dos críos y un chico minusválido? Pensarlo le oprime los pulmones y la ahoga.

—Yo puedo defenderme, ya lo sabes—dice muy serio señalando la recortada—has puesto más latas, es imposible que entre nadie en esta casa sin que nos enteremos. Puedes salir tranquila, yo me encargo de ellos y de vigilarlo todo, tocaré la campana si necesitamos ayuda, mamá, deja de preocuparte.

Tatiana le sonríe con orgullo y piensa que ojalá Ángel estuviese vivo para ver en el hombre que se está convirtiendo su hijo, está segura de que él también estaría muy orgulloso. Convencida de que su hijo tiene razón y confiando en que pueden pasar un par de horas sin ella, Tatiana decide salir y volver al puente. En el último mes ha ido muy poco y necesita conseguir más comida.

Coge la pistola y se la guarda en la parte delantera del pantalón. Baja las escaleras y abre la puerta de su casa. Pasa por encima de la cadena de latas con cuidado y vuelve a cerrar. La niebla, aunque no es tan densa como cuando se ha levantado, sigue dificultando la visión. Tatiana, temerosa porque no puede verlo todo con claridad, coloca la mano sobre la pistola por si tiene que usarla. Todavía no ha llegado al puente cuando escucha unas pisadas, Tatiana corre hacia un viejo contenedor volcado que permanece semi sepultado por un montón de barro seco mezclado con ramas y hojas y se esconde detrás. Las pisadas van acompañadas de unas voces de mujer y otra de hombre. Hablan en susurros, las de ellas suenan suaves y la de él metálica y como si estuviese más lejos. Tatiana, nerviosa y asustada, trata de no hacer ruido y aguzar el oído para intentar escuchar lo que dicen. Ha descartado de inmediato asaltarlos al ser más de uno, así que solo puede esperar a que pasen de largo, después los seguirá para asegurarse de que no intentan entrar en su casa y solo cuando el peligro haya pasado, volverá al puente.

—No pueden estar muy lejos, ese pueblo es muy pequeño—lo escucha decir a él.

Tatiana se tensa, ¿a quién buscan? Por un momento piensa que quizá hablan del padre de los niños, está segura de que ese desgraciado se ha buscado problemas allá por donde ha pasado, pero entonces la frase se repite en su mente y se da cuenta de que el tipo ha hablado en plural. ¿Y si es el padre de los niños? Lo escuchó hablar muy poco, pero, aunque ahora no la ubica, la voz metálica le resulta familiar. La angustia se apodera de ella, quizá

sobrevivió, se marchó del pueblo hasta recuperarse y ahora ha vuelto con ayuda para rescatar a sus hijos o para matarlos a todos.

—No podemos ir por las casas llamando a la puerta—responde una de las mujeres.

A esta la escucha más nítidamente porque de repente aparecen en su campo de visión. Solo ve sus siluetas, dos mujeres. Al no ver al hombre se siente confundida, tal vez una de ellas tenga la voz demasiado grave, pero entonces escucha la voz de él otra vez, a través del transmisor que una de ellas sujeta.

—No, no podéis hacer eso, lo mejor es que esperéis en algún sitio seguro a que se haga de noche y después busquéis luz en las casas. Estoy seguro de que la mayoría están vacías.

Tatiana comprende de repente que es él, es ese tal Martín. No sabe quién son ellas, solo distingue sus siluetas, pero no piensa permitir que la acechen, ni a ella ni a su hijo ni a los niños. Su marido siempre decía que quién golpea primero golpea dos veces, así que esta vez decide adelantarse y, aprovechando la poca niebla que queda y el factor sorpresa de que ellas no la han visto, decide que esperará hasta que pasen. Mientras lo hacen, observa que una de ellas cojea ligeramente, por lo que decide que esa es la más débil y que ha de atacar a la otra. Sin pensarlo más, y con el corazón desbocado por el miedo y el instinto de supervivencia, Tatiana sale de su escondite, corre con agilidad hacia las dos mujeres y para cuando se percatan de su presencia y se giran, golpea a la que considera la más fuerte con la culata de su pistola en la cara y después apunta hacia la otra cuando la primera cae al suelo mareada.

—No te muevas, zorra—amenaza poniéndole el cañón en la frente.

La chica levanta las manos completamente desconcertada y Tatiana se da cuenta de que tiene la cara llena de golpes. Eso la descoloca mucho.

—¡Tú también! —le grita a la que ha golpeado.

La chica obedece y alza las manos lentamente, después gira la cabeza ligeramente hacia atrás para ver a su agresora y Tatiana comprueba con asombro que apenas puede abrir el ojo derecho. Se pregunta cómo es posible que dos mujeres que bastante tienen con caminar, sean la avanzadilla de ese tal Martín. ¿Dónde se esconde él? ¿Las estará vigilando? Siente un miedo repentino consumirle las entrañas, intenta decidir qué hacer, podría golpear a la coja y salir corriendo hacia su casa, desde allí podría defenderse mejor y tendría la ayuda de Santiago. Descarta la idea de inmediato porque por ahora ellas no saben dónde viven.

—¿A qué habéis venido? ¿Os envía él? —pregunta dando un paso atrás para evitar que puedan alcanzarla en un intento estúpido de defenderse.

—Creo que te estás confundiendo, a nosotras no nos envía nadie—responde la que está de rodillas en tono conciliador.

—No me tomes por estúpida, os he escuchado. ¿Quién de vosotras tiene la radio? —pregunta nerviosa—¿quién la tiene? —grita cada vez más histérica al ver que no se mueven.

—La tengo yo—responde la coja.

—Bien, sácala muy despacio.

La chica obedece y lentamente se lleva la mano hacia el bolsillo, coge el aparato y se lo muestra con la mano temblando.

—Déjalo en el suelo—le ordena Tatiana tratando de mostrarse firme.

La chica podría dejar caer el transmisor y ahorrarse doblar esa pierna que tanto le duele, pero parece que no quiere que se rompa, porque con esfuerzo y el gesto descompuesto de dolor, se agacha y lo deja con cuidado en el suelo. Después lo empuja con el pie hacia Tatiana.

—Tú, date la vuelta y después te levantas—le pide esta vez a la que está de rodillas.

—Te estás equivocando, no sé quién crees que somos, pero nosotras no hemos venido aquí para hacerle daño a nadie—explica mientras usa las rodillas para girarse muy despacio.

—No me tomes por estúpida, os he escuchado hablar con ese tipo por la radio. ¿Dónde está él? —pregunta Tatiana, que siente el sudor frío resbalando por su espalda.

—Aquí no hay nadie, solo nosotras, te lo juro—insiste.

Tatiana permanece pensativa con el gesto contrariado, sigue sin saber muy bien qué hacer cuando de pronto, la chica del ojo hinchado apoya un pie para levantarse y al hacerlo Tatiana observa que lleva una pistola en la cintura. Rápidamente apunta hacia ella y el estruendo de un disparo hace eco en medio de la calle solitaria.

Capítulo 21

12 de julio de 2024, viernes
Nagore

Todo pasa demasiado rápido. El cuerpo de la mujer sufre una sacudida violenta, es como si algo la golpease por detrás y luego por delante en una fracción de segundo. Adriana se lleva la mano a la cintura y se gira en un gesto defensivo hacia el lado opuesto al que me encuentro, mientras que la mujer, que me mira con ojos sorprendidos y asustados, cae de rodillas hacia delante después de que varias gotas calientes me salpiquen las manos. Todo enmudece a mi alrededor y solo escucho un zumbido sordo y hueco en los oídos antes de que empiecen a pitarme.

Mi cerebro procesa la escena de un modo extraño, primero pienso que me ha disparado a mí y que por algún motivo no siento dolor, pero me miro las manos a la vez que la miro a ella de rodillas en el suelo y compruebo que esas gotas calientes son de sangre, y que la sangre no es mía, es de ella.

—¿A quién tenemos aquí? ¿No te has muerto todavía, puta? — todavía consternada por la situación, alzo la mirada buscando la procedencia de la voz.

Me encuentro con un hombre que camina hacia nosotras sujetando una pistola, tiene media cara tapada con una gasa sucia y habla como si tuviese la lengua inflamada. La mujer palidece al escucharlo y su cara dibuja un gesto de auténtico pánico que me recuerda de inmediato al que vi en Adriana el día que nos asaltaron.

—Por favor—me suplica ella en un sollozo ahogado.

Sus ojos están anegados en lágrimas mientras se aprieta un lado del vientre con la mano. El tiempo sigue transcurriendo como si estuviese detenido y alguien lo pasase a cámara lenta ante mis ojos, al menos es así como lo percibo todo. Por un lado, veo a Adriana quitarse la mano de la cintura para darse cuenta de que la tiene manchada de sangre, por otro la veo a ella, a nuestra agresora, y lo único que me transmite es ese miedo aterrador que la consume más que el dolor de la bala que la ha atravesado. Y luego está él, que sigue avanzando hacia nosotras con el arma bajada, confiado, hasta que está lo suficientemente cerca y empieza a levantarla dispuesto a ejecutar a la mujer y acabar lo

que ha empezado. Comete el error de mantener su mirada iracunda clavada sobre ella, lo que me deja el tiempo suficiente para recordar las palabras de Loli, *es mejor matar a que te maten*, y eso es lo que pasará con nosotras cuando él la mate a ella. Cojo la pistola en un movimiento robótico y tan rápido que para cuando él se da cuenta de lo que está pasando, no le da tiempo de reaccionar y yo aprieto el gatillo sin dudarlo. La bala le impacta en el pecho y su cuerpo se sacude del mismo modo que lo ha hecho el de ella hace unos segundos. Se mira el pecho con gesto incrédulo y después me mira a mí, disparo tres veces más cuando veo su intención de utilizar el arma. El tipo cae en redondo y su cuerpo queda tendido en el suelo con una pierna doblada hacia atrás y los brazos inertes a cada lado.

—¿Adri, estás bien? —pregunto agachándome frente a la mujer que, tras escuchar los disparos, se ha girado como si necesitase comprobar con sus propios ojos que el tipo está muerto.

—Sí, solo me ha rozado—dice comprobando su costado.

—Vale, coge su arma y asegúrate de que no respira—le digo señalando al hombre, sorprendida por la frialdad con la que hablo.

Yo observo la mano de la mujer, todavía sujeta la pistola con la que me ha golpeado, solo que ahora ya no pretende hacer nada con ella, simplemente la tiene ahí. Acerco lentamente mi mano para quitársela. Me la cede sin mostrar resistencia antes de caer hacia delante y apoyarse en mi cuerpo medio desvanecida.

—Mi hijo—susurra—llévame con él, por favor.

Adriana saca unas gasas de la mochila que llevo a la espalda y presiona con ellas la herida de la mujer.

—¿Qué hacemos? —me pregunta todavía con el estrés del momento.

—Ayudarla, no podemos dejarla aquí. ¿Dónde está tu hijo? —le pregunto a ella, que respira cada vez de forma más pausada.

La mujer, con esfuerzo y la voz estrangulada, me da unas indicaciones. Todavía no me explico cómo lo conseguimos, pero entre Adriana y yo, logramos levantarla y pasamos sus brazos por encima de nuestros hombros para recorrer los cincuenta metros que hay hasta la puerta de la vivienda que nos ha descrito. Cuando llegamos, es como si ella reviviese sacando fuerzas de donde no las tiene y me señala su bolsillo, en el que encuentro las llaves.

—No hagáis daño a mi hijo—suplica cuando entramos.

Al hacerlo tropezamos con una cuerda y un montón de latas se sacuden haciendo un ruido espantoso.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunta un chico en lo alto de las escaleras que suben al piso superior.

Sentado en una silla de ruedas parecería inofensivo si no fuese porque nos está apuntando con una escopeta recortada.

—La estamos ayudando—dice Adriana casi sin respirar.

—Baja el arma, Santi—susurra la mujer.

—Aquí tengo medicinas—dice el chico agobiado a la vez que baja el arma.

Adriana y yo nos miramos preguntándonos qué hacer, pero después de echar un vistazo rápido a la planta baja, llegamos a la conclusión de que aquí no hay nada para ayudarla, así que, con mucho esfuerzo, la subimos arriba, la llevamos hasta la habitación que nos indica su hijo y la tumbamos en una cama. El chaval se pone histérico al ver la herida de bala de su madre, ella trata de calmarlo diciéndole que está bien, pero no lo está, y si no la ayudamos ese chico la va a perder.

—Santi, ¿te llamas así? —pregunto colocándome frente a él para que se centre en mí.

—Sí—responde limpiándose las lágrimas con las manos.

—Has dicho que tenías medicinas aquí arriba.

—Sí, pero no sé si sirven—responde nervioso.

—Tú déjame verlas.

Santi saca una caja del armario y la deja sobre sus piernas. Mientras yo la abro y busco cualquier cosa que pueda servirnos, Adriana rompe la ropa de la mujer para poder examinar bien la herida. Se escucha un ruido en una habitación cercana, me da la impresión de que son unas risas infantiles y alzo la vista un poco desconcertada.

—Tú ve con ellos—le dice la mujer a Santi.

El chico duda, no sabe lo que ha pasado y su madre, herida de bala, ahora le pide que la deje sola en una habitación con dos completas desconocidas que tienen una pinta desastrosa.

—Ve, Santi—insiste su madre aguantando el dolor de forma estoica.

—Cuidaremos de ella, te lo prometo—le dice Adriana.

Cuando el chico se marcha, ella y yo nos miramos sin saber muy bien qué hacer. La mujer tiene un orificio de entrada y otro de salida, pero no hay nada con lo que podamos coserla y está perdiendo mucha sangre.

—Pólvora—dice ella con la voz estrangulada por el dolor.

—¿Qué? —pregunta Adri frunciendo el ceño.

—Usad un cartucho de pólvora.

La mujer se retuerce y muerde la almohada para contener el escozor que debe producirle la herida.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto después de comprender por fin lo que dice.

—Tatiana.

—¿Tienes alcohol en alguna parte?

Ella afirma y señala unas cajas amontonadas en un rincón.

—Joder, esto es como una película—dice Adriana consternada al comprender la situación.

Rebusco entre las cajas mientras Adri le presiona la herida hasta que encuentro una botella de Vodka. La dejo sobre la cama y salgo de la habitación en busca de Santi, su escopeta recortada tiene justo lo que busco y cuando entro en la habitación en la que lo estoy escuchando hablar, me quedo boquiabierta al ver con él a un niño y una niña.

—Necesito un cartucho de tu escopeta, Santi, es importante—le pido sin poder apartar la vista de los niños.

El chico está sentado frente a una radio y la niña sobre las piernas de Santi mientras da vueltas sin sentido a un cubo de Rubik.

—¿Y estos niños? ¿Son tus hermanos? —pregunto mientras él me entrega la recortada.

La cojo con decisión, pero cuando la tengo en la mano me doy cuenta de que no sé cómo se abre.

—No, se quedaron solos y mi madre y yo los estamos cuidando.

—No sé abrirla, Santi—digo devolviéndole el arma.

No puedo apartar la vista de los críos mientras siento una punzada de algo parecido a la alegría recorrer todo mi pecho.

—¿Tú eres Marc? —le pregunto al niño.

Santi alza la vista sorprendido, me entrega un cartucho y el niño asiente.

—Yo soy amiga de Martín—sonrío sintiéndome desbordada por la situación.

Los ojos se me encharcan y sonrío, no sé muy bien por qué lo hago, quizá porque siento que todo nuestro esfuerzo ha valido la pena para comprobar que al menos están a salvo. Salgo de la habitación sin decir nada. Adriana ha abierto la botella y le da un trago a Tatiana, después echa un buen chorro en un trapo y limpia la herida por fuera mientras yo abro el cartucho y cojo una caja de cerillas que hay sobre la repisa de la chimenea.

Cuando estoy lista, Adriana le da una toalla a Tatiana para que la muerda y la sujeta por las manos con firmeza.

—Es importante que no te muevas—le digo tratando de mostrarme tranquila a pesar de que estoy temblando de nervios.

Jamás he hecho nada parecido, ni siquiera sé si saldrá bien, lo

que sí sé es que, si no hacemos algo para detener la hemorragia, esta mujer morirá desangrada. Vierto un buen chorro de la botella sobre su herida, Tatiana se tensa y ahoga un grito desgarrado contra la toalla y, sin perder el tiempo, vierto la pólvora sobre el diminuto agujero de bala y prendo una cerilla. Tatiana escupe la toalla y grita tan fuerte que por un momento siento su dolor como si fuese mío, después se desmaya y repetimos el mismo proceso por el orificio de su espalda.

Capítulo 22

13 de julio de 2024, sábado
Tatiana

Cuando me despierto mi hijo Santi está dormitando a mi lado con la silla pegada a la cama. Me cuesta un rato centrarme y recordar todo lo que ha sucedido, no lo hago hasta que no veo a las dos mujeres durmiendo sobre unas mantas que han colocado en el suelo frente a la chimenea. No sé qué hora es, me es imposible ubicarme. Trato de incorporarme y al hacerlo se me escapa un alarido de dolor que despierta a mi hijo. He sentido una fuerte punzada en la herida además de un escozor escalofriante.

—Han dicho que es mejor que no te muevas, mamá—me dice Santiago angustiado—¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, solo es un poco de dolor, se me pasará pronto—contesto tratando de serenarme—¿has dormido en la silla?

—Apoyado en tu cama, no se está tan mal—sonríe Santi.

Le acaricio la mejilla y miro a las mujeres, que también se han despertado. De repente me siento como en un día de Navidad, cuando Santi nos despertaba a mi marido y a mí para que lo acompañásemos a abrir sus regalos. Movidas por un silencio que parece que hayamos pactado entre todas las partes, las mujeres se levantan y buscan algo que preparar de desayuno para los niños. Sé que tenemos una conversación pendiente y estoy deseando quedarme a solas con ellas para aclarar algunas cosas, pero por ahora me permito descansar un poco más.

—¿Cuánto he dormido? —les pregunto mientras se ocupan de Marc y Aina, que parecen encantados con las nuevas invitadas.

El piqueteo de la lluvia contra la ventana hace que me gire sorprendida.

—Has dormido casi un día entero—me contesta la coja—y sí, está lloviendo desde ayer por la noche. Bebe un poco, es café con leche.

La del ojo hinchado me ayuda a incorporarme un poco mientras, la coja, me ofrece una taza humeante que miro con los ojos brillantes de emoción, la última vez que bebí café con leche fue hace casi un año.

—¿De dónde lo habéis sacado? —pregunto aceptando la taza.

—Tenemos algunos sobres de leche en polvo, así que

aprovecha—sonríe la del ojo.

—Gracias, me llamo Tatiana—me presento antes de dar un pequeño sorbo que saboreo con deleite.

—Lo sé, nos lo dijiste ayer, aunque creo que no lo recuerdas. Nosotras somos Nagore y Adriana—contesta la coja, y después me ofrece una pastilla para el dolor.

Cuando los niños ya han desayunado, le pido a Santi que se los lleve a la otra habitación y me deje a solas con ellas.

—Quiero agradeceros que me salvaseis la vida ayer, y también pediros disculpas por atacaros, creía que veníais para hacernos daño.

—Estábamos aquí porque escuchamos la llamada de Marc a su madre por la radio, pensamos que había bastantes posibilidades de que estuviesen solos y decidimos venir a buscarlos—explica Nagore.

—Lo lamento, cuando escuché que vuestro amigo le contestaba me sorprendí tanto que no detuve la conversación. Después mi hijo y yo pensamos que quizá era militar, y si venía a ayudar a los niños tal vez también podría ayudarnos a nosotros también.

Me derrumbo en ese momento sin saber muy bien por qué, aunque sea solo por un momento, es la primera vez que no me siento sola y todo lo que he contenido durante este tiempo para no preocupar a Santi, sale de sopetón con la forma de un llanto silencioso y angustiado que no me deja vocalizar. Me llevo una mano a la herida, más que dolor siento un escozor muy fuerte e incómodo, pero la agitación de mi respiración me provoca unos espasmos que hacen que la molestia aumente.

—¿Por qué no te tumbas otra vez? Necesitas descansar—me pide Adriana.

No le hago caso, permanezco sentada en la cama, llorando hasta que por fin me sacio y toda la angustia acumulada y la tensión que me producía la presencia del padre de Marc y Aina, desaparecen haciendo que me sienta más ligera. Por primera vez en las últimas semanas puedo respirar sin notar su presencia acechándome y estrechando cada vez más el cerco.

—¿Entonces los niños no son tuyos? —me pregunta Nagore tratando de comprender la situación.

—No, los niños son hijos del hombre que matasteis ayer.

A Nagore la sobrecoge la impresión y palidece mientras me observa sin comprender nada. Les relato lo que sucedió la noche que ese desgraciado nos asaltó y las dos me miran sin decir una palabra. Yo sigo hablando, y no sé cómo acabo explicándoles también cómo hemos vivido nosotros la situación, confesando

incluso todo lo que he llegado a hacer para que a mi hijo no le faltase de nada. De nuevo, vuelvo a llorar a moco tendido, quizá ellas piensen que es porque me siento mal por todas las cosas malas que he hecho, sin embargo, creo que lloro justo por todo lo contrario. Lloro porque he hecho cosas horribles, cosas que jamás me hubiese imaginado capaz de hacer, y no me arrepiento de ninguna, las volvería a hacer una y mil veces si con eso mantengo a mi hijo a salvo.

Adriana y Nagore me piden un par de minutos y salen de la habitación dejándome a solas. La visión de la lluvia suave cayendo al otro lado de la ventana logra relajarme de un modo que pensé que ya no volvería a sentir. El ruido del agua contra el cristal se mezcla con las risas de mi hijo y de los niños en la otra habitación y eso lo convierte todo en un bálsamo de aceite. Cuando me doy cuenta yo también estoy sonriendo, y solo dejo de hacerlo cuando ellas vuelven a entrar.

—Nosotras vinimos hasta aquí con la intención de hacernos cargo de los niños si lo necesitaban—explica Nagore sentándose a los pies de la cama—y lo mantenemos, Tatiana, nos los podemos llevar.

—¿Tenéis un buen lugar para ellos?

No son hijos míos y nunca sentiré por ellos nada parecido a lo que siento por Santiago, pero son niños, y si no estoy segura de que puedan estar mejor que conmigo, no voy a permitir que se los lleven.

—Lo tenemos. Tenemos un hogar seguro donde no les faltará de nada.

—¿Cómo sé que no mentís?

—No puedes saberlo, pero sí que sabes que pudimos abandonarte en la calle dejando que aquel tipo acabase contigo. No lo hicimos, todavía no comprendo el motivo teniendo en cuenta que segundos antes tú nos apuntabas con un arma—explica Nagore pensativa.

—Yo tampoco lo entiendo—confieso—pero agradezco mucho que no le permitieseis matarme. Ni siquiera tenía planeado lo que hacer con vosotras, actué por puro instinto, supongo que lo único que deseaba en el fondo era ver aparecer al ejército, a alguien capaz de ayudarme a llevar a mi hijo hasta uno de esos puntos de encuentro que dicen que hay. Pero vosotras no erais el ejército y, además hablabais de comprobar todas las casas del pueblo, no podía permitir que os acercaseis a mi hijo.

—Lo entendemos—contesta Adriana—lo hemos hablado entre nosotras y entendemos cada cosa que has hecho, Tatiana. Nosotras también tuvimos nuestros problemas, los que nos

hicieron esto—explica señalando sus caras—secuestraron a Nagore y te juro que hubiese estado dispuesta a cualquier cosa con tal de recuperarla. A cualquier cosa—insiste llevada por la rabia.

—Esto nos está cambiando a todos—comento pensativa mientras miro por la ventana—la situación actual nos está llevando al límite y nadie sabe dónde lo tiene hasta que no hay un momento de vida o muerte donde tienes que elegir la opción que más te favorece, aunque ello conlleve a acabar con la vida de la otra persona. Si Santi pudiese caminar, nosotros nos habríamos marchado de aquí cuando dieron los avisos, pero las cosas son como son y hay que aceptarlas como vienen—digo mirándolas de nuevo.

—¿Pretendes ir a uno de esos refugios? —me pregunta Nagore.

—Pretendo ir a un lugar en el que pueda acostarme una noche sin temer que nadie se cuele en mi casa, a un sitio en el que poder salir a buscar agua y no sentir que me falta el aire al pensar en que he dejado a mi hijo solo y que cualquiera podría hacerle daño si no vuelvo. Eso es lo que quiero.

—Ven con nosotras entonces—me ofrece sorprendiéndome—ya lo hemos hablado con Martín y su mujer y están de acuerdo. Nuestro refugio tiene un acceso difícil para Santiago, pero no más difícil que nada de lo que hay ahí fuera.

Antes de que pueda negarme o decir nada, Nagore y Adriana me explican que el lugar en el que viven es un búnker. Me quedo tan sorprendida que no soy capaz de preguntarles cómo llegaron hasta él, pero me lo explican igualmente y añaden que por ahora hay bastante comida y suministros de agua, y que si no nos dormimos y tomamos medidas para conseguir más comida antes de que se acabe la que hay allí, no tendremos problemas para vivir.

—¿Por qué me ayudáis después de lo que os hice? —pregunto sin terminar de creerlo.

—Porque necesitamos un lugar en el que recuperarnos de nuestras lesiones antes de reemprender el viaje de vuelta—responde Nagore.

—Me habéis salvado la vida, y con ello también la de mi hijo y la de esos niños. No soy la mejor persona del mundo, pero estoy en deuda con vosotras y si necesitáis quedaros no tengo ninguna objeción al respecto. Compartiremos lo que tenemos y cuando me recupere conseguiré más para mí y para Santi. No tenéis la obligación de llevarnos con vosotros por eso—digo sintiéndome ligeramente ofendida.

—No me has dejado terminar, tenernos aquí implica un riesgo,

las personas que me secuestraron es posible que nos estén buscando. Si nos cobijas bajo tu techo, tú y tu hijo volveréis a estar en peligro. Por eso, si aceptas a pesar de ello, a cambio te ofrecemos un lugar seguro para ambos.

—¿De qué tipo de personas hablamos?

Debo saber a qué me enfrento para valorar los riesgos.

—De salvajes, gente sin escrúpulos que agrede, viola y mata a su antojo, ese tipo de personas—responde esta vez Adriana soltando aire por la nariz para calmar su rabia.

—¿Y por qué estáis tan seguras de que os persiguen? ¿Qué interés pueden tener en dos mujeres en concreto cuando pueden tener a otras sin necesidad de buscarlas? —cuestiono tratando de comprender la situación.

—No estamos seguras de que nos estén buscando, ojalá solo sea una suposición nuestra, pero Nagore posee unas cualidades que ellos necesitan, y eso es más difícil de encontrar.

—¿Qué cualidades?

—Soy ingeniera, lo cual quiere decir que, con los medios adecuados, puedo arreglar prácticamente cualquier cosa.

Me pone de mal humor que todo deba tener siempre un lado negativo, pero después de sopesar la situación unos instantes, decido que tanto si ellas se quedan como si no, Santi y yo siempre estaremos en riesgo de que aparezcan más personas como el padre de Marc y Aina, y ya no puedo más, si hay un lugar en el que mi hijo y yo podamos respirar tranquilos y vivir con una relativa normalidad, merece la pena el riesgo.

—¿Y cómo lo subiríamos por esa montaña? —pregunto zanjando la cuestión—Santi no puede caminar y pesa cincuenta kilos.

—No lo sé, eso lo resolveremos cuando lleguemos al pie de la montaña. Quizá Martín podría fabricar algún tipo de camilla antes de que lleguemos—comenta Adriana—¿entonces aceptas?

—Acepto—confirmo sin dudar.

—Solo necesitamos descansar unos días, tú también, Tatiana—dice Nagore—cuando las tres estemos recuperadas nos pondremos en marcha, mientras tanto, utilizaremos este tiempo trazando un plan. Hay que pensar en cómo llevaremos a Santiago hasta la base de la montaña.

—Un plan—cabeceo disgustada al pensar en ello—pues deberá ser un plan muy bueno, porque no se me ocurre ningún modo de salvar una distancia de más de sesenta kilómetros con una silla de ruedas en medio del apocalipsis.

—A mí sí—responde Adriana con una sonrisa de satisfacción.

Nagore y yo la miramos con impaciencia mientras ella se

regodea de su momento.

—¿Y piensas compartir esa información con nosotras? —se impacienta Nagore.

—Claro, ¿sabes dónde podemos conseguir algunas motos? —me pregunta a mí.

Me dejo caer en la cama y sonrío, tal vez sí que sea posible llegar hasta el refugio.

FIN

(SIGUE LA HISTORIA EN EL FINAL DEL CAOS)